3 1761 04463 8658

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

TOMOS PUBLICADOS

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS
II.—POEMAS
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS
IV.—EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO
V.—ALMAS QUE PASAN
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA
VIII.—JUAÑA DE ASBAJE
IX.—ELLOS
X.—MIS FILOSOFIAS
XI.—SERENIDAD
XII.—LA AMADA INMOVIL
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO
XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA
XV.—ELEVACIÓN
XVI.—LOS BALCONES
XVII.—PLENITUD
XVIII.—EL ESTANQUE DE LOS LOTOS.
XIX.—LAS IDEAS DE TELLO TÉLLEZ.—COMO EL CRISTAL
XX.—CUENTOS MISTERIOSOS
XXI.—ALGUNOS.—CRÓNICAS VARIAS

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO

TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

N4566

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO — *Volumen* XXI

ALGUNOS

CRÓNICAS VARIAS

357792
28. 11. 28.

BIBLIOTECA NUEVA — MADRID

ES PROPIEDAD
DE LOS HEREDE-
ROS DEL AUTOR

TODA EDICIÓN
FRAUDULENTA
SERÁ PERSEGUIDA
POR LA LEY

PQ
9297
M7H132
1920
v. 21

SOBRE GUTIÉRREZ NÁJERA (1)

He creído que esta hermosa carta, que casi nadie conoce, servirá de pórtico, mejor que todo lo que pudiera escribirse, al tomo último de las obras del «Duque Job»; es del maestro Altamirano. Leedla; es muy bella:

«París, diciembre 24 de 1891.—Mi querido Manuel: Esta carta lleva el objeto de presentar a usted y a su amable señora (c. p. b.) los votos de mi familia y los míos por la felicidad de ustedes en el año que va a empezar.

Deseamos para ustedes todo género de pros-

---

(1) Prólogo a las *Obras de Manuel Gutiérrez Nájera*, México, 1903, 2.° tomo.

peridades íntimas, ya que el talento y la reputación de usted, siempre en ascenso, le han asegurado un puesto envidiable en la cumbre de la literatura patria.

No he escrito a usted con más frecuencia; pero pienso en usted siempre y lo leo con fruición y con orgullo. Con fruición, porque, en francés, estaría usted al lado de los escritores más ingeniosos de aquí. Es usted un parisiense que ha conquistado su derecho de ciudad con la punta de su estilo. Y con orgullo, porque no puedo menos de sentirlo al ver a un mexicano, a un joven que he conocido pequeñito, al lado del querido viejo, hoy ausente, hacerse verdaderamente notable, y eso no mediante las tradiciones de la escuela literaria española, sino trasplantando a los campos vírgenes de México las flores de la literatura clásica, las violetas perfumadas de Atenas, y eso con una originalidad que hace de usted un floricultor modelo, como los que hay en La Haya y en Harlem.

Siga usted ese sistema. Es el bueno, en mi concepto. Puede ser que con él no vaya usted a la Academia Española, que es una colina artificial; pero de seguro irá usted a la gloria, que es la montaña. Y vale la pena.

Hay sirenas que lo tentarán a usted a su paso, hoy que atraviesa usted en su nave enguirnaldada y con la bandera de la fama al tope. Tápe-

se usted con la cera del desdén los oídos, como los marinos de Ulises.

. . . . . .

. . . . . .

Adiós, Manuel; sea usted feliz y piense en su maestro que lo quiere y admira,

IGNACIO M. ALTAMIRANO.»

Muy recién llegado a la capital, me presentaron a Gutiérrez Nájera, a quien intensamente deseaba conocer. Nada me dijo su figura inexpresiva y tosca; sus ojos minervinos, un poco saltones, nada me dijeron, y sólo el prestigio que de su personalidad literaria emanaba, y que era ya tan firme y poderoso, pudo hacer que una desilusión inmediata no sustituyera al culto ingenuo y apasionado que mi alma le tenía.

Frecuentemente le vi después, durante los siete meses que mediaron entre mi llegada y su viaje—su definitivo y eterno viaje—, ya en la redacción de *El Universal*, donde por aquel entonces—1894—se reunían a diario él, Díaz Dufóo, Bulnes, el doctor Flores y Rabasa, o bien alrededor de aquella simpática y hospitalaria mesa de *El Partido Liberal*, adonde Jesús Valenzuela, Urbina y Castillón iban a derramar el tesoro inagotable de sus chistes, y donde Gutiérrez Ná-

jera tartamudeaba los suyos con una gracia peculiar, entre artículo y artículo. *In illo tempore* yo era un muchacho hosco, tímido y silencioso. Poco avezado a ese encantador juglarismo de la frase, en el que tan hábiles eran Valenzuela, el «Duque», «Monaguillo» y el autor de los *Poemas crueles*, y temeroso siempre de una *gaffe*, limitábame a oir o a admirar. Creo que en esos siete meses de que hablo, no más de tres veces crucé mi palabra con el «Duque Job»: la primera, en un te literario—entonces estaban muy en boga—en casa de los Michel, para decirle con voz entrecortada cuánto le admiraba y le quería; la segunda, en la Alameda, donde le encontré muy de mañanita, y con su bondad, aquella inagotable bondad de niño que le acorazó siempre el alma, me regaló un cumplido acerca de unos versos míos; la tercera, después de una sesión de la «Prensa Asociada» que pretendía él resucitar, en una noche de plenilunio, llena de plata, en que le acompañé a su casa, conversando (él conversaba) no sé de qué libro recién llegado.

A poco cayó enfermo, y murió. El día de su muerte, no me separé de él—que para siempre se había separado de nosotros—y recuerdo que, ya avanzada la tarde, su madre se acercó, en un momento en que yo me encontraba solo con el amado muerto, para decirme: «Córtele usted

unos cabellos que quiero guardar.» Así lo hice, y yo mismo até con sumo cuidado el leve haz en que brillaba ya la escarcha.

Un año después fuí a decirle algo a su tumba, a aquel solitario rinconcito del Panteón Francés. Habíanse organizado guardias frente al sepulcro. Tocábame hacer la mía por la tarde, y cuando llegué sólo había ahí un amigo piadoso. Como nadie venía después (empezaban ya a olvidarle: *les morts vont vite),* ahí permanecimos hasta que se encendieron todas las estrellas.

No presentía yo entonces, seguramente, que andando el tiempo habría de organizar y prologar el tercer tomo de su obra completa y segundo de sus prosas inmortales. Antes que yo, don Justo Sierra, en un prefacio lleno de luz y de fuerza, como todo lo suyo, y Luis Urbina, en un prólogo lleno de ternura y de suavidades fraternales, habían presentado al público el tomo de versos y el primero de prosa de Gutiérrez Nájera. Y ante ellos, que conocieron tanto y tanto amaron a aquél cuyo espíritu ha ido quizá, según la frase del poeta francés, a aumentar el fulgor de no sé qué estrella lejana, yo no estaba acaso en condiciones de decir otra cosa que lo que el maestro Luis de León dijo en la primera página de las obras de la inmortal carmelita: «No conocí a la venerable madre Teresa; pero hanme dicho... etc.»

Empero mi distinguido amigo don Manuel Mercado, el compañero inseparable y bueno de Gutiérrez Nájera, pidióme estas líneas; procurando olvidar a quienes me habían precedido en la presentación de la obra prestigiosa, para sólo pensar en mi viejo culto por uno de nuestros admirables, púseme a escribirlas. Que el «Duque» me perdone. ¡Era tan bueno!

✠

Preciso ha sido para organizar—tan defectuosamente como lo he hecho—estos materiales, vivir algunos meses en comunión perpetua con la inolvidable sombra, y puede decirse que hasta hoy no la he conocido por completo. Conocía yo casi toda la obra de Gutiérrez Nájera; desde el rincón de mi provincia devoraba sus artículos a medida que aparecían en los diarios. Mas era tal el deslumbramiento que muchos de ellos me producían, que en vano hubiera tratado de analizarlos. Sus prosas y sus versos pasaban por mi cielo como iris que vuelan; batía el ave del paraíso su plumaje de gemas, y yo permanecía ante la visión maravillosa como aquellos infantes de los antiguos cuentos, ante la fuente de oro, el pájaro que habla y el árbol que canta. Fuerza era aprisionar el ave del paraíso para alisar suavemente su plumaje y

ver si el encanto se quedaba entre mis dedos en la forma de un poquito de oro en polvo. Fuerza era abrir el arcón de las piedras preciosas, volver entre mis manos sus facetas, hacer que la luz se deshiciera en ellas en laberinto de chispas, para convencerme de que entre los diamantes de Golconda no había la ignominia de un guijarro de California. Y así lo hice. Y el ave del paraíso voló de entre mis manos con la incólume policromía de su plumaje, y las piedras del joyero siguieron siendo dignas, ante mis ojos, de temblar como bandada de luciérnagas presas sobre el pecho blanco de las emperatrices.

Como en esos mosaicos bizantinos que embelesan aún nuestros ojos, bajo las bóvedas orientales de San Marcos, el oro y los colores habían ganado con el tiempo. La obra, pacientemente eída en mi tranquilo estudio, no sólo resistía esa suprema prueba del conjunto, del engarce en el libro, que es piedra de toque para toda labor fragmentaria, sino que ganaba en precio y en hermosura. No decía uno: ¿por qué darle a lo efímero del periódico la eternidad del libro? Decía uno, sí: ¿por qué fatal destino ese cerebro inmenso fué deparramando lo mejor de su esencia en el periódico? ¿Por qué no fué rico para escribir muchos libros? ¿Por qué la vida lo llevó así de prisa, siempre de prisa por todos las

colmenas, sin dejarle acendrar en cada una de ellas más que un poquito de miel?

¡Cuántas crónicas pasadas; cuántos gracejos que bordaban la nota informativa del día; cuántas reseñas adorables de espectáculos de que ya muy pocos se acuerdan; cuántas figuras y figurones sociales y políticos, que hoy han desaparecido; cuántas niñas hermosas que hoy ya son madres de muchos hijos, y van por esas calles de Dios obesas y jadeantes, desfilaron por mi estudio en las numerosas horas de lectura! ¡Y cómo viví esa época, tan cercana y tan olvidada ya, en que Mauricio Grau, y la Moriones; Samsón, que aún tenía cabellos, y Sieni, que aún no perdía los suyos; Bablot, que aún iba prodigando sus células, y Bulnes, que ya las había prodigado; Sarah, que todavía tenía voz de oro, y laPatti, que todavía cantaba, se barajaban en el laberinto de actualidades metropolitanas!

Libros que ya se agotaron y que aún no se reeditan, novelitas que ya pasaron de moda, poetas que fueron, amores que se apagaron, asuntos políticos palpitantes que ya no palpitan... Todo, todo, vestido de una gracia infinita, de una vida intensa, invadió mi espíritu, llenó mi cuarto de aleteos, y dejó en él, por mucho tiempo, un perfume hecho de muchas flores secas, de muchos guantes femeninos, de muchas

sedas antiguas, un suave perfume lleno de misterio y de pasado...

¿Y el mago, dónde estaba...? Volví instintivamente mis ojos y no le hallé... Fuése de pronto dejando sus cofres abiertos y en desorden: en ellos *pele mele* yacían trajes de *moiré* cansados, joyas de arcaica factura, ramilletes, listones, pañuelos, libros, frascos de perfumes...

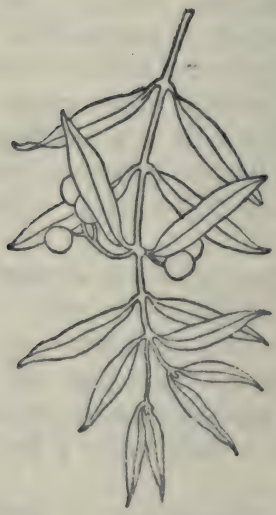
Todo ello está piadosamente recogido en el arcón de este libro, lector; y cuando el libro leas, te preguntarás lo que yo me he preguntado muchas veces: ¿Por qué artificio maravilloso pudo este hombre escribir tantas cosas? ¿Merced a qué conjuro fué a la vez sociólogo y poeta, economista y literato, humorista y tierno, riente y triste, clown y pontífice, juglar y orfebre...?

¿Y cómo esa vida breve almacenó tanto saber y tanta bondad; tanto saber, a pesar del tiempo que vuela y de la labor múltiple que da la fiebre; tanta bondad, a pesar del insulto perpetuo, de la envidia siempre en acecho, de la pobreza y de la enfermedad y de la brega sin cuartel?

Misterio... misterio que se llevó la sombra amada al repliegue del infinito donde mora...

Y cuande cierres el libro, lector, subyugado por tanta maravilla; cuando saborees aún con paradisíaco sibaritismo el último artículo, crece-

rá acaso tu pasmo y con él tu melancolía, si te acuerdas de aquellas frases con que remató el mago una de sus últimas páginas: «¡Mi mejor artículo... ¡ah! mi mejor artículo no lo escribiré jamás!»



UN MONUMENTO A GUTIERREZ NÁJERA

Aún no se enfriaba el cuerpo del «Duque Job» cuando surgía ya en México la idea de erigirle un monumento.

Yo, que empezaba entonces a escribir crónicas dominicales, esas crónicas dominicales ahora *demodées*, pero en las que Gutiérrez Nájera fué el más encantador de los maestros, serví en aquella sazón de portavoz a la idea.

Era preciso labrarle un busto de mármol blanco, «como una alcoba de virgencita»; un sonriente busto de mármol blanco, el cual entre los arbustos y las flores de ese embelesador rinconcito de bulevar mexicano que se llama la plazuela de Guardiola, vería el alegre desfile de los domingos por las calles de Plateros y San Fran-

cisco, que forman la más elegante y agitada de nuestras arterias, «desde la esquina de la «Sorpresa» hasta la puerta del «Jockey Club», ¡cómo cantaban sus versos alados!

Claro que mi idea, nuestra idea, la idea de todos los que poníamos negro sobre lo blanco y éramos jóvenes, produjo un eco simpático. Pero el eco se fué extinguiendo en ondas cada vez más espaciosas, y el «Duque Job», muerto en los comienzos del año 1895, todavía no tiene estatua.

¡Qué poeta, por lo demás, tiene estatua en la capital de la República! Yo no sé de ninguno. ¡Estamos enojados con la gloria! Hay muchas pobres almas que nos hicieron la santa, la lírica limosna de sus versos y que aguardan aún el homenaje durable de un busto.

Mexicano fué el inmenso Juan Ruiz de Alarcón, y ni siquiera por orgullo nacional nos hemos reunido los que por allá escribimos—que somos legión—a fin de consagrarle un recuerdo.

Mexicana fué la «Décima Musa» (por Dios, señores de Francia, no vayáis a creer que la de Jorge Ohnet), y si hay una calle que lleve su nombre, mejor se debe al Gobierno que a los poetas, a quienes, sin embargo, de un modo más comprensivo ha tocado aquilatar el aristocrático ingenio de la admirable Sor Juana Inés.

A Guillermo Prieto, *El Romancero*, que supo,

sin desfigurarla, hacer palpitar en sus versos simples y robustos la vida del pueblo, un Ayuntamiento le regaló una casa y sus admiradores una corona de plata, ¡como la de sus cabellos! Fué, además, honrado y querido, de suerte que en vida le pagamos nuestra deuda.

Pero a Gutiérrez Nájera se lo debíamos todo, ya que él se nos entregó por completo, hasta morir en la empresa que se había impuesto de poner una sonrisa casta, elegante y discreta en la trivialidad de nuestra vida, indecisa aún y atareada, de pueblo joven. Se lo debíamos todo: la riqueza, que no pudimos darle, a él que era un aristócrata intelectual, lleno de comprensiones delicadas; la gloria, a que tenía derecho y para la cual nuestra patria, poco conocida aún, no era suficiente pedestal; el acatamiento, que no supo otorgarle nuestra indiferencia vestida de cortesía amable e insustancial.

Por esto, el común espíritu de justicia se ha sentido halagado al saber que va a erigirse por fin un monumento a Gutiérrez Nájera. En esta vez la idea ha venido del Norte de la República, de una provincia culta y rica, de Chihuahua, y en forma de carta a Jesús E. Valenzuela, el director de la *Revista Moderna.*

He aquí la carta:

«Sacramento, agosto 21 de 1906.

Señor don Jesús E. Valenzuela.

México.

Querido amigo nuestro: Los labriegos que firman esta carta han pensado que se debe erigir un monumento al «Duque Job», y han pensado también que sea la *Revista Moderna*, naturalmente, la que acoja y lance la idea, y, por último, sugeriríamos que fuese levantado en la Alameda, o mejor, en la Plazuela de Guardiola. Caso de que usted reciba con entusiasmo este monumento, le hemos de estimar impulse el proyecto y lo lleve a feliz término. La *Revista* podría encargar a Ruelas de que consiga que alguno de los artistas mexicanos que estudian en París haga el monumento.—Sus amigos, *Jesús E. Luján, Julio Luján, R. Guerrero, José A. Ortiz, Abraham Luján, Luis Sotomayor.*»

Habrá quizás quien al leer esta carta, a la cual la *Revista Moderna* ha dado amplia acogida y liberal publicidad; habrá quizás –y esto no sorprendería mi escepticismo— quien se pregunte quién fué Gutiérrez Nájera, como hay ya quien se pregunta quién fué Martí o Julián del Casal.

Y es que estos hombres murieron a tiempo, especialmente el «Duque». Murieron cuando su época, cuando sus países ingenuos hasta enton-

ces, se transformaban: el primero, México, para lanzarse resueltamente a la conquista del porvenir; el segundo, Cuba, para llegar, merced a varios dolorosos avatares, a no sé qué definitivos destinos.

La época aún cercana, tanto que podría llamarse «ayer», en que vivió, trabajó y floreció el «Duque», era propicia a la ensoñación, a la poesía, a las suaves y luminosas contemplaciones. Todavía aún se escuchaban los apóstrofes angustiosos de Acuña, preñados de energía filosófica y de duda lírica; aún vibraban los versos apasionados de Manuel M. Flores, que se recostaba con las amadas a la sombra del Cantar de los Cantares, y resonaban en el cielo claro en que se desvanecían los últimos himnos de las guerras civiles, las estrofas metálicas de Díaz Mirón, paladín y poeta de ojos ardientes y melena alborotada, vuelto más tarde un modalizador, un técnico, un retórico lleno de pericias.

De entonces acá, ¡cuántas mudanzas! Había muchos que leyeran versos; no nos daba aún por ser hombres tan serios (para el infantil orgullo nuestro, de ahora, el arte es menos serio que una mala traducción de Gustavo Le Bon).

Hoy nadie abre un libro de poesía, ni ama nadie a los poetas. Quedan unos cuantos abencerrajes del Ensueño, unas cuantas mujeres pálidas o sonrosadas que os exigen una cuarteta en

una postal. Los demás prefieren el automóvil.

En verdad, Fabio, los tiempos no son para esas sandeces melancólicas que eran como un baño de luna para las almas.

Los poetas, virtualmente, han muerto... (yo creo que para transformarse). El «Duque Job» partió a tiempo...

¿Cómo loar, por tanto, de una manera digna a ese «grupo de labriegos» que piensan en erigirle una estatua?

Tenía, pues, él razón, más razón que su tiempo, cuando dijo:

«¡No moriré del todo, amiga mía!»

¡Porque dignificó la poesía, porque la llevó por todas partes bien limpia, bien peinada, bien oliente; porque le puso una flor, fresca siempre, en el ojal; porque creyó que el poeta no debía cantar como los pájaros del bosque, sino sabiamente, cultamente; porque estudió y pensó y halló que el estilo podía ser una piedra preciosa; porque siendo sabio y refinado, supo también ser diáfano, ingenuo, bueno; por todo esto, Gutiérrez Nájera merece la primera estatua—quizá la última—que en México habrá de levantarse a un poeta.

JESUS F. CONTRERAS

MEDALLA DE HONOR EN EL CERTAMEN DE 1900

Un día, hace muchos años, llegó a México un pobre muchacho, de esos que la provincia, proficua en almas fuertes, arroja a la Metrópoli de la República a manera de savia nueva que va a vivificar las energías gastadas y enfermas de la gran ciudad. Ese muchacho llevaba, como casi todos los que dejan el terruño para ir en pos de *la gran charca*, un haz de quimeras al hombro. Una Dulcinea tentadora le guiaba: quería ser escultor; fijar en mármol y en bronce imperecederos todas las formas fugitivas, pero bellas, divinamente bellas, del ensueño, tal cual se nos manifiesta en la peregrinación de la vida.

Muchos de esos recién venidos de los Estados; muchos de esos hijos pródigos de la ilusión que al padre piden su porción hereditaria de sueños y los van dilapidando luego por el camino, se pierden y sucumben en las implacables marejadas de los grandes núcleos humanos. A este de que hablo cúpole mejor suerte, porque tenía mayor fuerza, fe mayor y más robusta esperanza.

Este llegó a la meta por merecimiento continuo, hijo de un incansable impulso, y, sin embargo, algo dejó en el sendero, algo de su íntima fisiología, un pedazo de vida, su brazo roto por el azar en un vericueto de la jornada.

La Academia de Bellas Artes de México dió asilo al muchacho; pero la Academia tenía bien poco que enseñarle; es urna vacía de arte.

La inepcia la ha llenado de rutina, y más sirve para sacarnos a los mexicanos los colores a la cara que para empollar un solo talento.

Los que en México valen en arte, valen *a pesar de la Academia.*

Contreras es uno de ellos; fuéle preciso ejercitar esfuerzos poderosos para oponerse y triunfar del enervante medio; trabajó sin respiro, amamantó, con entusiasmos y optimismos grandes, a su fe y a su esperanza, y un día, de sus manos surgió fundida la estatua del último Emperador azteca, ornato impecable del paseo de

la Reforma de nuestra Metrópoli, erguida bizarramente sobre un gran monumento de purísimo estilo mexicano, que es como el trasunto de todas las maravillas arquitectónicas de nuestra ya legendaria antigüedad.

El Gobierno no podía permanecer insensible ante aquel alarde de talento juvenil, y el general Díaz, que bajo su coraza de guerrero oculta bellos entusiasmos por todo lo que puede contribuir al engrandecimiento del país, puso sus ojos en aquella energía naciente y resolvió estimularla.

Contreras obtuvo, como premio, una pensión, y vino a París a estudiar con los maestros.

Aquí le aguardaban tremendas luchas; es París una linda mujer lunática que se impone al mundo, una reina caprichosa a quien sólo un Demetryos, ese símbolo del artista de acero eternamente desdeñoso y dios de la forma, que pasea su fina silueta blanca por el libro de Pierre Louys y por quien llora de amor otra reina, puede conquistar.

Contreras por esta vez no fué el escultor Demetryos. Trabajó casi oscuramente; peleó como soldado raso, y sólo después de acerbas bregas hubo de obtener, por dos mármoles exhibidos en el certamen de 1889, una medalla de bronce y una de plata, por la parte ornamental de nuestro pabellón de entonces, a él encomendada.

Y, sin embargo, el escultor de ahora, triunfador ya y dueño absoluto de la rebelde forma, recuerda, con lágrimas de placer en los ojos, el París de ayer, aquel París del barrio latino, jaula inmensa de adorables pájaros locos; ciertamente, no se comía bien, y a las veces se solía no comer del todo, alimentándose uno de manera análoga a la del poeta Leconte de l'Isle en sus tiempos apurados: de *raíces griegas*. Pero, ¡qué lindos mirajes tenía la vida! ¡Qué cómodos y bellos eran aquellos anchos calzones de pana y aquellas holgadas blusas y aquellos amplioe sombreros! ¡Con qué gracia ondulaban al viento las corbatas enormes, anudadas al cuello como negras mariposas prisioneras! ¡Qué alegre era el palique en el juvenil cotarro de modelos y de artistas! Entonces se creía que París *bien vale una misá*, porque no se tenía aún a París entre los brazos. La querida era arisca.

Daba un furtivo beso a quien le placía y se escapaba luego por no entregarse.

Qué inolvidable capítulo de la *Vida de bohemia*, de Murger, viviendo en el luminoso estudio de a 200 francos anuales, en la inmensa casa de estudios poblada a su vez y resonante todo el día con las francas risas de las modelos, las canciones querellosas de la andaluza *del tercero*, Mimí de un medallista madrileño; los *couplets* pecadores de la parisiense del entresuelo, ami-

ga de un retratista inédito, y el ruidoso ir y venir de la florista *del cuarto*, cuyos ojos, predecesores de la telegrafía sin hilos, se ponían todas las mañanas a la plática con el acuarelista de rostro galileo que habitaba en la buhardilla, realizando el verso de Grilo:

> Para llegar al cielo,
> cuán poco falta.

¡Ah! Contreras, la medalla de honor de hoy, no olvidará a aquel guapo muchacho de entonces, cuya alma se abría al júbilo *como la ventana al día*, y cuyo corazón latía con el propio precipitado redoble de unas castañuelas entre las morenas manos de una chulapa de Lavapiés.

✠

Y qué diferente fué el segundo viaje. El artista venía a París con el brazo derecho atormentado por terrible dolencia. Parecía un león enfermo. En México todos le auguraban la muerte; esa muerte que llega como las lúgubres profecías de Daniel, en la fuerza plena y en las plenas glorias de la vida.

Contreras venía a operarse, a dejar un pedazo de sí mismo en la tierra bendita donde loquearon como bandada de párvulos en día de

asueto sus ensueños, y acaso a morir, con la mirada fija en las pizarras, azul como la ilusión, amparadora de aquella casa de otro tiempo... *¡cuando Dios quería!*

La ciencia empero acertó en esta vez. Salvó al escultor, ¡pero de qué ruda manera!, pidiéndole como tributo el brazo derecho. ¡Qué ironía tan inmensa! A un enamorado de su arte, arrebatarle el supremo instrumento de ese arte. Aquello era tanto como romper a un águila un ala, como destrozar a un león una garra, como arrancar la lengua a Gambetta, la pluma a Víctor Hugo, los ojos a Delaroche... *¡Euroneia!*—como exclamó Daudet—. Beethoven, fué sordo; Byron fué cojo; Milton fué ciego; Cervantes fué manco... *¡Ananke!* Heine se volvió paralítico; Chopin, tísico, y Nemesis arrancó a Chenier la cabeza para que no más cantara la libertad; Dios lo quiere así: Dios que da a Job el muladar, la fealdad a Esopo, la joroba a Alarcón, la nariz a Cyrano, la tartamudez a Demóstenes... la laringitis y la sordera a María Bashkirtseff.

Otro cualquiera habría buscado la resolución del problema en el suicidio. Contreras fué superior a su desgracia. ¿Le mutilaban un ala? Pues bien ¡qué diablo! volaría con la otra, aunque se desplomase como *El Genio*, de Rodin.

Y no se desplomó. Su primer figura esculpida con una mano, y que representaba una enor-

me suma de trabajo, fué el *Malgré tout*, símbolo conmovedor de su orgullosa manquera. Una mujer muy bella tiene las manos atadas a la espalda y yace vientre a tierra entre abrojos. Ya no puede ir hacia donde iba; iba quizás a un país lejano; veía ya humear a lo lejos sus hogares; los suyos la aguardaban. Pero alguien, un ser tenebroso y enigmático, la clavó ahi. ¡Qué importa! ¿No puede andar? Pues se arrastra... Y ahí va, arrastrándose sobre el malezal, adelante, siempre adelante. Hay en su actitud la audacia más dolorosa...; se comprende que padece mucho, pero *quand même* va hacia adelante, y llegará.

Esa figura es Contreras; Contreras, que, *malgré tout*, podrá colgar mañana, si le place, del muñón de su brazo mutilado la medalla de honor que el gran Jurado internacional de la sección de Bellas Artes del certamen universal de 1900 acaba de decretarle en premio de los tres radiantes mármoles que exhibe.

Que los heridos por la fatalidad, de hoy en más no cejen, no vacilen, no caigan. Dios está también con los mutilados. Cervantes perdió un brazo en Lepanto, y con el que le quedaba modeló su *Quijote* para todos los siglos.

DON JOAQUIN D. CASASUS

Es don Joaquín D. Casasús uno de esos espíritus *poliédricos* de que tan avara se muestra la naturaleza; porque no es lo común que el intelecto humano descuelle en varios conocimientos a la vez, si ha de lograr en todos ellos la completa excelencia.

Casasús llegó muy joven de una ciudad de la costa del Go ɔ a la metrópoli de México. Hizo con infinitos trabajos y privaciones su carrera de abogado, y concluída ésta se lanzó resueltamente a la conquista del porvenir.

Tenía excepcionales armas y triunfó.

Jurisconsulto, economista, sociólogo, escritor, poeta, diplomático, todo lo ha sido y se ha distinguido en todo.

La naturaleza había modelado su cerebro justamente para un país como el nuestro, joven aún, que se despierta a la vida, que tiene reducidos hombres y numerosos problemas, en el cual, como en la parábola evangélica, *la mies es mucha y los operarios pocos*, y donde, por lo tanto, fuerza es que los individuos de acción multipliquen sus aptitudes y sus esfuerzos, afronten problemas disímbolos y atiendan a muy diversas exigencias nacionales.

¡Y a cuántas ha atendido, en efecto, este hombre singular!

El problema de nuestra moneda, resuelto tan admirablemente por el señor Limantour, debe a Casasús estudios justamente alabados por los grandes economistas franceses, colaboraciones muy luminosas, desvelos muy nobles. Como abogado llegó a hacer de su bufete el primero de la República.

Sus negocios dábanle una renta con la cual se hubieran sentido felices muchos duques. Pero cuando más prósperos eran sus negocios, el país necesitó de sus servicios para el primero de nuestros puestos diplomáticos, para nuestra Embajada en Wáshington. Para este empleo, excesivamente delicado, Casasús reunía condiciones muy difíciles de encontrar. El Gobierno solicitó, pues, sus servicios y él aceptó un puesto que exigía nada menos que el casi total aban-

dono de su clientela y de sus negocios, y cuyo desempeño, dada la esplendidez de gran señor con que Casasús hace todas las cosas y a pesar del decorosísimo sueldo de que disfruta, debe costarle más de un millón de reales por año.

Casasús es un trabajador formidable como Creel.

A las ocho de la mañana está en su despacho, que no abandona sino unos minutos al mediodía para tomar un ligero almuerzo, y del cual no se retira sino entrada la noche.

Entonces busca reposo en las conversaciones amables, en los afectos sinceros. Su casa en México es punto de cita de todo lo que vale en la metrópoli: hombres de negocios, hombres de ciencia, literatos, músicos, poetas.

Secundado admirablemente por una esposa excepcional y excepcionalmente amada en mi país, gracias a su talento y su corazón: Catalina Altamirano, la hija de aquel indio admirable que fué un gran tribuno, un gran literato y un gran patriota, Casasús ha logrado hacer de sus reuniones el *rendez vous* más delicioso que darse pueda.

Enamorado de la poesía, que ha cultivado siempre con extraordinaria oportunidad; de la música, en la que es muy entendido, ¡cuántas inteligencias nacionales han encontrado en él apoyo absoluto, cuántos hombres de talento le

han debido una posición decorosa, cuántos artistas, gracias a él, han podido luchar, triunfar, vivir!

Porque este hombre admirable, que lo ha sido todo: jurisconsulto, economista, sociólogo, literato, poeta, diplomático, latinista benemérito, al cual debemos versiones de Horacio, de Tíbulo, de Catulo, de Propercio, de Virgilio, de las que podrían hablarnos don Marcelino Menéndez Pelayo y el padre Mir; que además ha traducido en verso y con habilidad suma la *Evangelina*, de Longfellow; que habla el inglés y el francés como su propia lengua; este hombre admirable es, además de todas estas cosas, sobre todas estas cosas, un gran corazón.

EL SEPULCRO DE RUELAS

París, Noviembre 10 de 1910.

ESTA mañana, al leer en el Directorio de los periódicos que era el día por excelencia consagrado a los muertos, la *Toussaint,* durante la cual se visitan las tumbas, me dije:

—Vamos a saludar a nuestro gran desaparecido Julio Ruelas.

Y hétenos a poco en Montparnasse, desde donde nos dirigimos al bulevar Edgar Quinet, por lo común tristón, mas hoy invadido por medio París.

En las aceras se amontonan las flores: dalias de México, violetas de Parma, crisantemos de Kioto, *bruyères* simpáticas de Lutecia, plantadas en macetas de variados tamaños.

Compramos tres ramitos de violetas: uno en nombre de Jesús E. Valenzuela, otro en nombre de Jesús F. Luján, y el tercero en nuestro propio nombre.

Con la multitud que se agolpa entramos al inmenso cementerio Montparnasse.

Hace un día cruel, un verdadero día de muertos.

El viento helado nos azota con gotas de lluvia y con briznas de hojas secas.

Las nubes, muy bajas, corren desesperadamente sobre los techos, martirizadas por el látigo de la racha.

¿Dónde dormirá nuestro Ruelas?

Jamás, después de su muerte, hemos ido a visitarlo. ¡Venimos siempre a este París tan de prisa, tan atareados! Nuestro pensamiento es el único que le ha seguido siempre.

¿En qué rincón apacible reposará este grande y querido muerto?

Nos dirigimos a la Administración del cementerio, vasta, limpia, ordenada, con amplia estantería donde se alinean libros de lomo verde. ¡Toda la contabilidad de la muerte!

Un señor afable nos pregunta qué deseamos.

—Deseamos saber—le decimos—dónde se

halla el sepulcro de Julio Ruelas, muerto en París en Septiembre de 1907.

El señor afable se dirige a un estante, coge un libro, busca en la R...

—Ruelas Jules, n'est-ce pas?

—Oui, monsieur, s'il vous plait.

Inmediatamente encuentra el nombre, coge una papeleta, traza con lápiz unas líneas y nos la da, diciéndonos:

—C'est de l'autre coté du cimetière, à votre gauche...

Cogemos la papeleta o volante, damos las gracias y emprendemos la marcha a través del laberinto de tumbas, atravesamos una calle que divide en dos el cementerio y empezamos a buscar las indicaciones que se nos señalan.

El volante dice:

«Cimetière Parisien de Montparnasse.

Hom—Ruelas, Jules.

Date de l'inhumation—17-7-1907.

26 Division.

26 ligne Est.

No. 16 Nord.»

A pesar de todos estos datos nuestra peregrinación es difícil. Aquello no tiene límites.

El viento nos flagela furiosamente la cara y se encarniza con nuestro paraguas.

Ni un guardián...

Por fin, después de mucho andar, vemos un hombre que barre las hojas alrededor de las tumbas; las hojas, muertas también, pero que, como las almas, gozan por eso mismo del privilegio del vuelo.

El barrendero, con la mejor voluntad, nos conduce, a través de bulevares, calles y callejuelas de tumbas, al «16 Nord» de la «26 ligne Est», «26 Division».

Desde antes de llegar divisamos una gran piedra granítica, irregular, tallada apenas, que se yergue con aspecto de menhir bretón, y en cuya gran superficie anterior, en letras rojas que marcan muy bien sobre el elegante gris del granito sin pulir, se lee:

«Julio Ruelas.
1870-1907.»

Más arriba, casi en la extremidad superior aparece, ahondada también en la piedra, cierta viñeta deliciosa de Ruelas: aquel fauno (todos lo conocéis) amable y musical que, encaramado a la rama de un árbol, toca su flauta de siete cañas, teniendo por oyente a un cuervo absorto...

El menhir parece custodiar la tumba, uno de cuyos bordes limita; la tumba, que es también de granito y sobre la cual se ve desolada, ven-

cida, trágica, una mujer de mármol, una larga mujer yacente, cuyas piernas se medio encogen con flexión angustiosa, cuya cabeza se hunde en no sé qué *mare tenebrarum*, cuya cabellera cae revuelta y desesperada hasta confundirse con el carrara.

Es el monumento hecho por A. Domínguez, y ofrecido, entiendo que por Jesús Luján, a su admirable amigo Ruelas...

⊠

La gracia frágil de una enredadera brota de un hueco de la tumba y va a ceñir no sé con qué gesto familiar y cariñoso la erguida piedra druídica...

Entre el alambre que sostiene los frágiles tallos trepadores y el plano vertical del granito, coloco mis tres humildes ramos de violetas:

—Uno por Valenzuela, otro por Luján, otro por mí, amigo Ruelas—pienso.

Y luego me quedo un poco allí, de visita, sin que nadie turbe mi recogimiento.

Pasan crujiendo las hojas secas.

El viento entre las tumbas se retuerce llorando.

—Grande amigo Ruelas, amigo silencioso, amigo genial,

«siempre de negro hasta los pies vestido»;

amigo a quien debo las más admirables interpretaciones de mis versos; amigo que me comprendías con media palabra; amigo mío, aquí estoy... Y tú, ¿dónde estás?

Gran artista Ruelas, espíritu envuelto en augustas sombras góticas, que, perdido en tu ensueño y en tu muda exaltación interior, pasaste escéptico, indiferente por el mundo, sin desear más que el oro de las trenzas rubias y el oro afiligranado que ponías en tu vaso, ¡heme aquí contigo! Y tú, ¿dónde estás?

Grande amigo Ruelas, el del broncíneo perfil, dantesco y triste, a lo menos tus camaradas te han amado hasta el fin; este granito oscuro, este mármol blanco, esta enredadera cordial lo atestiguan.

¡Recibe, amigo, mis violetas y espérame del otro lado de la sombra!

EL PADRE MORA

HACE ya muchos años, en la sombría calleja de cierto hermoso pueblecillo de Michoacán, al pie de alto edificio pintado de rojo y precedido de gran jardín, frente a una puerta ojival, se detenían y apeábanse de sendas cabalgaduras un hombre cincuentón, robusto, bello, con gran barba fluvial que le caía sobre el pecho; y un niño de trece años, que debía mostrar en el rostro, ligeramente pálido, la fatiga de jornadas de diez y ocho leguas, hechas a caballo, por las interminables y polvorosas carreteras, llenas de huellas.

Para llegar a aquella casa que empezaba a embozarse en sombras, clareadas a trechos por la viva luz de las ventanas; a aquella casa, que

era un colegio fundado por célebre sacerdote mexicano, el viejo y el joven habían hecho cinco días de camino, tres días en diligencia y dos a caballo, desde la febril costa abanicada por palmas y datileros de oro, hasta el interior de la República, recogido y un poco melancólico.

Sonó el viejo el aldabón, y el niño sintió que en su alma repercutían las vibraciones metálicas del aldabonazo.

Abrióse en el muro amplia oquedad de luz, y una figura indistinta, después de cambiar con el que llamaba breves palabras, guió a los viajeros hacia gran sala, de donde se escapaban risas y ecos de conversaciones.

Antes de llegar, un sacerdote había salido a su encuentro. Era joven, de aspecto distinguido y ademán enérgico y noble, con no sé qué decisión rápida en sus gestos; de ojos obscuros, llenos de luz y de bondad.

El viejo saludó y presentó al niño, a quien el sacerdote echó, con movimiento franco y cordial, un abrazo alrededor del cuello.

Luego, con ese don de gentes propio de los verdaderos educadores, desvaneció la zahareña timidez del recién venido, dirigiéndole afectuosas bromas paternales.

—¡A ver esos *conejos!*—díjole de pronto, a tiempo que le hacía encoger el brazo derecho.

Los *conejos* no parecían; se anunciaban apenas con hinchazón leve de músculos.

—Hay que hacer gimnasia—añadió, y de seguida introdújole a la gran sala luminosa, que era el refectorio, donde a la sazón comían los internos, los *grandes*, los *medianos* y los *chicos*, provenientes todos de lejanas tierras.

EL COLEGIO DE SAN LUIS GONZAGA

Aquel sacerdote era el doctor en Filosofía, Teología y Derecho Canónico, don José Mora, Rector del Colegio de San Luis Gonzaga, de Jacona, en el Estado de Michoacán.

El viejo de la barba fluvial era tío del adolescente, a quien traía de la casa paterna a los muros tutelares del plantel, a través de un viaje de cinco días.

En cuanto al nuevo pupilo, era nada menos que un servidor de ustedes, limpio aún de todos los barros del mundo, húmeda todavía el alma de los besos y lágrimas de la madre ausente, claro y diáfano como un cristal, y muy ajeno de presentir las andanzas peregrinas que le esperaban en la *Selva obscura* de la Vida.

¿Que por qué os refiero esto?

Pues simplemente porque hoy, al abrir el *Mundo Ilustrado* del 13 de diciembre de 1908, encontré en la primera página el grande y bello retrato de un prelado, cuya fisonomía hizo saltar súbitamente mi corazón en el pecho, y despertó en mi memoria toda la nidada de recuerdos.

Debajo del retrato se leía:

ILMO. SEÑOR DON JOSÉ MORA, PRECONIZADO ARZOBISPO DE MÉXICO

REMEMBRANZAS

Sí, me saltó el corazón y púseme a pensar en muchas cosas: en las clases de aritmética y álgebra, durante las cuales el sabio Rector, que era una verdadera potencia en matemáticas, solía distraerse con una ecuación de segundo grado hasta olvidarse de nosotros, que diableábamos a quién mejor; en aquellas cacerías entusiastas, en que en su pos íbamos, locos de gusto, por los sorprendentes paisajes michoacanos, los más bellos que he visto en mi vida, persiguiendo huilotas y patos *golondrinos* (ah, desde entonces de seguro que ni el señor Rector ni yo hemos vuelto a herir un ala); en aquellas pláti-

cas bajo el gimnasio inmenso, en los patios llenos de luz y de flores, durante los recreos; pláticas en las cuales el padre Mora y el padre Plancarte nos hablaban de las maravillas de Roma, o bien nos enseñaban a deletrear en el cielo encendido de estrellas el alfabeto de oro de las constelaciones; en aquellos paseos por montes y valles encantados, en que tropezábamos con pájaros nunca vistos; en los reñidos juegos de pelota, en las comedias clásicas representadas con deleite cuando los premios; en las comuniones generales al rayar el día, con música de pájaros y olor de rosas frescas; en los audaces nados en Orandino, en Camécuaro y en las albercas incomparables de Jacona; en los primeros *por qué*, en los primeros *quién sabe!...*

Y recordé también la afectuosa queja del Prelado, que al visitarle en su Diócesis anterior un compañero mío de pupilaje de aquel lejano entonces, Bernabé Calero, le dijo, según me escribió éste:

—¡Quién había de creer que el muchacho que yo eduqué compondría los profanos versos a Verlaine!

PADRE MORA, SIGO SIENDO AQUEL MUCHACHO

No, padre Mora; no, ilustrísimo señor Mora, varón sabio y bueno, hoy digno arzobispo de México; mis versos no son profanos (de intención cuando menos); mis versos... no son más que versos, es decir, *ruido del viento*... y en cuanto a mí sigo siendo aquel muchacho simple, tristón, distraído y afectuoso, que con vos aprendía tantas cosas; que con vos cazaba huilotas o resolvía ecuaciones, trepaba a los montes, salvaba a nado las lagunas, desenterraba ídolos en las *yacatas* y os pedía la resolución de todos sus problemas y de todas sus dudas...

El muchacho simple, tristón y distraído, a quien el oro infantil de los cabellos empieza a volvérsele plata; pero que aún guarda en el alma oro mejor, para quienes le hicieron bien, y os lo ofrece: el oro de su viejo, de su filial cariño...

El muchacho simple, tristón y distraído, que, por último, aunque indigno y pequeño, puede exclamar como Santa Teresa: «Yo soy de mi condición muy agradecido.»

«MUSAS DE FRANCIA»

(LIBRO DE BALBINO DÁVALOS)

El cultísimo y elegante poeta Balbino Dávalos ha publicado, en Lisboa, donde con acierto poco común representa a nuestro país, un admirable libro: *Musas de Francia*, en el que se contiene esa labor de tantos años que todo el México intelectual conoce y admira, y merced a la cual los más grandes poetas franceses contemporáneos han encontrado un nuevo vaso, tan rico y precioso como el suyo original, para el santo vino de su poesía eterna.

Las versiones, interpretaciones o paráfrasis que hay en el libro (impreso, por cierto, con una pulcritud y un primor dignos de la noble empresa) son de diez y nueve autores, entre los

que se cuentan Théophile Gautier, Leconte de l'Isle, Baudelaire, Sully Prudhome, Verlaine, Richepin, Laurent Tailhade, Henri de Regnier y Helene Vacaresco. Muchos de estos trabajos eran conocidos y apreciados en España desde hace tiempo, y Díez Canedo, especialmente en su *Antología Ordenada* de la Poesía Moderna Francesa, reproduce varios; sobre todo la insuperable versión de la *Sinfonía en Blanco Mayor*, de Gautier.

Cuando Balbino Dávalos dedicaba sus doctos ocios a tales interpretaciones, los poetas, objeto de ellas, apenas si eran conocidos en América por esas MINORÍAS que luego SE SUPERPONEN para formar LA POSTERIDAD, como dice la célebre frase. Ahora, tanto entre nosotros como en España, abundan las traducciones de tal índole, en las que descuellan, con Balbino, González Martínez, Antonio de Zayas, Manuel Machado, Díez Canedo, Leopoldo Díaz, Guillermo Valencia, Max Enríquez Ureña, que con una agilidad técnica poco común ha vertido muchos sonetos de Heredia, Martínez Sierra, Eduardo Marquina, nuestro Enríque Fernández Granados, Aniceto Valdivia, etc., etc., etc.

Díez Canedo, cuyo espíritu se asemeja tanto al de Balbino, ha tenido en la elección de sus versiones las mismas preferencias que éste tuvo antes. Por ejemplo, en *El Arte*, de Gautier, su

discreción, tan experta como siempre, halla medio de salir muy airosa:

Sí, la labor de más belleza
da la forma en que se exalte
la destreza:
mármol, ónix, verso, esmalte.
Falsas violencias rehusa;
pero si vas por derecho,
calza, musa,
un coturno muy estrecho.
Desdeña el ritmo gastado,
que es como zapato enorme,
tan holgado,
que a cualquier pie se conforme, etc., etc.

Pero, para mi gusto y sentir, nuestro compatriota ha sabido conservar al poeta francés toda la agilidad, toda la gracia, todo el desenfado aristocráticos, todo el sugerente espíritu sutil y delicado que lo caracterizan. Juzgue si no el lector:

Sí; la obra es más radiante
si el pulimento es terso:
diamante,
mármol, esmalte, verso.
No haya presión intrusa;
mas para andar derecho,
¡oh Musa!
lleva coturno estrecho.

Al diablo el ritmo soso
que, como chancla floja,
pie ocioso
se calza o se despoja.
Rechaza, estatuario,
la arcilla trabajada
de diario,
con mente divagada;
doma el rebelde paros,
vence al carrara duro
—los raros
dueños del perfil puro—;
arranca a Siracusa
el bronce, que altanero
acusa
el rasgo hermoso y fiero;
persigue en cornalina,
con delicado apego,
la fina
faz del Apolo griego... etc.

De la *Sinfonía en Blanco Mayor*, ¡qué voy a decir que no sea redundante! A pesar de nuestra apatía, el coro de alabanzas en las que llevaron la voz Gutiérrez Nájera y Tablada, fué unánime. Con decir que tiene un valor análogo al original, se dirá algo justo. Hizo época, y en España, cuantos la conocen corroboran tan motivado éxito:

En las leyendas del Norte, alzando
su cuello níveo como el jazmín,
nadan mujeres cisnes cantando
sobre las aguas del viejo Rhin.

De *Los gatos viejos*, versión de Ginest, tengo yo un agradable recuerdo. Muchos aplausos me valió su lectura en una de las veladas que a mi llegada a Madrid consagré en el Ateneo a los poetas mexicanos. Y conste que esos aplausos fueron, sobre todo, para los versos y no para el recitador.

El libro entero de Dávalos revela un gran amor a los modelos traducidos; un amor como deben ser todos los amores: desinteresado. Si la literatura entre nosotros *ne nourrit pas son homme*, la labor paciente, delicada, aristocrática, de Balbino, es de las que apenas si darían a su autor el alimento de que se mantuvo en sus malas épocas Leconte de l'Isle, quien, como es sabido, contestó a cierto indiscreto que le preguntaba qué había comido entonces: — «¡Raíces griegas!»

Menos que eso necesitaron León Deubel, el francés, y Ernest Dowson, el inglés, para suicidarse, cansado de sufrir hambre, el primero, y para morirse casi literalmente de ella, el segundo. Balbino, felizmente, no está abocado a desventura tamaña, y puede permitirse labrar bellezas, improductivas e inútiles como todas las bellezas. Aunque conoce como el mejor su técnica, yo le llamaría un *dilettante*, a la manera, me apresuraré a decirlo, de esos señores que pueden permitirse el lujo de estudiar mucho y de pulir

lo que escriben, como, por ejemplo, el exquisito Conde, autor de las *Perles Rouges* y las *Paroles Diaprées*. Este diletantismo da al arte una contribución exquisita. Los que lo profesan, generalmente son ricos. Un bibelot de lujo les nspira, como a Henri de Regnier, un poema, y acaso un libro... escrito para que lo lean cien refinados. Una arma antigua los induce a coleccionar muchas más, a escribir un tratado erudito sobre los puñales florentinos o dalmatas, y a publicarlo en edición preciosa de tiraje mínimo *sur papier du Japon*, con ejemplares numerados.

Diletantes así han sido, entre nosotros, Tablada y Balbino Dávalos, a pesar de no ser ricos, y conste una vez aún que al darles este nombre nada resto a la plenitud de su labor artística, que he contado siempre entre las mejores.

Si en Francia y en Inglaterra el diletantismo artístico y literario suele ir unido a la riqueza, que sugiere un aristocrático desinterés, en América este desinterés, condición del propio diletantismo, viene del previo convencimiento de que es inútil querer ganar dinero con los versos, y de que, por lo tanto, más vale encerrarlos de una vez en el estuche de lujo de un bello libro, el cual, por lo restringido del tiraje, ha de ser, cuando menos, cebo de bibliómanos en breve tiempo. De allí esos preciosos tomitos que se han

llamado *Prosas Profanas, Las Montañas del Oro, Castalia Bárbara*... De allí esos libros, hoy tan raros, del dicho Tablada, de Icaza, de Rebolledo, de algunos otros.

Balbino, en su mocedad, desdeñó imprimir uno de estos volúmenes tan americanos. Su único trabajo impreso fué, en 1901, su *Ensayo de crítica literaria*, PLAQUETTE erudita por excelencia, dedicada al análisis de algunas odas de Horacio, traducidas en verso castellano por Casasús. De él hizo una edición de cuatrocientos ejemplares numerados.

Ocho años después, en 1909, se publicaron en Madrid *Las Ofrendas*, único tomo de versos del autor, en el que van mezcladas a las composiciones de juventud algunas inquietantes cosas modernas; versos de escepticismo, de hastío o de inquietud filosófica, de una rara factura y de un dejo a veces enigmático y por todo extremo insinuante. Este tedio que Chateaubriand «remolcaba con pena», mientras «iba bostezando la vida»; esa laxitud de que Flaubert decía, en Madame Bovary, que esconde en cada sonrisa *un baillement d'ennui*, ese esplín que incita a Barrés a perseguir la agitación moral e intelectual continua, a buscar en el mismo pensamiento de la muerte, para él odioso, un poco de sal para la insipidez de la existencia. Balbino lo siente muy hondo:

«Ya no tendrá la vida arrobamientos
de inmenso amor; los besos se nos hielan
y ni siquiera el corazón flagelan
dolores implacables y sangrientos.
Ni esa fe misteriosa que te inflama
es para mí consoladora llama;
porque tengo el temor vago y sombrío
de que nuestros dolores dejen rastro
y haya de perseguirnos el hastío,
como sombra del alma, de astro en astro.»

Musas de Francia, labor impersonal, castigada, pura, límpida, ha venido después de estas *Ofrendas*, y es, por tanto, el tercer tibro de Dávalos.

Aguardemos ahora su obra otoñal.

¿No dicen por ahí que el Otoño es el padre de la perfección? En todo caso debe ser el padre de las orientaciones definitivas y seguras. Y no vendrán mal al campo literario hispano-americano estas orientaciones, en el actual momento en que, como decía Gaston Riou, en reciente libro muy bien acogido, hay gran anarquía y gran caos intelectual en todas partes, y en que la literatura, múltiple y contradictoria, carece por completo de dirección.

ANTONIO ZARAGOZA

Una ola me dice: «¡espera! ¡espera!»
y otra ola me dice: «¡olvida! ¡olvida!»

ANTONIO ZARAGOZA.

UN intenso artículo de Manuel Puga y Acal, y unos bellos versos de Rafael de Alba, me anuncian, sin previa noticia, que Antonio Zaragoza ha muerto.

No le lloraré:

No se debe llorar por los que han muerto,

dijo Manuel Flores, y los que saben del *más allá*, los doctores en *ultratumberías* (que hubiera dicho Unamuno), corroboran el endecasílabo intuitivo del poeta.

No se debe llorar por los que han muerto.

Nuestras lágrimas imprudentes detienen a los

amados fantasmas en planos inferiores; ¡nuestra pena es un fardo para sus alas impacientes!

Y si no se debe llorar por nadie, por Antonio Zaragoza, menos.

Antonio Zaragoza era el verdadero desterrado en estas penumbras que llamamos luz y día.

Como su resignación admirable y la alteza de su espíritu le impedían irse del mundo antes de que sonase la hora celeste, decidió compensar el destierro con la alegría de la caridad.

Pasó haciendo el bien.

Este gran sensitivo, este hondo e íntimo poeta, era un manirroto extraordinario.

—Hijo—le decía en cierta ocasión su madre—, no des dinero a los borrachos. ¡Mira que lo piden para beber!

—Pero, madre, si no les doy yo, ¡quién va a darles! Por lo mismo que todo el mundo sabe que beben, nadie les dará!

Su caridad era franciscana.

¿Pues no dijo San Francisco que debíamos tener todos *la cortesía de nuestro hermano el Sol*, que calienta a los buenos y a los malos?...

¡A los borrachos y a los abstinentes!

Tenía su caridad otras formas no menos delicadas.

En cierta Nochebuena, paseaba por los portales de Tepic con unas señoras amigas suyas.

Llevaba la diestra hacia la espalda, y mientras

animadamente conversaba, a furto de sus amigas, la mano oculta iba repartiendo dinero a todos los pobres chicuelos que se apiñaban cerca de los juguetes y los miraban con ojos ávidos.

Las buenas señoras no veían nada.

... Pero yo sí veía al poeta hacer el papel más bello que se puede hacer en este mundo.

¡Y con qué calor platicaba cuanto más pesetas repartía!

¡Y el pobre no sabía que yo le estaba viendo!

¡Y creía que su mano izquierda ignoraba lo que hacía su derecha!

Antonio de la Peña y Reyes me dijo en una ocasión:

—¡Yo soy el Gayosso de la literatura! Poeta o escritor que se muere, artículo que escribo!

Yo voy sustituyendo al ingenioso Antonio en esto del «gayosismo», y no por amor a lo fúnebre, sino por una cordialidad que traspasa la sombra, y también por una especie de compensación. Hay mucha gente que estimo y admiro y a quien el ruido de este mundo me impide, por años, dirigir la palabra. Cuando esta gente se vuelve invisible, paréceme que me oye mejor, y gusto de conversar con ella.

Tal me pasa con Zaragoza, ese exquisito ol-

vidado que desdeñó, sin despecho, la gloria... o lo que así solemos llamar.

La gloria pudo, en efecto, ir a él; pero no la quiso. Prefirió el divino silencio y el sereno olvido:

«Cuando Dios, que al que llora recompensa,
se apiade, al fin, de lo que yo he sufrido,
en silencio me iré como he venido:
quiero en la sombra entrar. Tengo una inmensa
necesidad de olvido.»

En Tepic, la quieta ciudad en que yo nací, fué a anidar su espíritu luminoso, donde había una necesidad muy grande de amor y de bien; e hizo muy santamente en quedarse allí, lejos de las modas literarias, de la literatura misma, que nada tiene que ver con el genio; lejos del reclamo, del sensacionalismo, de los arrivistas impacientes.

La ciudad, llena de dulce monotonía, de íntima y sedante mansedumbre, le premió su predilección, pues en ella encontró el poeta el bien de más quilates que Dios ha escondido en las hondas vetas del espíritu: ¡encontró la Paz!

¡Qué importa que el vocerío hueco de los aplausos no haya ido a buscarle! ¡Tenía la radiosa diafanidad de su conciencia!

Tenía muy cerca a su gran amigo el Mar, una

de cuyas olas le decía: «¡espera! ¡espera!», mientras le decía otra ola: «¡olvida! ¡olvida!»

Tenía corazones fieles.

Tenía el misterio íntimo y casto de sus versos...

Y, sobre todo, había encontrado la Fe, y con el versículo de *Los Hebreos*, se mantuvo sereno y firme, cual si hubiese visto a Aquel que es invisible!

«SIN NOMBRE»

PRÓLOGO AL LIBRO DE FRANCISCO OROZCO MUÑOZ, "INVASIÓN Y CONQUISTA DE LA BÉLGICA MÁRTIR"

SEGURAMENTE, no he tenido nunca en mi vida una ocasión tan simpática como ésta de escribir algunas líneas preliminares para un libro.

El libro que vas a leer, amigo, carece de título; el autor, al pedirme un prólogo, me ha pedido también un título. Le doy el prólogo, o lo que esto sea; el título no me atrevo a dárselo. Yo llamaría a estas páginas simplemente «Sin nombre», como esos admirables retratos de mujeres desconocidas, que nos saturan de emociones y de pensamientos...

Es la historia de la invasión y conquista de la Bélgica mártir, vista y sentida maravillosamente

desde Lieja, por un hombre noble, lleno de inteligencia, de sensibilidad, de un amor casi místico, casi franciscano, por todas las cosas.

El ha visto agonizar día a día a la pequeña Bélgica divinizada por Verhaeren, a la pequeña Bélgica donde soñaron Rodembach el Misterioso y Lemonnier el Fuerte, y donde Maeterlinck clavó el dardo sutil de su inquietud espiritual en la entraña del misterio...

Día a día ha ido anotando sus angustias, sus ternuras, los estremecimientos de su piedad. Ha ido auscultando el corazón de Lieja, que sucumbía, hosca o resignada, en medio de la tarde serena...

Son estas páginas más interesantes que muchas interesantes novelas, porque por ellas pasa, intensa, soberana, la Vida; porque sobre ellas proyecta su sombra gigantesca el dolor.

Una poesía muy honda, una filosofía muy delicada se desprende a cada paso del concepto probo, de la frase ingenua, simple, austera a veces, saturada siempre de una suprema misericordia y de una suprema comprensión.

Cada capítulo es cuadro de verdad poderosa, que llega directamente al nudo de la sensibilidad, que sabe buscar el alma como una certera flecha invisible.

Yo estoy seguro de que, quien comience a leer este libro, lo leerá con cautivada y temblo-

rosa atención hasta el fin. Desgraciadamente es un volumen breve; ánfora estrecha en que apenas cabe tanta esencia...

Lieja ha sido ya conquistada, como Bélgica entera, por el alemán gris, automático, de monóculo (que aun en los cadáveres, como nos cuenta el autor, queda afirmado a la cavidad ciliar, por las supremas contracciones de la muerte). La lucha portentosa de la pequeña Bélgica ha concluído. La ola invasora, el ciclón mecánico se desborda sobre la dulce Francia. Lieja, mudamente, resignadamente, recomienza a vivir. Están cargados de frutos «los árboles que habían madurado en medio de la metralla».

En el mercado, las mujeres no hablan de la guerra: «pregonan la riqueza de su fruta, de pie, erguidas; con el seno aún erecto, aptas para una nueva fecundación.»

«Compro fruta—nos dice el autor—y clavo en ella mis dientes de lobo, hasta la encía, para mejor sentir su eternidad.»

«El amigo que me acompaña me dice: «Los cascos puntiagudos vigilan el mercado.»

«Sí, es verdad—le contesto—; son los alemanes unos hombres fuertes que pasarán, como tantos otros han pasado; ¡pero la miel perfuma-

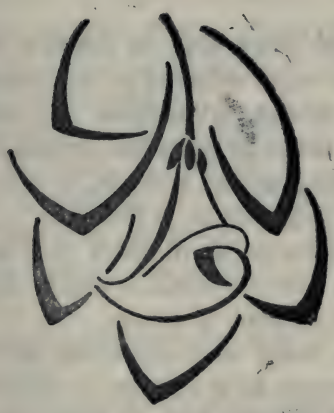
da de estas ciruelas será siempre la misma; gústalas!»

Así termina este bello libro de amor, de verdad, de nobleza, de melancolía, que escribió el joven practicante de medicina don Francisco Orozco Muñoz, alumno de la Universidad de Lieja, después de haber pasado días inolvidables curando heridos en los hospitales.

El señor Muñoz, hijo como yo de ese adorado país que se llama México y que hace cinco años se suicida porque no hay quien quiera sacrificar sus ambiciones personales ante el altar de la Nacionalidad, se ha compenetrado, merced a su propio dolor, con el dolor de Bélgica; de Bélgica que ha caído, sí; pero ante la admiración enternecida del mundo, después de una lucha milagrosa con la potencia militar más formidable que hayan visto los siglos; muy de otra manera que como estamos sucumbiendo nosotros.

Cuando tornes al *Anahuac*, amigo mío, después de aquel casi total derrumbamiento, yo sé, porque te conozco y porque me lo has dicho, que has de prestar tu mano ancha, noble y fuer-

te para la reconstrucción de la Patria nueva, de esa Patria en que ya no habrá sino mexicanos unidos por el mismo amor. Y tú sabes, porque también te lo he dicho, que yo, en el libro, en el periódico, en la vasta tribuna del mundo que habla español, he de ayudarte a ti y a todos los buenos como tú, en la obra santa de la reconstrucción nacional.



MORELOS

Era aquel héroe, el de las cimas, el de las águilas, al que veían atónitos los soldados del virreinato y pávidas, intimidadas, las estrellas. Era aquél un héroe de progenie hercúlea; su espada fué el relámpago; su pedestal, la más alta montaña; su contendiente, el Destino.

La inteligencia de Morelos veía todo. El fué quien vió primero a la República. Algo no vió jamás ese hombre: el miedo.

Bajaba como alud del monte; se desprendía como torrente de la cumbre; le vieron mil veces caer sus enemigos, pero no como cae el gladiador herido, sino como cae el rayo.

En nuestra guerra de Independencia, Hidalgo representa el amor que crea; Morelos, la fuerza; Guerrero, la constancia.

Parece que Morelos desenraizaba héroes, como un titán arranca cedros. Parece que le seguía no un ejército, sino un bosque de campeones. La muerte se desplomó al herirle, y arrodillada entonó el salmo de la inmortalidad. A ese hombre no lo hizo la sociedad, lo hizo la Naturaleza. Brotó esa luz de la sombra, como la aurora y como el rayo.

No heredó el genio, lo conquistó.

Fué de los videntes; fué de los zahoríes, de los que crean por la potencia invencible de la voluntad. Adivinaba.

Hidalgo dió el toque de clarín. Morelos fué el capitán. Iturbide se aprovechó de la Insurgencia, como el soldado toma lo que la soldadera lleva en su canasto.

Hidalgo fué el de la torre... el de la torre en que se llamó a misa de la Patria; Morelos, el de la mañana, el de la llanura, el roble, el río; Guerrero, el tenaz, el irreductible, el antecesor histórico de Juárez; Iturbide, el del cuartel.

Todos ellos fueron útiles a la causa de la Independencia.

Pero sintetizando nuestro pensamiento, bien podemos decir: Hidalgo es venerable; Morelos, hermoso; Iturbide fué útil.

Alcen hoy las boscosas montañas un himno al héroe augusto; canten las cataratas la oda

a sus proezas, y corone la Cruz del Sur el sepulcro del Mártir...

En la sala de fiestas se leyó una tarde inolvidable la lista de los premios que un Jurado internacional otorgaba a los expositores, y la solemnidad revistió un carácter no superado hasta hoy por nada ni por nadie. Veinte mil espectadores, cuando menos, acudieron, y unas seiscientas voces de mujeres iniciaron el acto con un himno que Saint-Saens compuso y que era un prodigio de unción, de alteza y de armonía. Después, ante el noble presidente, que desde su tribuna dominaba el conjunto maravilloso envuelto en la gloria tricolor de las banderas francesas, tras de las cuales va siempre como una hada la cultura, desfilaban representaciones de todos los pueblos, al son de sus himnos de amor, de guerra y de gloria.

Los Estados Unidos, aún ebrios por la embriaguez de su última victoria, pasaron escoltando la gran bandera de las estrellas y las barras, ingenuamente ufanas de sus triunfos... y los rusos llegaron después con su bandera de topacio, en cuyo centro el águila bicápite desplegaba las alas, y era un símbolo de reciente alianza de los tártaros amarillentos y los hijos de la Estepa Nevada...

Pasaron después los linajudos españoles, orgullosos, tristes y severos, agitando la flama roja y

gualda de su bandera conocida de todas las borrascas, que habló de tú a todos los océanos; en otro tiempo... (en otro tiempo, cuando Dios quería...) Ondearon de pronto los tres vivos colores de Iguala, que enhestaba una mano cariñosa, y cuando las bandas esposaron unidas la marcial pompa de nuestro Himno Augusto, mis ojos se nublaron de lágrimas; la patria pasaba, sí; mi patria; todavía infantil, con la gracia pasiente de sus primaveras, y también con la precoz tristeza de los niños que se asoman vagamente a la vida. Mientras, airosa sobre el campo blanco, el águila inflemática abría las alas e hincaba las uñas en la esmeralda del nopal, silvestre piedra preciosa, yo, con la mirada del alma puesta en mi tierra distante, soñaba; soñaba en una México poderosa y activa, a cuyas puertas llegase de continuo un romerío de naves; soñaba en una México temida y más que temida, amada, hegemona, y que fuese la metrópoli latina de América. Soñaba en que la vieja sangre tenóchica y la no menos vieja sangre ibera, palpitasen otra vez en nuestras venas, resucitando para el bien y para las libertades. Soñaba en una México que mostrase aunadas en su frente toda su juventud y sus leyendas, dejando adivinar en sus pupilas enormes, rizadas y oscuras, dos poesías divinas: la poesía heroica de su pasado y la dulce poesía de su presente, de su

renacimiento definitivo; la poesía del águila vuelta cóndor, del cóndor vuelto montaña, de la montaña vuelta astro... Mas cuando abrí los ojos, el símbolo había pasado; resonaba el salón en todos sus ámbitos con el himno postrer de las músicas, y allá fuera, en el inmenso paralelogramo del Campo de Marte, en que pasean las sombras de los viejos legionarios, la torre Eiffel, como un signo inmenso de la admiración, envía al infinito donde temblaba ya el alma luminosa de las primeras estrellas!

DON JOSE CANALEJAS

Hoy que Europa toda tiene puestos los ojos en el ilustre estadista, jefe del Gobierno español, quizá no carezcan de oportunidad las siguientes notas escritas hace cuatro años, y destinadas a formar parte de un libro intitulado *Los Grandes de España*, libro que no creo se publique jamás:

Yo me imaginaba más viejo a don José, y esta imaginación es ya un elogio.

¿No os halaga, en efecto, a vosotros, que al conoceros alguien os diga:—Yo me lo imaginaba a usted más viejo?

Es esta frase la más delicada de las alabanzas, a condición de que no sea estudiada, sino que surja ingenuamente, como inspirada por cierta sorpresa.

Ella quiere decir: «La labor que usted ha hecho, la obra que usted ha realizado, es muy superior — o superior simplemente — a su edad; requiere el esfuerzo de más años que los que usted ha vivido. Así, pues, para el excepcional cerebro, o la excepcional energía, o la excepcional laboriosidad de usted, los años han contado doble, han tenido doble tiempo; las jornadas de vigilia y estudio han sido de cuarenta y ocho horas, como la noche en que fué concebido Hércules...»

Aunque, bien mirado, muchas veces juzgamos a los hombres por los puestos a que han llegado—siendo muy merecidos esos puestos—y nos maravillamos de la altura política alcanzada. Y luego queremos que el cartabón establecido por los que siendo jóvenes llegaron muy alto, sirva para otros hombres superiores, y los desdeñamos porque a ese cartabón no se ajustan.

Al general Boulanger le dijeron en cierta memorable ocasión: «A vuestra edad, Napoleón estaba en Santa Elena...»

Napoleón, a los veintinueve años, había hecho ya la campaña de Italia, y se permitia el lujo de dedicarse un poco a la filosofía y a la literatura, y de entrar al Instituto de Francia a ocupar la vacante de Carnot, al lado de Laplace...

Mientras se lanzaba de nuevo a la conquista del mundo.

Alejandro, que entretenía su infancia en domar a Bucéfalo, había conquistado la tierra a la edad en que Jesús moría después de haber cambiado la faz de todas las cosas.

Y estos nombres resplandecientes aplastan a quienes luchan por enseñorearse del porvenir, y vuelven a los pueblos espectadores exigentes con aquellos individuos que, distinguiéndose de los demás, no aciertan, sin embargo, a llegar jóvenes a la meta, sin pensar en que, en nuestros países latinos, especialmente, hay aún el inconmovible prejuicio, que tanto daño nos hace, de que determinados empleos y dignidades no han han de darse sino a las cabezas blancas.

✠

Pero volvamos al mundo después de habernos codeado con semidioses, y digamos que, justamente, un escritor español en pasados días se quejaba de ese prejuicio de que hablo arriba, afirmando que en España está más enraizado aún que en Hispano-América, y que aquí se estorba el paso a las cabezas que, cuando menos, no llevan ya mezcladas «la pimienta y la sal...»

Creo exagerada esta afirmación.

Conozco, por ejemplo, muchos ministros españoles: Romanones, García Prieto, Pérez Caballero, etc., que o frisan en los cuarenta o los han rebasado apenas.

Y en cuanto a don José Canalejas, no creo que tenga más de cuarenta y cinco años, nueve lustros apenas, que le han bastado para ser una de las más significadas figuras del foro español y del partido liberal, presidente de la Cámara de diputados, publicista notable, polemista de reconocida fuerza, y el primer orador de España, a juicio de propios y extraños.

Creo que esto ya es mucho para los cuarenta años y «pico» (o sin el pico) de don José Canalejas.

En España, como en Francia, lo he dicho alguna vez, todo el mundo es orador. Yo he oído hablar a gentes que no tienen por oficio la oratoria ni mucho menos, sino que se ven precisadas en determinadísimas circunstancias a cambiar por la plata de la elocuencia el oro de su mutismo, y todas ellas se han expresado fácilmente, discretamente, gallardamente.

¿Qué más? hasta a un ex torero famoso, y concejal hoy, al mismísimo Mazzantini, le he oído brindar con «cierta» galanura y «cierta» fluidez.

El «repentista», como decimos en México, abunda aquí en todas las esferas sociales.

En España nadie se queda callado; a nadie lo achican con un discurso.

La réplica fina, inmediata, afilada, surge sin esfuerzo de todas las bocas, hasta de las más humildes. Cualquiera de esos baldíos golfos de la Puerta del Sol tiene su verba acerada y vistosa.

Es gracia, pues, y mucha, que en un país eminentemente elocuente, don José Canalejas sea reputado como gran orador.

Don José Canalejas es de mediana estatura, muy moreno, bien encarnado, con una cara por todo extremo enérgica (que enmarcaba antes recia barba gris). Sus ojos, escondidos tras de las gafas, ayudan relativamente poco a la expresión de su fisonomía.

Además de las líneas precisas y resueltas de su rostro, la característica de éste es la mandíbula inferior: fuerte, imperiosa, sólida, vigorosamente dibujada.

Don José Canalejas, si me permiten ustedes que se lo diga, tiene quijadas de león, y me recuerda, no sé por qué, siempre que lo miro, aquellas palabras bíblicas, la adivinanza aquella del coloso que llevó en sus espaldas las puertas de Gaza, y que, abrazándose a la columna madre del templo filisteo, lo hizo desplomarse; adivinanza que le inspiró la quijada de un león, vuelta por las abejas colmena, y encontrada en un sendero.

También de esa poderosa quijada de león de don José Canalejas, cuando habla, salen la miel y la dulzura de su espíritu, lleno de bondad, de indulgencia, de serena filosofía y de austera sencillez antigua.

Sin duda que hay en España otras gentes que hablan admirablemente, pero «aliquando»... (no se ofenderán ellas si las comparo con Homero).

Don José no tiene «aliquando».

Su oratoria maciza marcha en columna cerrada a la conquista de los entusiasmos; sin vacilaciones, sin decaimientos, segura, imperiosa y, al propio tiempo, risueña y florida.

Las sucesivas operaciones de su entendimiento para crear, formar, ordenar y pulir la frase, son de tal suerte vertiginosas, que manan sin cesar los períodos, ya perfectos, ya lujosos, sonoros, redondos, magistrales.

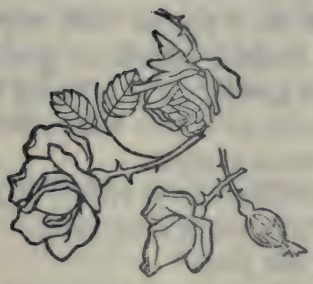
Y al propio tiempo que estas múltiples y complejas operaciones se hacen, la imaginación de don José está ya avizorando la réplica posible la objeción (de una probabilidad más o menos lejana), para salirles al paso, herirlas en mitad del pecho, ponerles el pie en la recia coraza, la punta de la espada en la garganta, y decirles: «¡Ríndete o te mato!»

¡Y qué persuasión, y qué entusiasmo, y qué sugestión hay en esta oratoria de don José! ¡Y qué cálida brota, y qué avasalladora corre, y qué insinuante y suave y mimosa también, sabe envolver al espíritu!

Mientras haya hombres como don José Canalejas, la oratoria española nada perderá de sus

tradiciones de gloria, de su viejo prestigio universal.

Es don José de tantos quilates como aquellos tribunos que se han ido alrededor de la gigantesca figura de Castelar, y que acaso hoy, en las apacibles praderas elíseas, al quieto fulgor de una suave tarde sin fin, departen con las figuras augustas de los Demóstenes y los Marco Tulio, los Mirabeau y los Gambeta, en diálogos dignos de continuar los de Platón...



QUEROL

Ha sido ayer cuando, bajo un cielo todo de plomo, frío y húmedo, fuimos a enterrar a Querol.

Y ha sido en el año de 1906, muy recién llegado yo a Madrid, cuando lo glorificamos, en una plácida arboleda, a la orilla del Manzanares, con motivo de un triunfo nuevo, de los incontables que iban a buscarle.

Don José Canalejas le ofreció el banquete.

Querol, temblando, escuchaba.

Y decía don José:

—Veis a ese hombre que ha dado vida a tanta piedra, ahora como sin vida por la emoción y vuelto más piedra que sus estatuas...

Y así era, en efecto. Querol, que no hablaba nunca en público sino con sus cinceles, allí es-

taba con lágrimas en la mirada, penetrado de mutismo y de inmovilidad.

Yo le recité unos versos, testinadamente compuestos para ese mismo día (1).

✠

Conocí a Querol en París, en 1900, en ocasión en que recibía la gran medalla destinada a España por la escultura y que él había ganado. El Luxemburgo le abría sus puertas, donde hace muchos años figura en sitio de honor su maravillosa *Tradición*.

A su lado estaba siempre en esos días otro hombre, de cara nazarena, cuya manquedad hizo decir a Rubén Darío en un soneto potente (compuesto cierta noche en que cenábamos juntos en el bulevar) y después de hablar de la Venus de Milo y de la Victoria de Samotracia:

«¡No hay ninguna obra bella que no esté mutilada!»

Nombro a nuestro Jesús Contreras.

Tenían Querol y Contreras la misma impaciencia por el trabajo y por la gloria, impaciencia que he advertido en otros artistas que han de morir jóvenes, y que es acaso un presentimiento que los constriñe y compele a crear mucho y de prisa, por miedo de las manos lívidas,

(1) Obras Completas. Vol. III, págs. 82-83.

impotentes y yertas que pronto se cruzarán sobre el pecho en lo definitivo de la muerte!

En Madrid, Querol y yo intimamos. Un gran retrato suyo con palabras fraternales, se ve en serenos muros de mi estudio. Como su taller estaba a un paso de la Legación, era frecuente que, concluídas las tareas cancillerescas, fuese yo a buscarle y a respirar a su lado un poco de entusiasmo por el ensueño.

Una fachada de sencillez griega se destacaba de la trivialidad de las otras en el paseo del Cisne. Tras ella, el infatigable martillo golpeaba día y noche al cincel.

Un concejal propuso que a aquella calle aristocrática y silenciosa se le llamase de Querol. El artista no quiso.

Yo aprobé su negativa.

—Así, «del Cisne», está mejor—le dije—. Es un nombre blanco y emblemático y jovial... como las estatuas...

Una verja separaba el estudio de las acacias del paseo.

A ella iba a llamar todo Madrid, del rey abajo.

Un día llegó el príncipe don Carlos a contemplar el busto de la infanta doña Mercedes.

—¡Déjeme usted un poco aquí solo con ella, para verla bien!—insinuó.

Y en un rincón del gran taller quedaron por

mucho tiempo el infante y la estatua en *tête à tête* nobilísimo.

Cuando salió el infante tenía los ojos húmedos y su emoción honda y contenida era el mejor elogio para el escultor, que había sabido resucitar a la muerta augusta.

—¡Trabaja usted demasiado!—decían todos a Querol.

Pero él no quería oir. Ni quería pensar más que en crear, con la festinación de los «Advertidos» de que habla Maeterlinck.

Todavía a las dos de la mañana iba y venía la temblorosa mano sobre la plasticidad de la arcilla.

México, la República Argentina, Perú, el Ecuador... toda nuestra América venía a pedirle estatuas y monumentos.

Y él se complacía en trabajar para nosotros. Para México eran una fuente monumental y unos pegasos trabajados con alegría y amor; para la Argentina, un monumento a Mitre; para el Ecuador, uno conmemorativo del Centenario. Había concluído, además, el proyecto del gran monumento de los Sitios de Zaragoza.

En su jardín, entre la verdura, erguíanse los enormes bloques de Carrara. Y uno a uno iban

pasando al taller y se iban convirtiendo en inmortalidad.

Querol quería, sobre todas las cosas, durar. En el zócalo de su célebre monumento a Quevedo, que se yergue en la gran plaza de Santa Bárbara, en el cofre en que quiere la costumbre que se guarde una acta de la inauguración y algunas monedas de la época, Querol tuvo la idea bella y singular de poner una especie de carta «a los artistas del porvenir», a los que trabajen y piensen cuando el monumento se desmorone, mordido por los siglos.

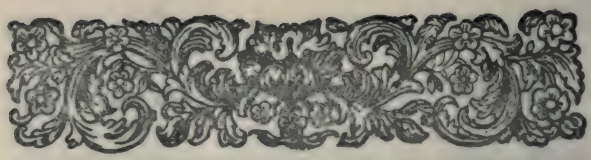
Cierta tarde, en la intimidad de su estudio, me leyó una copia de esa carta, de la cual creo recordar la siguiente frase: ¡Vosotros habréis ya dominado en absoluto la forma que para nosotros es aún tan bronca y rebelde, y el Arte será acaso para vuestros espíritus como una vibración, como una luz!...

✠

Y ahora, amigo glorioso, tú que a los cuarenta y seis años lo habías conquistado todo; amigo nobilísimo, simple, generoso, cordial, el de la perenne sonrisa, el del sí acogedor para todas las demandas, ahora, envuelto en tu sayal de franciscano, duerme bajo la lluvia de este desapacible y helado otoño...

¡Cuántas veces, al lado del fuego o en tu jardín, bajo la palidez de la luna, mientras los gatos mostraban sus siluetas ondulantes y eléctricas entre los mármoles, hablamos del más allá! ¡Tú creías en la inmortalidad, Queroll ¡Y cómo no, si salía a cada paso toda blanca y luminosa de tus manos!... Tú creías, sí, y ahora, sin duda, vagas por los Campos Elíseos de la muerte, habitáculo de toda paz, y conversas con aquellos insuperables que se llamaron Cleomeno, Fidias, Praxiteles, Miguel Angel, Donatello, Alonso Cano y Benvenuto...

Tú que en tus columnas, en tus basamentos, en tus zócalos, desprendías de la mole misma todas esas figuras aladas, que rodean tus monumentos, porque, según tu admirable frase que muchas veces me dijiste, *querías que la materia volara,* ¡tú, ahora, pensado y llorado, amigo mío, ya tienes alas, sí, ya tienes alas!



SALVADOR RUEDA

Es bello, ahora que los poetas se vuelven «preciosistas», nimios, lapidarios; ahora que todos están *blasé*, que se encuentran de mal tono ciertos entusiasmos, ciertos júbilos; ahora que las exaltaciones sentimentales se califican desdeñosamente de romanticismo... o de otro «ismo» peor aún, de «histerismo»; es bello, digo, en esta época de los poetas sutiles, refinadamente subjetivos, complicadamente modalizados, es bello ver a un poeta como Salvador Rueda, enamorado profundamente de la Naturaleza, latiendo espiritualmente al par del ritmo robusto y eterno de la vida, apasionado por todo lo que es la vida misma, no falsificada ni desnaturalizada por el hombre.

Este poeta ha logrado a los cuarenta y nueve años—no aparenta más de treinta y cinco—no sólo conservar, sino intensificar sus entusiasmos de la primera juventud.

La musa vive perennemente dorada por la mañana y perfumada por la primavera.

Cuando se leen sus versos—aun sus últimos versos, por ejemplo, el tomo *Fuente de salud*, que me ha traído no hace muchos días—se imaginaría uno—a no ser por ciertas habilidades técnicas, por ciertas expertas formas, que denuncian al conocedor de su *métier*—se imaginaría uno que asoma detrás de las páginas llenas de luz la cara lozana de un poeta de veinte años.

Por eso la juventud de Salvador Rueda se perpetúa en España.

El lo ama todo de amor: la noche y el día, la lluvia y el sol, las moras silvestres y las parras preñadas de las gotas mágicas que alegran el corazón del hombre: las pastoriles carretas que pasan lentas y ruidosas en la tranquilidad de los paisajes vespertinos, y el mar musical y la montaña azul, y la libélula, joya del aire, y la piedra del camino... Y este amor es ardiente como el de un novio. Yo he visto húmedos los ojos del poeta, al hablarme, con esa voz queda, con ese

opaco y expresivo registro medio que la caracteriza, de su adoración a la divina madre de cuyo seno salimos y al cual hemos de volver para las grandes transformaciones de la muerte...

—Yo temo morir—me decía la otra noche—porque ya no veré más todo lo que amo con tanta pasión, esto que es el máximo de belleza creada: esto que se llama viento, mar, campo, montaña, espiga, flor, ala, piedra... esto que otros seguirán viendo sin mí! Yo no concibo el paraíso sino como una exaltación, como una glorificación de la Naturaleza. Yo quiero un paraíso... pero así, tan bello como es el mundo, como es el árbol, el nido, la brisa, el sol y la golondrina.

Hablábamos cierta vez del maravilloso San Francisco de Asís:

—Lo adoro—me dijo—en tanto que atormenta su cuerpo el pobre «jumentillo» tan despreciado por los grandes ascetas.

Amarlo todo, sentirse viento con el viento, agua con el agua y fulgor y vida con el sol... Bueno. ¡Pero por qué atormentar esta maravillosa, esta notabilísima máquina de nuestra carne, hecha con complacencias por la Naturaleza paciente, con complacencias afinadas a través de los siglos...! Esto decíamos los dos dentro de nuestro amor al sublime panteísmo de San Francisco.

Salvador Rueda no sabe francés, no quiere saber francés...

¿Hace mal?

¿Hace bien?

¡Cómo podría yo juzgarle!

De Málaga—la tierra de mis abuelos—viene este sol que dora sus versos, viene este ritmo sano que late en las estrofas, muelles o vigorosas, lánguidas o vivaces; ritmo que es como la suave palpitación de un seno de mora, recostada bajo el azul del cielo, junto al azul del mar.

LOS GRANDES DE ESPAÑA

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

CONFIESO que, aunque conozco en España a todos los escritores y poetas del «último barco», que son los que naturalmente están más cerca de mi espíritu, y que se llaman Azorín, Pío Baroja, Valle-Inclán, Luis Bello, los Machado, Palomero, Villaespesa, etc., no me he apresurado mucho que digamos a tratar personalmente a las celebridades ya consagradas.

A don Marcelino Menéndez y Pelayo me he contentado con leerlo y verle pasar; lo mismo a don Armando Palacio Valdés. A doña Emilia Pardo Bazán la encontré casualmente en casa de los condes de Vilana, y acabo apenas de enviarle mi último libro con una carta, a pesar de que

Chocano me afirma que los mexicanos, los escritores especialmente, no olemos para ella a Algalia desde que Pancho Icaza pretendió que había no sé qué afinidades literarias entre un libro suyo y otro de cierto vizconde francés... A Cavestany y a Emilio Ferrari también casualmente los he conocido, y en cuanto a Grilo, que las Musas se dignen emplumarme si llevo trazas de conocerle.

Y es que me disgusta profundamente ese papel de admirador hispanoamericano que viene a prodigar adjetivos, a rendir parias y a dar la lata, y soy el menos a propósito para desempeñarlo.

En primer lugar, porque esta facultad de admirar la ejerzo yo muy poco en los hombres, pues cada día hallo en el mundo menos hombres admirables, encontrando en cambio cada día también más admirables las cosas de la Naturaleza; y en segundo lugar, porque en concreto no admiro a casi ninguno de estos señores, ¡ni cómo podría ser de otra manera!

Yo no veo por qué el que no ha hecho nada grande en su juventud ha de ser admirado por la autoridad que da la vejez, y hallo, además, que cualquier poeta moderno de talento realiza obra más bella, más honda, más adivinativa de emoción y de arte que ese eterno retumbar de octosílabos y endecasílabos, de sonetos y décimas oratorios que deleita los oídos infantiles

como una murga que pasa por la calle, y que enfáticamente recitados por enfáticos actores, han desconceptado en absoluto una escuela de declamación.

✠

Pero si tengo muy pocas admiraciones para los hombres, en cambio las que me quedan son muy claras, muy cristalinas, muy sinceras y muy grandes, y conste que la más intensa de ellas es a que siento y he sentido siempre por don Benito Pérez Galdós.

✠

Es curioso ver lo poco que la Prensa se ocupa y se ha ocupado siempre de don Benito Pérez Galdós. Su reputación ni ha contado jamás con la ayuda de las gacetillas ni ha necesitado jamás de esa ayuda. Sus libros se han abierto siempre camino dignamente, silenciosamente, y acontece y ha acontecido que toda una edición se agote sin que los periódicos hayan apenas dado cuenta de ella.

En cambio, es común que muchos diarios se desgañiten gritando las excelencias de un libro, y que éste se quede en las bodegas de las libre-

rías, como la obrilla que vendía Navamorcuende, el del epigrama.

Estas observaciones hacíamos por cierto Valle-Inclán y yo, mientras nos dirigíamos una tarde a casa de don Benito Pérez Galdós, y, dicho sea sin ambages: las hacíamos en honor del público, que no es tan adocenado como se cree, y que, cuando se hace mucho reclamo a un libro, empieza por desconfiar de él.

La Prensa es omnipotente si se consagra a prestigiar lo que de veras vale: en esto estamos de acuerdo todos... hasta Pero Grullo y un servidor de ustedes.

Si, por ejemplo, un periódico nos dice que la quinina es buena para el paludismo y el calomel para el estómago... todo el mundo lo cree. Pero si el mismo periódico afirma que hay un remedio infalible contra la calvicie, nadie le hace caso, aunque se trate del petróleo... en lo cual a todo el mundo le sobra razón, ya que el mismísimo Rockefeller, el «Rey del Petróleo», es calvo como una rodilla...

Hace mucho tiempo (como en la *Anabel Lee)* que escribí yo una novela intitulada *El donador de almas*, que anda por ahí y que tengo la esperanza de que nadie ha leído (¿ha leído alguien por ventura *El donador de almas?)*. En esa novela, de un autor en agraz, decía yo, hablando de Andrés, uno de los protagonistas (el *deute-*

ragonista, mejor dicho), las siguientes palabras que estoy en el derecho de citar, ya que nadie ha leído el libro:

«Pronto Andrés escribió en español, como escribe Armando Palacio Valdés: para dar pretexto a que lo tradujeran al inglés y al francés.

»Los yanquis le pagaban a peso de oro—*american gold*—sus cuentos, sus novelas, sus artículos, y fué célebre sin que México, que estaba muy ocupado en las obras del desagüe, se diera cuenta de ello.»

En efecto, Armando Palacio Valdés existía, como si dijéramos, a furto de España y de la Prensa, y callandito se hacía famoso y se ganaba, como él dice ingenuamente, un dineral «afuera» sin que se percatase nadie de él «adentro»...

Pero volvamos al señor Pérez Galdós. Como digo, le he admirado siempre, le he admirado mucho.

Ahora que le conozco le admiro y además le quiero.

Don Benito Pérez Galdós es grande como un águila y sencillo como una paloma.

Tiene un cerebro genial y un corazón de niño.

Su trato, porque he tenido la honra de tratarle, me ha hecho corroborar la natural idea que he abrigado siempre de que, a medida que el valor de un hombre es mayor, es mayor asimismo su simplicidad, de tal suerte, que los genios

tienen esa divina y luminosa simplicidad de los diamantes.

Pasa en esto lo que pasa en el orden social. Yo me he acercado a algunos pisaverdes ricos de México en esas necesarias y penosas intersecciones de las vidas y me han tratado con altivez. En cambio, en España, hombres como un marqués de Santa Cruz, un duque de Alba, un duque de Medinaceli o de Montellano, me han recibido con sencilla y franca cordialidad.

Frecuentemente, un prefecto de pueblo o un empleado de segundo orden me han hecho sentir con cierta aspereza «su superioridad»; en cambio he hablado con el presidente de nuestra República o con el rey de España, y han conversado conmigo afable y naturalmente, con una sonrisa acogedora y simpática. Frecuentemente he sido «protegido» (como allá decimos) por algunos escritores y poetas de mi país que ganan cien pesos más que yo. En cambio, un Rubén Darío o un don Benito Pérez Galdós me han tratado como a igual.

Y es que los que son grandes de veras, los que por derecho propio se sienten superiores a los demás, no necesitan de enfatismos, de desdenes, de esquiveces, de *pose* para demostrarlo.

Todo el mundo «sabe», todo el mundo «reconoce» que son grandes. Se imponen con su sola presencia.

Cada uno de estos grandes como el poeta de las *Montañas del oro* de Lugones,

> Aquel ser de ancho aliento

que

> parece que en los hombros lleva amarrado el viento,
> a fin de que los hombres alcancen con sus bocas
> su oreja, enormemente sentado entre dos rocas
> como un afable cóndor les escucha...

Yo me explico por lo demás que la densa caterva de los pequeños gesticule, chille, se yerga, vocifere, se empine, se pavonee, «cale el chapeo, requiera la espada, mire al soslayo...» a fin de que el mundo sepa que existe.

Yo concibo perfectamente que aquel que jamás creyó llegar a nada por sus méritos, se hinche de viento y se maree de vanidad en cuanto se encarama a cualquier altura, aunque sea a un tapanco.

Me parece perfectamente lógico que ciertas almas subalternas procuren crecerse delante de uno por el miedo natural de que uno pase sin verlas, y no me escandalizo ni ante la insolencia de un lacayo, ni ante la petulancia de un tonto, ni ante la cómica majestad de un alcalde de villorrio: todo ello es natural.

¡Pero es tan hermoso, por contraste, advertir la apacible, la augusta, la sonriente serenidad de las cimas!

¡Es tan agradable conversar con un don Benito Pérez Galdós y advertir en esa alma magnífica todas las transparencias, todas las ingenuidades, todos los candores y todos los entusiasmos de un niño de ocho años!

No es raro que en el tranvía que va de la Puerta del Sol a Pozas, y que pasa por nuestras respectivas casas, dejándome a mí en Bailén y a él llevándole hasta Areneros, me encuentre a don Benito.

Silencioso, recogido, en actitud modesta, caladas las oscuras gafas que protegen contra el rabioso sol de España sus ojos enfermos, don Benito pasa inadvertido de todo el mundo. Sin duda que hasta el cobrador sabe su nombre y ha leído alguno de sus libros; pero no lo identifica, y aquella verdadera realeza continúa su camino tranquila, casi humilde, pensando «en sus cosas».

Algunas veces le dejo respetuosamente en su rincón, seguro de que sus pensamientos valen más que todo lo que pudiera yo decirle.

Otras, me acerco y le saludo.

Entonces, muy afable, me dice:

—Perdóneme que no le haya visto—e incontinenti se pone a conversar conmigo.

En días pasados venía él de Tordesillas y de Medina del Campo, todo vestido aún de recuerdos; con esa poderosísima facultad de evocación que tiene, había reconstruído los setenta y cinco años de vida y pasión de doña Juana la Loca, recluída casi medio siglo en Tordesillas.

Venía maravillado de lo que había visto... y no «había visto» nada, nada más que piedras bermejas caldeadas por el sol... Todo lo había contemplado por dentro, con esa visión amplia y radiosa de su privilegiado espíritu.

Me recomendó que leyese un libro muy documentado: *La Reina Doña Juana la Loca*, de Antonio Rodríguez Villa, y como yo no pude conseguirlo, me lo envió a mi casa.

Otro día me dijo:

—Como en mi próximo episodio he de referirme al general Prim, deseo que un día venga usted a almorzar conmigo, a fin de que me hable mucho de México; quiero saber, no lo que dicen los libros, que bien me sé, sino todos esos hechos, todas esas menudencias, todos esos detalles que constituyen la vida diaria, la vida familiar.

En España los jóvenes, irrespetuosos como en todas partes, como lo fuimos nosotros: Balbino, Tablada, Urueta, Francisco M. de Olaguibel, Couto y yo en México, en otros tiempos en que creíamos que el monte era de orégano; los

jóvenes de España, digo, que tan duros han sido con Echegaray, que a tantos han negado, a don Benito lo acatan resueltamente, honradamente, absolutamente.

El sí es rey de derecho divino, ya que tiene ese *quid divinum* que en fértil latín admiraban nuestros abuelos, ya que él sí está ungido por el genio, ya que a él sí puede llamársele, sin adulación y sin mentira, grande, «grande de España», como yo me complazco en llamarle en estas líneas.

UNA VISITA

París, abril de 1911.

Entró rápidamente al *hall* del hotel un joven como de treinta y cinco años, de estatura mediana, de color moreno, de negro bigote, de ojos llenos de luz y afabilidad.

—¿El señor Nervo?—preguntó.

Al oir mi nombre, y antes de que el empleado indicase mi número al recién venido, me adelanté cortésmente.

Un abrazo de esos que damos en América, con sus respectivos golpecitos en el hombro. Una cálida frase de afecto, y estas exclamaciones:

—Usted comprende que no íbamos a cambiarnos indefinidamente tarjetas. Usted y yo no

podíamos hacer eso. La otra tarde, cuando usted fué al Regina, mi mujer recibió su tarjeta, pero no pudo recibirle. Estaba con la peinadora. Lo sintió infinito. Yo regresé tarde y lo sentí más aún. Ella y yo deseábamos que esta noche coma usted con nosotros. Iremos luego a la ópera a oir los *Maestros Cantores* (devoción intensa de mi mujer). Rubén Darío iba a venir también con nosotros; pero se ha ido a Londres. Para usted no hay excusa. Va usted a vestirse inmediatamente. Yo subiré con usted a su habitación. Mientras se viste (le doy diez minutos, porque la ópera comienza a las ocho), charlaremos. Dirá usted que esto es un *plagio*. Bueno, lo plagiamos a usted esta noche.

—Será el único plagio de que tenga usted que acusarse en su vida—respondí, sonriendo, al genial amigo; sí, al genial, porque aquel joven afable, elegantemente vestido, de gentiles maneras, de parisianismo indiscutible, era nada menos que Leopoldo Lugones, el autor de ciertas *Montañas del oro*, que produjeron una erupción de luz, de pasmo y de gloria en América, hace más de doce años; de ciertas *Montañas del oro*, que por primera vez en México reprodujo el *Mundo Ilustrado*, con gran escándalo de tanta gente normal, saturada de sentido común, y de Raimundo de Miguel; de ciertas *Montañas del oro*, que yo fuí predicando de corro en co-

rro, de sala en sala, y que dejaron en nuestro léxico diario, como apotegmas resplandecientes, alejandrinos acerados, que decían:

Y decidí ponerme de parte de los astros;

o:

El hierro gime en lo hondo de la fragua encendida;
mas nadie ha visto nunca las lágrimas del hierro.

o:

El tío Sam es fuerte; arraigada en su ombligo
lleva la cepa de Hércules...
Ponen en las férreas ancas de sus locomotoras
una gigante carga de nubes y de auroras.

o bien:

Whitmann entona un canto serenamente noble,
Whitmann es el augusto trabajador del roble.
El adora la vida que irrumpe en toda siembra,
el grande amor que labra los flancos de la hembra,
y todo lo que es fuerza, creación, universo
pesa sobre las vértebras sonoras de su verso.

o bien:

Homero es la pirámide de bronce que sustenta
los talones de Júpiter, goznes de la tormenta;
es la boca de fuego surgiendo del abismo:
tan de cerca le ha hablado Dios, que él habla lo mismo!

o bien, por último:

El cielo es la frente
de Dios, sobre la eterna serenidad suprema.
Cuando se llena de astros y sombra, es que Dios piensa!

Sí; era Lugones uno de los más peregrinos artistas que hoy existen en nuestra América. Lugones, sabio, erudito, poeta, dominador de la Lengua, explotador de tierras vírgenes, deportista, polemista, batallador, hombre de mundo, conversador óptimo y espíritu de una elemental limpidez como el diamante; Lugones, corresponsal en París de la potente y prócer *Nación* de Buenos Aires, que paga principescamente toda labor intelectual.

Minutos después besaba yo la mano de *madame Lugones*, cuyo nombre fué la primer cesura lapidaria de aquellos famosos alejandrinos de Darío, escritos en las Baleares. (¿Te acuerdas, Alfredo Ramos Martínez?)

Una conversación florecida de *esprit* afirmaba luego mi juicio de que la mujer del poeta era digna de él, y después descubría yo en aquella alma, toda musical, el culto consciente del Dios de Bayreuth, que había dicho:

—*Los Maestros Cantores* son mi obra maestra.

Noche de plenitud de arte fué aquella, ante la impecable escena, junto a la impecable orques-

ta, bajo la suntuosidad única de la grande Opera de París, en cuyas escaleras, Carlos V, que en la del Alcázar de Toledo se *sentía emperador*, se hubiera sentido Dios, sin duda alguna.

... Todavía una hora de charla en el Regina, después de la Opera, ante un *souper* íntimo; una hora de charla en que fueron y vinieron nuestro inmenso amor a América, nuestra inmensa fe en América, en la América que, a pesar de todo, ha de ser latina, y, a pesar de todo, nuestra heredad; y por fin, el cordial *au revoir* y la voz afectuosa del poeta que decía:

—Cómo me alegra encontrarle a usted sin dobleces espirituales, tal cual yo lo fingía.

Por mi parte, después de su primer saludo, habíale dicho:

—Ha llegado usted a verme de una manera tan impensada, original y repentina, que sin su nombre hubiera yo adivinado al que no puede parecerse a nadie: Ha llegado usted como Lugones.

UNA VELADA EN HONOR DE NAVARRO LEDESMA.—UN POETA AMERICANO

ANOCHE se efectuó en el Ateneo de Madrid la por tanto tiempo anunciada conmemoración literaria en honor de Navarro Ledesma.

Navarro Ledesma llegó a ser a los treinta y seis años apenas uno de los espíritus más cultos de España. Su labor, honda, nutrida, sabia, continua, que lo mismo versaba sobre el idioma que sobre la historia, lo mismo sobre la literatura que sobre la crítica social, y que así se ejercía en la cátedra como en el periódico y en el libro, hubiera cansado a un gigante. A él lo mató en flor, a la edad en que todavía la muerte es testimonio del amor de los Dioses.

Murió con una piadosa y benévola sonrisa en

los labios, porque aquel hombre que tanto había luchado, que tanto había penado y sufrido, que tanto aguijón, que tantas púas debió sentir en el alma, no tenía reproche alguno que hacer a la humanidad, no tenía hiel alguna que verter en el vaso en que daba a beber a sus discípulos generoso vino clásico, bueno y negro vino español: estaba en paz con la vida, creía amorosa y firmemente en la aún posible grandeza de España, sentía cariño, a veces benévolamente piadoso, por los que le rodeaban, por los que veía sufrir y trabajar en su rededor, y jamás tuvo una palabra agria para quienes pasaban rozándole en esas necesarias y penosas fricciones de la vida.

La velada de anoche—primera a que he asistido en Madrid—me llenó de placer, no sólo por los primores que se dijeron, mezclados, ¡ay!, como sucede siempre, con unas cuantas inepcias, sino porque en ella logró imponerse al público difícil de aquella sala, es decir, a casi todo lo que piensa en Madrid, un poeta a quien quiero mucho, porque además de ser muy poeta, es muy bueno: José Santos Chocano.

Desde hace más de un mes estaban designados para hablar en verso en esa velada Chocano

y Darío; pero Darío marchóse a París. Quería Chocano que yo sustituyese al gran poeta; pero yo vine muy tarde a Madrid de la tierra vasca: cuando estaban ya impresos los programas. Habló, pues, él—el solo americano—entre aquella legión de oradores y poetas, los unos muy malos y los otros muy buenos. Dijo una bella canción extraña, de la *envergure* de aquellas de J. Asunción Silva, que tienen una noble música nueva; pero poniendo en ella esas sonoridades y esos imprevistos que hay en la lírica poderosa de este muchacho de nuestra América, silvestre, ingenuo, vivaz, imaginativo, brillante, desigual a veces, poeta siempre.

El público empezó por recibirle hoscamente: su acento hacía reir—por más que él *pronunciaba*—. Los comentarios eran picantes, regocijados; había murmullos guasones. Pero Chocano no es de los que se intimidan; cinco minutos después el público era suyo, completamente suyo, y yo asistía al triunfo, siquier fuese tan inmediato y efímero como el de una velada de uno de los nuestros, que había venido con su cargamento de lírico oro virgen de la vieja tierra de los Incas a la vieja tierra de Pizarro el conquistador.

Alegróme este triunfo que Chocano sabrá consolidar, y creo que les alegra, que debe alegrarles así a todos, porque es el poeta de quien

hablo el espíritu más sano, más diáfano, más ingenuo y bueno que he conocido entre la grey que le mereció al latino el asendereado *genus irritabili vatum.* No hay en esa alma la mala hierba de ninguna pasión ruin. Su musa ha *cruzado el pantano* sin una mácula en su celeste plumaje. Aquí le reprochan su sonoridad, sus a veces inesperados ripios, su afán de los finales efectistas. Yo encuentro que otros tienen defectos mayores, y que así y todo, con su falta de unidad (en suma asaz disculpable en quien llega apenas a los treinta años y llega, no cansado, sino en la más vigorosa plenitud), Chocano es poeta por excelencia, con esa nota simpática que le da lo infantil, lo noblemente candoroso, lo fresco, agreste, viril y entusiasta de su musa andina, borbotante de savia.

Anoche para él fué el más amplio sufragio de la velada.

Muy merecido, bravamente ganado. Así está bien.

EL DOCTOR WILDE

LA IRONIA SENTIMENTAL

Madrid, septiembre de 1915.

ATILIO Daniel Barilari, mi simpático amigo y colega de Madrid, que ha dejado en la corte una estela de buenos recuerdos, al anunciarme el envío de algunos libros del doctor Wilde, editados con el más noble fin y como un homenaje a su memoria, gracias a su bella y elegante esposa, ornato que fué de estos salones aristocráticos, me decía: «Irán pronto esos libros del amigo incomparable que tanto lo quiso y a quien tanto quiso usted.»

Y esto es perfectamente cierto. El doctor Wilde, a pesar de la diferencia de edad y de catego-

ría, en este Madrid tan protocolar, fué mi mejor amigo. Su amistad me compensó de muchas penosas promiscuidades diplomáticas. Nos quisimos entrañablemente: nuestras almas, sin años, sabían hablarse y escucharse.

Y al decir nuestras almas, recuerdo la sonrisa escéptica de mi amigo, qué habría admitido este plural por pura condescendencia. El no creía en la suya... ni en las de los demás. Para él la muerte era el fin de todo: «No vamos después a ninguna parte: nos extinguimos como un ruido que cesa...», decía.

El símil, ¡oh admirable amigo mío!, es empero tan falso como bello: un ruido no cesa nunca. Dejamos de oirlo nosotros con nuestros oídos groseros, que no perciben sino una porción de sus vibraciones, a partir de cierto número y hasta otro cierto número; pero el ruido que estaba más acá de ese número, está más allá, siempre más allá. Sigue vibrando, vibrando... enlazando su estremecimiento a otros estremecimientos en el éter perennemente tembloroso!

¡Y el alma es algo así; es (como todo lo que existe) una vibración, una maravillosa vibración que no tiene fin!

¡Esa materia que ha hecho correr tanta tinta, esa materia por la que juraban los sabios de hace treinta años, ahora sabemos que no existe,

que no constituye sino una forma particular de la energía! La condición esencial de su manifestación es la velocidad, y puede muy bien afirmarse que «la materia nació el día que los torbellinos de éter adquirieron, como consecuencia de su condensación creciente, la rapidez necesaria para volverse rígidos. La materia envejece cuando la velocidad de sus elementos se relaja. Cesará de existir cuando sus partículas pierdan sus movimientos.» (Doctor Gustavo Le Bon: *La naissance et l'evanouissement de la matière.)*

Suprimid, pues, la velocidad de los torbellinos etéricos, y la materia se desvanecerá en la nada... como un sueño, como una ilusión; como lo que es (*a dream within a dream*, que dijo Poë); el Maya esotérico, detrás del cual está la Verdad, lo que existe *per se*, «aquello» de lo cual el Universo es una máscara, una imagen, una apariencia; *whose body nature is and God the soul*, como cantó Pope.

¿No es verdad, mi querido doctor Wilde? Lo que hablaba en ti con tanto ingenio, lo que pensaba con tanta sutileza, lo que sonreía tan deliciosa y escépticamente al parecer, era una realidad indestructible, y allá en el fondo de tu alma, tú lo sabías; pero tenías no sé qué elegante prurito mundano de negarlo... acaso para que tus amigos los espiritualistas, los poetas in-

genuos, como yo, encontrasen en esas tus ingeniosas negaciones un elemento continuo de conversación, de cambio de ideas, de departir sabroso, ameno, inagotable...

Recién venido el doctor Wilde a España, publiqué yo, impreso por la casa Ollendorff, de París, mi libro intitulado *Mis filosofías*. Había en él un capítulo, «Mi amigo el ateo», que decía entre otras cosas: «Yo tengo un amigo ateo. Nada hay en esto de particular. ¿Quién no es ateo en los tiempos que corren? Los progresos de la ciencia son tales, que para explicárnoslo todo no necesitamos «la hipótesis de Dios», como decía Laplace a Napoleón.»

»Cierto que las explicaciones con que nos contentamos duran poco, y que a cada paso habemos menester de una explicación nueva.

»A mi amigo le parece infantil, absurdo, creer en Dios, y muestra una sonrisa piadosa de superhombre ante los infelices que alzan aún los ojos al cielo para buscar al *Deus Absconditus* más allá de las estrellas y de las nebulosas.

»En cambio, he aquí alguna de las lindezas en que cree mi amigo, el que no cree en Dios:

»Cree que si encuentra en la calle a un cura será infeliz todo el resto del día, y le saldrá mal

cuanto emprenda, siendo preciso para nulificar la mala pata, para conjurar la *jettatura* ya, tocar madera, diciendo tres veces en alta voz: «¡Lagarto! ¡Lagarto!»; ya figurar un cuerno con el índice y el dedo meñique de la mano izquierda, y, sobre todo, no «cortar» la huella invisible que el cura va dejando.

»Cree que si enciende tres luces a la vez se muere de fijo alguno de los presentes.

»Cree que si se rompe un espejo, como en la *Mascota*, habrá males y sustos.

»Cree que una herradura hallada en medio de la calle es prenda cierta de dicha, a condición de que los cabos apunten en su dirección.

»Cree que cuando le zumban los oídos están hablando de él, y en seguida ruega que le den un número. Se le da este número, el «tres», por ejemplo, y entonces recorre las tres primeras letras del alfabeto: ¿A? ¿B? ¿C?, concluyendo que quien habla de él tiene un nombre que principia con la letra C, y se llama, por tanto, Carlos, o Cirilo, o Cipriano.

»Cree que si al vestirse por la mañana se pone la camiseta al revés, recibirá un regalo, a menos que la vuelva al derecho, en cuyo caso sufrirá una afrenta.

»Cree... Pero no voy a contaros todo lo que cree este amigo mío que no cree en Dios, porque jamás acabaría.

»¡Oh Señor escondido, oh invisible, Causa de las causas, a quien siento y adivino a pesar de todos los libros: nunca hubiera imaginado que siendo Tú sereno e impasible por excelencia, ejercitases, en tu sosegada grandeza, la ironía y la burla, que me parecían buenas sólo para los hombres! ¡Pero de que te dignas ejercitarlas, de que esgrimes el ridículo, es prueba irrecusable la infinidad de tonterías que dejas creer a todos los superhombres que no creen en Ti!»

El doctor Wilde se sintió *chatouillé* por estos párrafos, porque tenía, como todo el mundo, y especialmente como todos los sabios, su miajita de superstición, y me escribió una deliciosa carta anónima, de la que se rezumaban el ingenio, la socarronería delicada, la travesura por todas sus letras. Esta carta la he buscado entre mis papeles, pero ¡ay! la clasificación rigurosa de mis cartas no es precisamente mi cualidad esencial, y no he podido hallarla. En ella, el doctor Wilde, invocando el afecto que me tenía, «se permitía desearme que jamás encontrase a un cura al comenzar el día; que jamás viese nada de mal agüero sin pronunciar el ritual «¡Lagarto! ¡Lagarto!»; que jamás rompiese un espejo, ni encendiese tres luces... por aquello de las

mil derivaciones, consecuencias, analogías y efectos raros de causas desconocidas con que tropieza uno en el mundo...»

¡Quién sabe! Esta es la única palabra posible para el sabio: Quién sabe.

Los «quiensabistas», he dicho yo alguna vez, son los verdaderos filósofos.

¿No se ha afirmado (lo dijo Platón) que el asombro era el sentimiento filosófico por excelencia? ¡Y de qué se asombra uno sino de lo imprevisto, de lo absurdo, de lo inverosímil!

Los indios de Méjico, refiriéndose al canto del buho, que llaman *Tecolote* (del azteca *Tecolotl)*, afirman que

> El tecolote canta y el indio muere...
> ¡no será cierto... pero sucede!

El doctor Wilde tenía, pues, razón. Hay que decir «¡lagarto, lagarto!» ante cualquier insólito augurio, y desear a los buenos amigos que ni encuentren un cura por la mañana, ni rompan un espejo, ni enciendan tres luces a la vez...

Como la carta era anónima, y concluía con estas palabras: «A ver si adivina usted quién es el amigo que le escribe», yo la atribuí a un sim-

pático mejicano, millonario, muy amigo mío, medularmente ateo y medularmente supersticioso, a quien quizá me había referido un poquitín en mis inocentes ironías. Mucho más tarde supe que era el doctor Wilde, porque él me lo dijo, quien me la había enviado.

✠

En la corte se hicieron proverbiales sus salidas llenas de desenfado y de gracia. Tenía el don admirable de poder decirlo todo sin molestar a nadie. No sé qué había en su persona de aquel maravilloso centenario Bernardo de Fontenelle, sobrino de Corneille, a quien las damas rodeaban siempre en los salones, como flores que circundan el lino, prefiriendo su conversación incomparable a la esgrima perenne de las palabras del amor de los otros...

Junto a la juventud elegante, sonreidora, graciosa, de la señora de Wilde, el aticismo oportuno del doctor era otra juventud perenne, cristalina, atrayente, y en rededor suyo, como un refugio contra el esnobismo de los salones—donde se dicen o deben decirse trivialidades por minuto mientras se preparan las mesas de bridge—formábase un islote de pensamiento, de ingenio, de cordialidad espiritual.

Inútil decir que yo casi siempre me guarecía en ese islote...

⊠

Durante un banquete, en su espléndida casa de la calle de Zurbano, al que asistían, entre otras gentes notorias, Moret, presidente entonces del Consejo, si mal no recuerdo; Pidal, presidente de la Academia; los hermanos Quintero, Belisario Roldán, en cuyo honor se daba la comida; Blasco Ibáñez, Benlliure, y—la dejo para el último por el relieve femenino de su persona—doña Emilia; como, naturalmente, se hablase de la Argentina, con merecido elogio, el doctor Wilde, sonriendo picarescamente, púsose a hacer leves reparos a aquellos «madrigales» y parecía como si quisiese con no sé qué indefinible mezcla de ligero escepticismo, o de comprensible modestia suavemente irónica, contrapesar el fervor ditirámbico, unánime:

—¡No, no es para tanto!

—¿Cómo que no es para tanto?—Y entonces, al sentirse contenido, y con el optimismo de las digestiones felices rociadas con Pommery *extra dry*, el elogio desbordóse y precipitóse como una catarata rosada.

El doctor Wilde oía, callaba y sonreía, visiblemente satisfecho.

Cuando el coro de alabanzas a la prosperidad de la República Argentina hubo concluído, el doctor Wilde exclamó:

—Eso era lo que yo quería: que sin arte ni parte mía ustedes hablasen con entusiasmo de mi patria... ¡y lo he conseguido!

—Usted, doctor—solía yo decirle—, es un sentimental, que, sintiéndose demasiado indefenso, por instinto y por reflexión quiso acorazarse de ironía. Tiene usted el corazón mal protegido y procurará usted esconderlo tras una barrera de leves espinas. Su ironía, su escepticismo ligero y elegante, no son más que medios de rescatar la demasía de las ternuras hondas, y el nudo tan accesible de la emoción intensa...

El aplaudía y me abrazaba, no sin llamarme con cierta indulgencia: «¡Poeta, poeta!»

Recuerdo noches inolvidables de conversación: una sobre todo, en que, sin ceremonia, nos sentamos a su mesa los dos secretarios de la Legación, Barilari y Enciso, el doctor Wilde y yo. ¡Qué ímpetu juvenil para discutirlo todo; qué facultad vigorosa para entusiasmarse, templando, es claro, con su ironía amable las escapatorias de su alma ferviente! Aquel viejo era el más joven de nosotros. Teníamos en nuestra soledad afectuosa, en lo reducido de los comensales (que, siguiendo el consejo de los antiguos, no deben ser ni menos que las Gracias ni más

que las Musas), teníamos el derecho, por aquella vez, de no ser frívolos, de no fatigarnos el cerebro con esa inmensa fatiga de espetar generalidades a gente que no entiende más que de deportes o de murmuraciones cortesanas; y no fuimos ligeros: fuimos hasta hondos, fuimos hasta románticos, fuimos hasta tiernos.

Y en lo de ser tiernos, el doctor Wilde nos ganaba de seguro.

Así como los graciosos por excelencia son los hombres más serios, los hombres más irónicos son los más sentimentales.

Como he dicho arriba, en algunos, esto de la ironía, como en el doctor, es una actitud de defensa ante la vida, además de ser una actitud muy inteligente. No afirmar el sentimiento, no sacar a flor de piel más que la sonrisa, una sonrisa discreta, desleída, suavemente burlona. No decir jamás «es», sino «puede ser». No ahondar nunca en ningún problema de la vida... ¡Sonreir, sonreir siempre y pasar!

¿No es esto quizá una gran sabiduría?

La raza inglesa, a la que pertenece en parte el doctor Wilde, es la raza del *humour* y al propio tiempo del sentimiento. Como tiene el pudor de sus ternuras, ellas corren hondas y cau-

dalosas en las profundidades del alma, como esos veneros ocultos y cristalinos, y cuando salen a la superficie saben aliarse de tan feliz manera con la sonrisa, con la alada gracia de la ironía sentimental, que producen en la literatura, por ejemplo, obras maestras que todos conocemos, y de las cuales son modelos las del gran Dickens, cuyo *David Copperfield* o cuya *Niña Dorrit* es imposible leer sin conmoverse.

El doctor Wilde llevaba en su rostro dos enemigos de su ironía: sus ojos. Lo traicionaron siempre, a todas horas, como claros cristales que no saben recatar la interna linfa de las lágrimas. Cuando sobre una emoción la sonrisa escéptica quería poner disfraces de *esprit*, abríanse cuan grandes eran las ventanas de sus ojos, y el alma cautiva dejaba ver la faz ingenua, en que se copiaba la sombra de todas las tristezas, como se reflejan en un lago todas las nubes que peregrinan por el cielo...

¡Oh!, buenos *pince-sans-rire*, humoristas, irónicos, burlones sempiternos, como aquél de quien Hamlet decia: *Alas! poor Yorick! I knew him, Horatio; a fellow of infinite jest, of most excellent fancy (Hamlet*, act. V, sc. I); camaradas de *infinite jest*, en el fondo sois unos seres tímidos, sentimentales como señoritas quinceañeras, capaces de «todas las ternuras sin objeto» y de todas «las melancolías sin causa!» Yo

os amo, porque reaccionáis ante el ambiente grosero y tosco de nuestras necedades sociales, encogiéndoos como se encoge la «mimosa púdica» al menor contacto, y disfrazándoos de escepticismo amable para vestir de algún traje protector la temblorosa alma desnuda!

Yo os amo porque, ahondando un poco en vuestra frivolidad aparente, en vuestra sonrisa cervantesca, se encuentra siempre al hombre, al «varón de dolor», de comprensión, lleno de humanidad y de cordialidades delicadas (1).

Dios nos libre, en cambio, de esos hombres muy tiernos por fuera; gentes que han puesto, como en las joyerías de segundo orden, todas sus joyas en el escaparate... Dentro no hay más que bisutería, similor, egoísmo ahincado y profundo, crueldad a veces.

Hay almas que son como las casas abiertas a todos, cuyo interior está vacío.

Y hay almas cuyas puertas están casi siempre cerradas, como casas solitarias y misteriosas, como esos palacios moros que cercan blancas paredes impenetrables, pero cuyo interior reposado y silencioso es puerto seguro y hospitala-

(1) El propio doctor Wilde, en su libro *Aguas abajo*, del que me ocupo a renglón seguido, dice que «sus opiniones se amoldan a una ironía festiva, que no hiere, con la cual oculta o disfraza sus sentimientos ingénitamente bondadosos».

rio, donde reina la abundancia y tiene su asiento la serenidad!

Y ahora, para concluir, hablemos un poco de la obra del doctor Wilde, intitulada *Aguas abajo*. Es uno de los libros más bellos y admirables que he leído en mi vida. Muestra la superioridad aplastante de la obra autobiográfica, sobre esos libros objetivos, impersonales, sosos, en que el autor se esconde tras de nimiedades descriptivas, y analiza pasiones ajenas, que no conoce, imaginándose lo que él sentiría si estuviese metido en cada uno de sus personajes.

Boris es un tipo extremadamente simpático, porque ha existido y le hemos conocido muchos. Hace sonreir, reir, llorar. Mezcla del humor inglés y de la casi enfermiza ternura criolla, protagonista único quizá en nuestra literatura hispano-americana, pero con precedentes en otras: *David Copperfield*, ya citado; *Petite Chose, Petit Pierre*, de Anatole France, etc., y digno de hombrearse con estas obras maestras.

«Pocas personas saben lo que es humor—dice el mismo doctor Wilde—, y las que lo entienden a medias, lo desdeñan. El humor es, sin embargo, una alta calidad del espíritu. Alguien ha dicho: es necesario que tras él haya algo que

le dé solidez y brillo; implica un espíritu sano, capaz, penetrado de gravedad. Hay siempre un tinte de filosofía: hay tristeza, profundidad y pasión en los grandes humoristas».

Aguas abajo tiene páginas de ternura inmensa, como la que narra la muerte de Vicentita; de encantador humorismo filosófico casi todas; páginas descriptivas admirables, páginas llenas de sagacidad, como las que nos relatan, analizándolas deliciosamente, las primeras sensaciones de Boris, con la peregrina influencia que ejercía en su mente el sonido de las palabras y la tendencia a substituir la substancia por su accidente:

«Cada persona, cada objeto, cada suceso cada época, cada entidad concreta o abstracta, tuvo para él un color, un sonido, un gusto, un olor, una forma, una semejanza; de tal manera, que la idea del objeto y la suscitada ocupaban en su cerebro el mismo rango.

»El nombre Diego representaba un pan de jabón ordinario, de forma cúbica.

»El de Eusebio daba la idea de una vela de sebo gruesa.

»Francisco quería decir hombre maduro, vestido con traje gris.

. . . . . .

«Tucumán», color naranja; «Buenos Aires», nácar; «Córdoba», morado»; «Salta», verde, etc.,

y así de los colores de los días: los lunes, color de hoja de lata algo empañada; los martes, verdes como cipreses, etc. (Recordamos el famoso soneto de Juan Arturo Rimbaud sobre las vocales.)

Hay anécdotas de una rareza insinuante. Esta, por ejemplo: «Cristina era una muchacha alta, rubia, de grandes ojos negros y facciones correctísimas, muy elegante; más que afecto, su persona inspiraba admiración. Era muy ocurrente e irónica; reservada, parecía que guardaba sus sentimientos como un tesoro difícil de alcanzar. Boris recuerda muchos de sus dichos y la impresión que revelaban. Muy afecta a los perfumes, amaba sobre todo el olor de la tierra recién mojada; echaba un jarro de agua a una pared de adobes y al sentir el olor que de ella desprendía, exclamaba: «¡Para qué es la vida!»

Y esta otra: «Boris, que ha sido siempre algo enamorado, solía llevar los ramitos de flores que le daban las niñas del vecindario, y por no tenerlas en su ojal, abría uno en el pecho del cadáver estudiado y colocaba en él las flores, que a favor de la humedad de la herida se conservaban admirablemente. Concluída la disección, el ramito, previamente lavado, volvía al ojal del cual había salido.»

Citaría y citaría sin medida si quisiese subrayar para mis lectores todas las páginas que en

ese peregrino libro me han cautivado. Ignoro cuándo comenzó a escribirlo el doctor y sé sólo—porque me lo dice una nota postrera del editor—que la muerte le impidió concluirlo, dando a sus páginas ese prestigio melancólico de lo interrumpido para siempre, de lo trunco... Tampoco sé si antes de que, gracias a su bella esposa, saliese a luz como ahora, con tan elegante pergeño, fué publicado algún fragmento. Pero habría deseado yo conocer *Aguas abajo* cuando vivía el señor Wilde, para decirle de viva voz todo lo que he pensado, he sonreído y sentido leyéndolo, y cómo, en ese espejo, he visto pasar, deliciosamente descriptas, tantas y tantas escenas de mi infancia, transcurrida en una ciudad de segundo orden de la República mejicana, cuyo nombre mismo, Tepic, se parece tanto a ese Tupiza boliviano...

A Wilde, porque me quería (sobre todo por eso), habríale contentado mucho mi elogio, y, abrazándome paternalmente, habría exclamado con una gran inflexión afectuosa en la voz: «¡Poeta! ¡poeta!»

«EL EXCELSO JOROBADO»

(A propósito de algunos trabajos recientes sobre don Juan Ruiz de Alarcón.)

Madrid, julio de 1916.

PARA honra y gloria de todos los jorobados del mundo, de los que han sido, son y serán, nació en la Nueva España don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, uno de los padres, por no decir el padre por excelencia, del teatro español.

Se ha dicho muchas veces, en prosa y verso, que nació en el Mineral de Tasco, en el Estado de Guerrero. A Lope de Vega, corrigiéndole (y encojándole) un verso, se lo hace decir el piadoso pintor que hizo el retrato de don Juan, existente en la parroquia de Tasuco o Tasco.

La leyenda de este retrato, muy antiguo, reza así:

«Don Juan Ruiz de Alarcón cuio Ingenio e Idalgas partes y letras escrive D. Nicolás Anto, en la Biblioteca Hispánica, ensalsando su nombre, Politis, (políticos) y cortesas, (cortesanos) escritos en todo singulares, y (pero) en lo Cómico sin Igual Reconociendole en las Comds. q. (que hoy) licitanse usava (usa) Espa. por Ingenio sin segundo Imprimió dos tos. de este asumpto de cuio numo. las principales son, Los Favores del Mundo, La Industria y la Suerte, Las Paredes Oyen, El Semejante a sí mismo, Las Cuebas (La cueva) de Salamanca, Mudarse por mejorar, Tod oes ventura, El Desdichado en Fingir (etc) Nombrale también en lista de los q. en Mad. Florecieron (florecen) D. Alonso Nuñez de Castro, Coronista de su Mag. siendo su mar. (a mi parecer, su mayor calificac. y crédito haver merecido ladearse con (ladearse y hombrear con) D. Franco. Quevedo. por su vird. y lets. (letras) suvio a ser Relar, en los Rs. Ests (estrados) del Supremo Consejo de Inds. y asi Cantó dél Lope de Vega en el Laurel de Apolo.

En Tasco la fama, que como Sol descubre q.to. mira a D. Juan de Alarcon hallo q. aspira, con dulce ingenio la (a la) divina fama la Máxima cumplida de lo que puede la virtud unida.»

El lector habrá hecho ya *in mente* la correc-

ción. Lope, en estos versos (bastante malejos por cierto), no dijo:

En Tasco la fama,

sino

En México la fama...

Pero me imagino yo que el cura de la parroquia le recomendó al pintor: «Enmiéndele, enmiéndele, porque don Juan nació en Tasco, y Tasco debe figurar en la leyenda.»

No ha habido, por lo demás, desde Mesonero Romanos hasta don Luis Fernández Guerra y Orbé (cuyo gran trabajo sobre Alarcón es verdaderamente monumental), uno solo de sus biógrafos, y son muchos, que no haya afirmado que don Juan nació en Tasco.

No obstante, investigaciones recientes que se hicieron, por cierto siendo el insigne poeta don Luis G. Urbina director de la Biblioteca Nacional, parecen probar que Ruiz de Alarcón nació en la propia capital de la entonces Nueva España.

«Así lo comprueban irrefutables documentos—dice don Nicolás Rangel—. Además viene a robustecer esta creencia un asiento que en el libro de *Matrículas de Artes*, desde el año de 1587 hasta 1600, dice: «Juan Ruiz, natural de

México, se matriculó para Artes en 19 de Octubre del 92. Presentó cédula y juró la obediencia.» Posiblemente sea éste nuestro don Juan Ruiz de Alarcón, pues es muy común que el secretario de la Universidad omitiera alguno de los apellidos de los estudiantes en el libro de matrículas, cosa que sucede con relativa frecuencia aun en el de actas. Por otra parte, cronológicamente corresponden en la carrera de Juan Ruiz de Alarcón las fechas en que se hacían los estudios de artes para seguir los de Cánones, ya que para los primeros se necesitaban tres años.»

Según Baltasar Medina (Crónica de la provincia de San Diego de México, folio 25), la familia de nuestro ingenio era oriunda de la pequeña villa de Alarcón, perteneciente a la provincia y obispado de Cuenca.

Es posible asímismo que dicha familia fuese la misma que la del virtuoso sacerdote don Juan Pacheco de Alarcón, hijo de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza y de doña María de Peñaloza, señores de Buenache, en la citada provincia de Cuenca. El cual don Juan Pacheco de Alarcón fundó en Madrid en el año de 1609 el convento de religiosas mercedarias que lleva su nombre y que se halla situado en las calles de la Puebla y de Valverde.

No es tampoco inverosímil—según Mesonero

Romanos—que nuestro poeta fuese hijo del piadoso fundador de este convento, pues sábese que antes de abrazar el estado eclesiástico estaba casado.

✠

Alarcón hizo en Méjico sus estudios completos para recibir el bachillerato, según los documentos que se han encontrado posteriormente al trabajo del señor Fernández Guerra, quien asentó que había recibido en Salamanca el grado de bachiller en Cánones, y que en Méjico sólo había iniciado sus estudios: «Ya tenemos—dice—gramático y medio canonista al contrahecho mozo, que había de ser gloria y regocijo de las musas del teatro. Vímosle resuelto a emprender el viaje del antiguo mundo en la flota del *Perú* y *Tierra Firme* que, con ocho meses de retraso, por fin zarpaba de la Habana dos días después de la fiesta de Reyes del año de 1600...» «Por fin descubre nuestro viajero la tierra española; y a principios de mayo mira reflejarse en las tranquilas ondas del Guadalquivir la Giralda y la Torre del Oro, y oye el ruido de la gran Sevilla, el son continuo de las piadosas campanas, las voces, la algazara del puerto.»

✠

Líbreme Dios de creer que porque Alarcón se bachilleró en la Universidad de Méjico y era muy mejicano y acaso escribió en la *Nueva España* alguna o algunas de sus comedias, hubiera sido lo que fué si no hubiese vivido tanto tiempo en la corte de los Austrias. El medio, el codearse (o ladearse, como dice la leyenda del retrato de Tasco) y hombrearse con un Lope, con un Quevedo, con un Góngora, con un Tirso, estimularon su poderoso ingenio, y acaso las espinas que lo circundaron tan cruelmente estos sus peregrinos amigos, aumentaron tales estímulos, que el ingenio, ya lo sabemos, es flor que crece entre los cardos.

Estoy, pues, en parte, de acuerdo con mi erudito amigo el señor don Antonio de la Peña y Reyes, quien en sus *Viras y tiempos*, diccionario biográfico mejicano, cuyo primer tomo ha aparecido recientemente en la Habana, dice en el artículo «Alarcón»: «... Por fortuna (para las letras nuestras) vivió y floreció en España, que si hubiese permanecido en la Colonia, indudablemente no habría encontrado campo ni estímulo suficientes para el desarrollo de su talento; pero si éste bregó en la metrópoli con la maledicencia, con la intriga y con la envidia, en la tierra natal habría luchado con la ignorancia y la indiferencia que, junto con el pésimo gusto literario, fueron las características de nuestros tiempos

virreinales. Él y sor Juana, ésta en la lírica y Alarcón en la dramática, son las dos grandes glorias de aquellas centurias, en las que los asuntos vacuos, la forma hinchada, el estilo gongórico y la erudición indigesta constituían el caudal literario de los insulsos y enrevesados cultivadores de la gaya ciencia. Aislada del orbe la Colonia, sobrecogida siempre de temor, desprovista de establecimientos de instrucción primaria, aunque dotada de otros en los que la experimentación y los métodos prácticos no eran conocidos y sólo se acostumbraba el memorismo y se impartía la enseñanza del latín, de la gramática y de la filosofía, lógico es que en circunstancias tan desfavorables... fuesen muy contados los ingenios que, superando tamañas dificultades, llegaran a producir obras de perenne recordación.»

Yo entiendo, empero, que los ingenios, casi siempre, por no decir siempre, tienen que superar al medio, con sus dificultades y sus incomprensiones ambientes: si no, no serían ingenios; entiendo asimismo, y ésta es otra salvedad a la opinión de mi amigo, que España en muchas de estas cosas no estaba acaso peor que la Francia o la Alemania de aquella época, y que, por último, Madrid, la corte, así en los tiempos de Felipe IV como en los de Carlos II, no superaba mucho que digamos a sus colonias en la efica-

cia de su ambiente mental. Si, pues, a pesar de esto, se levantaron aquí cimas tales como un Quevedo, un Lope, un Góngora o un Alarcón, fué por ese poder de ingencia, de dominio, de surgimiento que tiene el genio, el cual ha sido, es y será siempre una sorpresa y un milagro entre los hijos de los hombres...

¿Acaso Santa Teresa, que apenas leyó algunos libros de caballería y otros de devoción, dejó por eso de ser la más admirable, la más elegante, la más pura escritora española del siglo XVI y de todos los siglos?

No; si Alarcón hubiese vivido siempre en la Colonia, aunque con menos noticias, habría sido siempre ingenioso y grande. La prueba de esto es la maravillosa sor Juana, asombrando al mundo español en la época más ingrata de la historia de España, en aquel siglo crepuscular y corrompido de Carlos II.

¿Quién ha de negar por eso el estímulo (que yo confieso arriba) de la convivencia de Alarcón en Madrid con las colosales figuras del teatro áureo de fines del siglo XVI y de principios del XVII? Sería negar la incontestable fuerza del medio, modelador, si no creador, de ingenios.

✠

La prueba de la fuerza y la independencia mental de Alarcón la tenemos en el hecho de que, a

pesar de que en su tiempo principiaba ya el gongorismo a ejercer su arrollador influjo, del cual no escaparon, como se sabe, los más grandes ingenios, él salió ileso o casi ileso del contagio. Y cuenta que «habiendo adquirido con la representación de otras comedias algún favor en el teatro el género llamado culto», y escribiendo para el público los autores dramáticos, era natural que la mayor parte rindiese parias a estas exigencias del tiempo; pero Alarcón distínguese en este punto también por su independencia, y en el prólogo de la primera parte de su teatro se atreve a decir, dirigiéndose al vulgo: «Allá van esas comedias... si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas», lo cual quiere decir que se hallaba dispuesto a resistir con todas sus fuerzas al «funesto influjo del culateranismo», dice uno de sus biógrafos.

No; la inferioridad u hostilidad del medio no cortan las alas al genio. Sobre los vastos planillos descuellan las montañas con más gallardía y pureza de líneas.

¡Hostil ha sido el medio a tantos y tantos! Los grandes músicos, sobre todo—pienso en Berlioz y Wagner—han tenido que chocar dolorosamente contra la incomprensión; mas de este choque han brotado regueros de chispas geniales.

Hablando de la obra de Alarcón dice Hartzenbusch: «La colección de sus comedias forma un tratado de filosofía práctica, donde se hallan reunidos todos los documentos necesarios para saberse gobernar en el mundo». Y añade: «Ningún escritor dramático nuestro compuso como él más de la mitad de sus obras con fin instructivo; ninguno se dedicó de propósito, como él, a este género de poesía fructífera, madura; ninguno dejó, como él, modelos de la comedia de carácter, modelos imitados después por extranjeros y nacionales y nunca excedidos... La brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar las repeticiones y la manera singular y rápida de cortar a veces los actos, acaban de diferenciar completamente las obras de Alarcón de las de todos nuestros dramáticos contemporáneos suyos... Avarientos, misántropos y embelecadores como los de Molière, pocas veces, por fortuna, se ven; maldicientes y mentirosos como los de Alarcón los ha habido y habrá siempre, dada la flaca naturaleza del hombre; son, pues, más verdaderos los tipos del poeta español, y es por ello más útil, más aplicable la censura del vicio. Alarcón tiene en sus comedias fisonomía propia, varia y bella; ni se parecen entre sí, ni pudieran equivocarse con figuras creadas por otros autores». «Alarcón—concluye—es el clásico de nuestro teatro antiguo...

Se dedicó a lo que ninguno de sus contemporáneos: a la comedia moral, e hizo lo que no fué dado acabar a Lope, a Tirso, a Calderón y aun a Moreto.»

Y don Alberto Lista, hablando de él, dice: «Calderón le excedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y desenlazar la acción; Lope en la ternura; Tirso en la malignidad; Moreto en la sal cómica; Rojas en las situaciones trágicas. A todos los demás es superior en estas dotes; y a los colosos que van nombrados, en la corrección sostenida de la frase... Leyendo a Moreto nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados. Calderón se copió muchas veces a sí mismo. Alarcón no copia a nadie ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, lo que parecía imposible después de las mil y ochocientas comedias de Lope de Vega...

Sabido es por todos que *Le menteur*, de Corneille, no es más que *La verdad sospechosa*, de Alarcón, vestida con pergeño francés. Puede calificársele de una excelente paráfrasis hecha por un hombre de genio, por no decir de una traducción.

Una de las mejores obras del teatro francés de la gran época es, pues, un arreglo de Alarcón.

Por lo demás, apresurémonos a decirlo (a repetirlo, pues lo consignamos ya en nuestro ensayo intitulado *Juana de Asbaje)*, Corneille, que además de ser un gran talento era un hombre honrado (cosas que suelen no hacerse buena compañía), no ocultó ni mucho menos la fuente en que había bebido. «Esta pieza—dice—, *El embustero (Le menteur)*, es en parte traducida y en parte imitada del español. El asunto me ha parecido tan ingenioso y bien manejado, que he dicho muchas veces «que daría dos de las mejores que he compuesto, con tal de que fuese invención mía».

Por su parte, Molière confiesa a su vez que *El misántropo* fué inspirado por *El embustero*, de Corneille, inspiración sin la cual no hubiese escrito más que comedias de enredo.

Veinte comedias poseemos de Alarcón; pero se nota en ellas bastante desigualdad. Algunas son de poco mérito, y aun se diría que no brotaron del mismo lúcido ingenio, de la propia experta mano.

La mejor es, sin duda, *La verdad sospechosa*, cuyo tipo escénico es, como se ha dicho, el del mentiroso que con sus propios embustes trama una inextricable maraña en la que acaba por en-

redarse él mismo y de la cual en vano pretende escapar después diciendo la verdad; pues como afirma Tristán, el gracioso de la pieza, dirigiéndose a don García, al final de la comedia:

> ... Aquí verás cuán dañosa
> es la mentira: y verá
> el senado, que en la boca
> del que mentir acostumbra,
> es la verdad sospechosa.

Las paredes oyen es asimismo una comedia de gran mérito. De ella dice don Manuel González de la Llana: «Se dirige a demostrar la odiosidad de la malevolencia, y para que en el desarrollo de la acción se note el necesario contraste y haya variedad de tonos y de colorido, al lado del tipo odioso del maldiciente, coloca el poeta otro generoso y de miras elevadas, aunque poco favorecido en lo que atañe a las prendas físicas. Esta circunstancia, unida a llamarse este personaje don Juan de Mendoza, nombres ambos que llevaba el autor, han hecho presumir a algunos notables críticos, no sin fundamento, que acaso en esta comedia intentó Alarcón recordar algún episodio de su vida, o por lo menos pintar su carácter, embelleciéndole, por supuesto, moralmente para realizar las exigencias estéticas. De todos modos, del contraste de ambos caracteres nacen situaciones in-

teresantes y dramáticas que dan gran valor a la obra, que por lo demás está bien hablada, como la mayor parte de las de nuestro poeta.»

A *Las paredes oyen* prefiero yo la deliciosa comedia *Mudarse por mejorarse*, cuyo solo título indica asaz el asunto y que está escrita con una agilidad, una elegancia y una gracia insuperables.

Citaré asímismo como de las más bellas *Los favores del mundo*, llena de una austera y serena filosofía. Del diálogo entre Anarda y Garci-Ruiz, su enamorado, tomo estos versos:

GARCI-RUIZ

Dadme, Anarda, los pies.

ANARDA

Poco es la mano
a tan valiente y noble caballero.
¿De camino venís?

GARCI-RUIZ

Búscase en vano
firmeza en bien del mundo lisonjero.
....
Ayer, ya vos sabéis por qué camino,
hallé fácil al cielo la subida;
¡mentirosa amistad de mi destino!
¡Traidora prevención de la caída!

La humilde vara en levantado pino
fué como súbito aumento convertida,
porque el viento airado a la violencia
diese efecto mi propia resistencia.
....

ANARDA

Señor Garci-Ruiz, desdicha grave,
siempre tocó el mayor merecimiento.
Si rodó la fortuna, ¿quién no sabe
que en sólo ser mudable tiene asiento?
Lo que yo admiro, y en razón no cabe,
es sólo vuestro poco sufrimiento;
que ¿quién pensara que faltar podía
gran fortaleza a grande valentía?
A suerte desigual igual semblante
es propia acción de pechos valerosos;
animoso emprender, sufrir constante,
consiguen los laureles victoriosos.
No al primero desdén huye el amante:
grandes los bienes, son dificultosos.
Poco al Príncipe amáis, oso decillo,
pues pretendéis servirle sin sufrillo.

✠

Alarcón fué horrible, cruelmente zaherido por Quevedo, Góngora, Molina, Lope, ya lo sabemos.

Quevedo, en una letrilla, le hizo mil acusaciones infundadas, ridículas, pueriles.

Las coplas anónimas contra él eran legión.

Una de las menos tontas, sin dejar de serlo, es esta seguidilla:

A ningún jorobado
daré ventaja,
que una llevo en el pecho
y otra en la espalda.
Jesús, qué tengo
que parecen alforjas
de bordonero.

No hubo insulto que no se le dirigiese y se conservan infinitos de ellos impresos, para dechado de lo que son unos para otros los literatos y poetas, y del filo de sus colmillos para morderse. Se conocen trece décimas, compuestas por Lope, Góngora, Quevedo, don Antonio de Mendoza, Pérez de Montalbán, Luis Vélez de Guevara, Mira de Amezcua, fray Gabriel Téllez, Alonso Salas Barbadillo, Alonso Castillo y Solórzano, fray Juan Centeno y Alonso Pérez Marino, más una anónima, en que no se olvida ninguno de los defectos físicos del excelso jorobado y no hay calumnia con respecto a sus prendas morales que no se aguce despiadada e innoblemente.

Los que hacen profesión de la literatura y de la poesía no han variado ¡ay! desde entonces. Son los mismos bichejos ponzoñosos de siempre (¡con cuán raras y bellas excepciones!). Cuan-

do menos, algunos de los que herían a Alarcón eran verdaderamente grandes por el genio, si no por la bondad.

Como si esto no bastara, sns mejores piezas se atribuían a otros y se imprimían con ajenos nombres. El ya citado Corneille, hablando de *La verdad sospechosa*, añade a lo que hemos transcrito: «Se atribuye (esta gran comedia) a Lope de Vega; pero hace poco tiempo que me ha venido a las manos un tomo de don Juan Ruiz de Alarcón, en el cual pretende que es suya, y se queja de los impresores, que la han publicado a nombre de otro. Sea el que fuere su autor, lo cierto es que tiene gran mérito, y yo no he visto nada en aquella lengua que me contente más.»

¿Qué efecto produjeron en el levantado y cortesísimo don Juan todas estas miserias y mezquindades?

Lo ignoramos, porque él no se quejó nunca.

Sólo sí se sabe que pidió al rey una relatoría, la cual le costó mucho trabajo adquirir, que en 1628 (posiblemente) fué por fin nombrado relator de Indias, cargo que desempeñó hasta su muerte, y que en sus últimos tiempos ni escribió más comedias ni vió a más literatos, y aun se fué a vivir a un barrio distante del que ellos habitaban. Moraba en la calle de Urosas, y murió en 1639, siendo feligrés de la parroquia de San Sebastián. Su muerte, acaecida el 4 de

agosto de ese año, fué ejemplar, como su vida, en la que sembró resignación, bondad, ingenio, y no recogió más que cardos, porque así prueba Dios a las almas que ama y en las cuales deja que se ceben todas las malaventuras, como para mostrarnos, orgulloso de ellas, sus excelencias y su fulgor de diamante.

Dios hace algo más: hace que estas almas excelsas animen cuerpos miserables, ñoños, de exterior a veces repelente. ¿No han afirmado por ventura algunos doctores de la Iglesia, entre ellos San Justino, que el propio Cristo tenía un cuerpo feo y triste, en el que la divinidad estaba aprisionada como una ave del paraíso en una jaula sórdida? A creer esto le autorizaba un misterio pasaje de Isaías que dice: «Erguíase como un débil arbusto, como un renuevo que surge de una tierra árida; no tenía ni hermosura ni gracia. Despreciado y abrumado de oprobio, era el «Varón de Dolores», ducho en sufrir quebrantos. Volvían todos el rostro para no verle. Como iba cargado con nuestros sufrimientos, parecía un hombre maldito por Dios, tocado por su mano. Nuestros crímenes lo cubrieron de heridas, nuestras iniquidades lo quebrantaron: el castigo que nos valió la misericordia pesaba sobre él, y sus llagas fueron nuestra curación. Eramos todos como un rebaño extraviado, y Dios descargó sobre él la iniquidad común.

Aplastado, humillado, no abrió la boca para quejarse; dejóse llevar como un cordero a la inmolación; como una oveja silenciosa delante de los trasquiladores, no abrió la boca. Su sepulcro pasa por el de un hombre malvado, y su muerte por la de un impío, etc.»

¿No estáis viendo en estas palabras el asombroso retrato de tantos y tantos genios que han pasado por la tierra, de tantos y tantos cristos heridos y maldecidos en el mundo?

Dios gusta, pues, a semejanza de lo que hizo con el Hijo del Hombre, de engastar diamantes y encasquillar perlas en el estaño de las ignominias. ¡Ay de los que no saben reconocer entre el metal menospreciado la calidad divina de la joya!

¡Las dos jorobas de don Juan Ruiz de Alarcón fueron como las dos valvas del molusco oscuro que esconden la incomparable margarita!

GABRIEL D'ANNUNZIO

NADIE duda de que «il signor» Gabrielle D'Annunzio tiene talento. Basta recordar el espiritual regalo de sus *Vírgenes de las Rocas*, que pasan, ya delicadas, ya austeras y melancólicas, como al través de un otoñal ensueño. Basta recordar la sabia fiebre del *Inocente* y de su *Triunfo de la Muerte* y la poderosa elegancia y la pasión arcaica de su *Francesca*.

Seguramente que «il signor» Gabrielle D'Annunzio tiene talento. Lo ha tenido aun para plagiar a Flaubert y al pobre de Peladan... si es que los ha plagiado.

Si él nos dejara expresarnos dentro de una serena e incontaminada libertad de juicio, avanzaríamos hasta decir que «il signor» Gabrielle D'Annunzio tiene mucho talento, y acaso, de-

jándonos deslizar por la resbaladiza rampa del adjetivo, echaríamos mano del superlativo muchísimo, para anteponerlo al talento de Gabriel D'Annunzio.

Pero...

Pero «il signor» Gabrielle D'Annunzio ha resuelto algo más que tener talento y aun algo más que tener mucho talento: ha resuelto tener genio, así, a secas, y ha decidido algo peor todavía: decirlo *urbi et orbe*.

Cuando Víctor Hugo nos daba a entender que tenía genio, sonreíamos sin ironía, porque «era cierto», y le perdonábamos al Maestro Máximo su *pose*, quizá un poco infantil, en gracia de la maravillosa potencia de su espíritu. Pero «se la perdonábamos» solamente, no se la aplaudíamos, porque nada hay en el mundo más ridículo que el declararse Dios cuando se es del tamaño de los hombres.

Ahora bien, al «signor» Gabrielle D'Annunzio no le perdonamos lo que le perdonábamos a Víctor Hugo. Todo su talento de adjetivador, todos los ardores de su cálido estilo, todas las tersuras de algunas de sus páginas lapidarias, no bastan a hacer de él el primer poeta italiano. Todavía flota al viento el verso poderoso de Carducci y se escuchan aún a lo lejos las voces inmensas de la melancolía de Leopardi. En rededor de él numerosos poetas jóvenes piensan

alto y sienten hondo. El presente no le da, pues, derecho alguno al cetro de los dioses.

Un escritor italiano bastante valioso se atrevió a hacer a D'Annunzio, en estos días y en carta particular, algunas observaciones sobre *Más que el amor*.

D'Annunzio, en su respuesta, le indicó simplemente que «¡al genio... no se le discute!»

Se le olvidó sin duda a él, que tanto lee el francés, aquella frase de un gran francés contemporáneo:

«La crítica no respeta ni a los hombres... ni a los dioses.»

Privar a un espíritu culto del derecho de juzgar a un artista sería un atentado sin nombre.

El arte no es esotérico. El arte es la mayor diafanidad a través de la cual le es dado volar al pensamiento.

El hombre que dice a la Humanidad: «Tú no puedes discutirme, tú no puedes comprenderme», podrá ser un fatuo, pero jamás un buen artista. Porque lo propio del arte es iluminar todos los cerebros. Se afirma que en las grandes profundidades oceánicas, donde jamás ha penetrado la luz del sol, hay peces que irradian vivas luces de diversos colores, y que al mirar un

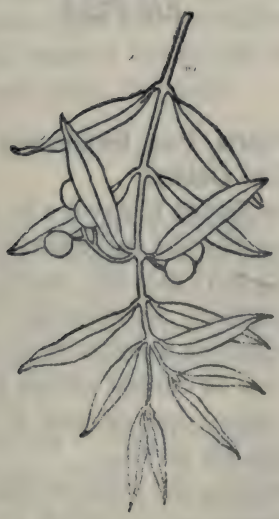
objeto por ese solo hecho lo iluminan. Es decir, que simultáneamente con su mirada proyectan un rayo vivísimo de luz que se clava en el punto a que aquélla se dirige. Pues lo mismo hace el genio: ilumina el alma a quien habla, y esta alma lo comprende más o menos, según su facultad receptora de luz; pero lo comprende siempre.

A Homero lo comprendían hasta los niños, a quienes, según la tradición, enseñaba los viejos cantos históricos. A Job lo comprendieron los tres amigos que lo oían. A los inmensos trágicos griegos iban a Atenas a verlos representar hasta las mujeres más humildes. Shakespeare se representaba para pecheros y señores. En el corral de la Pacheca, donde nació el teatro por excelencia del mundo, había más villanos que nobles, y eran los villanos los que aplaudían a un Lope o a un Alarcón. Cervantes ha hecho reir y llorar hasta a los tontos, y todavía habrá niños que aprendan y comprendan en la escuela los versos de Víctor Hugo.

Apuremos aún. No sé de poema alguno de Verlaine (que no era genio, pero que valía muchísimo más que «il signor» D'Annunzio) que sea ininteligible. Sus sutilezas, revestidas de ingenuidad, deleitan oídos expertos, pero suenan también musicalmente en oídos vulgares.

Si Italia entera ha rechazado el *Más que el*

amor, de D'Annunzio, no es porque no lo comprende, y si la divina Eleonora presta siempre al poeta—generalmente sacrificando sus intereses con harta abnegación—el concurso de su genio, este es un fenómeno de ternura. Eleonora ama y su entusiasmo no es... más que el amor.



EN PISA

Por la solitaria Pisa lentamente vaga la sombra de Galileo Galilei.

La torre inclinada le sirvió a lo que se cuenta para efectuar algunos experimentos acerca de la gravedad. La torre está allí, intacta, en su raro y melancólico paisaje monumental: Galileo ha pasado... Difícilmente quedará en su tumba un puñado de polvo de aquella cabeza admirable, que contuvo el tesoro, que elaboró la opulencia de pensamientos tan vastos.

Pero el espíritu del genio es más poderoso en cambio que estas arquitecturas de mármol, que se desvanecerán antes que él.

He ido a ver la casa en que nació Galileo.

Está en un verdadero remanso de paz y de

olvido. Una amplia y silenciosa calle: la de Giov. Pisano nos lleva hasta la antigua fortaleza, y de ahí, a través de un arco mohoso, a la vetusta morada, donde fea lápida nos dice la fecha en que vino al mundo el grande hombre. ¡Hay en rededor ambiente tal de melancolía, de suciedad, de abandono!... Un poco más allá, el Arno amarillento corre, se arrastra con pereza. No he visto en mi vida un río que me contriste más que el Arno. Y si en Florencia es triste, en Pisa es la tristeza misma. Casi ninguna embarcación se mece en sus aguas. Sus puentes severos tienden su arco vano a través de la onda con quién sabe qué gesto desolado.

No se puede pensar en Galileo sin que la Leyenda, esa vieja comadre, nos salga al paso alterando todas las perspectivas históricas. No es cierto que Galileo haya pronunciado el famoso *e pur si muove*... Pero ¿no debió por ventura pronunciarlo?

¡Ah! Tampoco es cierto que nuestro Cuauhtemoc exclamara: «¿Estoy yo acaso en un lecho de rosas?» Pero debió exclamarlo.

Galileo no fué maltratado por sus censores. Se le trató con humanidad, con dulzura. Su prisión fué más fórmula que castigo. ¡Qué menos

podía pedirse a aquellas gentes que habían incrustado sus ideas sobre el mundo dentro de la cosmogonía mosaica!

✠

En Florencia se muestra aún el anteojo construído por Galileo, y merced al cual descubrió las fases de Venus, admiró los satélites de Júpiter y vió el anillo de Saturno antes que a mortal alguno le hubiese sido dado contemplarlo.

Flammarion nos cuenta, no recuerdo en cuál de sus libros, que cuando tuvo en sus manos ese modesto aparato que ensanchó de tan maravillosa manera las fronteras del pensamiento humano, no pudo contenerse y lloró.

Esas lágrimas honran a Flammarion.

✠

Galileo no inventó el telescopio. El telescopio fué inventado en una pequeña ciudad de los Países Bajos de la más peregrina manera: un fabricante de gafas, al volver a su taller, del cual había salido un momento, advirtió que su hijo se entretenía mirando a través de dos vidrios puestos uno a continuación del otro, el gallo que coronaba la veleta de la torre cercana.

—Padre—exclamó el niño—, poniendo así estos cristales el gallo se ve «más cerca».

El fabricante cogió los vidrios de manos de

su hijo y notó, en efecto, que el gallo se aproximaba con la simple combinación de un vidrio plano y otro convexo que el chicuelo accidentalmente había cogido. De allí a fijar los dos vidrios en un tubo no había más que un paso. El anteojo estaba inventado.

Galileo oyó quizás hablar de esto, o quizás flotaba ya dentro de las ideas de la época la posibilidad de un aparato tal, y después de algunos tanteos construyó el suyo. Cuando lo dirigió hacia la luna, el extraño paisaje de nuestro satélite, la rara melancolía de sus mares, sus circos y sus montes gigantescos embelesaron y deslumbraron al sabio; cuando lo dirigió hacia Venus, advirtió con pasmo que este planeta tenía fases como la luna; cuando lo dirigió hacia Júpiter, el encanto fué mayor al advertir la belleza de aquel sistema, en el que aparecían cuatro bellísimos satélites gravitando en rededor del gigantesco astro central, rayado de bandas enigmáticas. Pero nada fué comparable al pasmo de Galileo cuando dirigió su anteojo al lejano Saturno.

No se dió cuenta (ni la imperfección de su instrumento se lo hubiera permitido) de que el planeta estaba rodeado por un anillo.

Creyó más bien que se trataba de dos satélites que a la misma distancia acompañaban al astro, y en un anagrama latino escribió poco más o menos:

«El viejo Saturno va acompañado de dos pajes que lo sostienen.»

Cuidados y labores impidieron por mucho tiempo a Galileo volver a clavar su anteojo en el pálido astro, y algunos años más tarde, cuando quiso verle de nuevo, el anillo se mostraba a la tierra, como si dijéramos por el filo, gracias a los movimientos peculiares del planeta, y la leve hebra de luz que lo denunciaba pasó inadvertida para el sabio... Los supuestos satélites habían desaparecido. ¡Desaparecido!

Galileo limpió sus lentes, se restregó los ojos, volvió y tornó a mirar... ¡Nada! Saturno caminaba solo, huraño y lívido por la infinita noche.

El sabio pensó entonces que había soñado, o que aquello había sido acaso el engaño de un espíritu maligno... y murió sin saber el alcance de su maravilloso descubrimiento.

Y recuerdo todas estas cosas mientras recorro las naves de la catedral, preciosa hasta en sus menores detalles; mientras contemplo la lámpara famosa que sugirió al genio la idea del movimiento de la tierra, y mientras asciendo a la torre inclinada desde donde tantas veces el pensamiento de Galileo se escapó, gallardo y poderoso, al infinito.

MARÍA LUISA RITTER

Madrid, noviembre 19 de 1906.

HARÁ como diez años estuvo en México una muchacha pianista de excepcionales facultades. Se llamaba María Luisa Ritter, y era originaria de Madrid. Había viajado mucho, hablaba el francés como una parisiense, tenía largas manos afiladas, una palidez suave y un perfil israelita de ideal pureza, iluminado melancólicamente por grandes ojos garzos.

Viajaba acompañada de un tío ya viejo, pero bastante fresco aún, risueño y activo bajo la plata de sus años.

Fuí presentado a María Luisa Ritter por un muchacho devoto, e intimamos rápidamente. Aun es posible que nos hayamos querido un poco.

Nuestras vidas juntas apenas si sumarían entonces cincuenta años de camino...

Recuerdo haber paseado con ella a la luz de la luna por las tranquilas calles de México. Recuerdo haber recitado con ella muchos versos franceses y otros muchos versos españoles. Recuerdo haberle dedicado en *El Mundo*, semanario, una gran página con un bello retrato y un ardoroso artículo, pródigamente adjetivado.

Item más, una especie de prosa rítmica que empezaba así:

«Yo adoro las cabezas asirias», la cual tuvo la mala suerte de no gustar ni al director ni a ninguno de los compañeros de *El Mundo*... (y creo que a «ella» tampoco).

María Luisa Ritter dió algunos conciertos con éxito, y un día, seguida de su tío trashumante y cosmopolita, partió dejándome una fotografía con lisonjera dedicatoria y algunas flores secas.

La fotografía debe de estar aún en mi cuarto de estudio, con otras, asimismo amadas, allá en México, en ese rincón de pensamiento, lleno sólo ahora de las mudas conversaciones de mis libros y de las inmóviles miradas de mis retratos.

Las flores secas las volvió polvo el tiempo y se las llevó el viento.

En París, en 1901, la mañana de un domingo, Rubén Darío y yo conversábamos en un café

del bulevar cuando pasó María Luisa Ritter—siempre con su tío—. Me reconoció, se detuvo, y yo me adelanté a saludarla, presentándola después a Rubén.

Me dijo que estaba un poco enferma y me invitó a visitarla; pero su viejo acompañante me ponderó de tal manera el quehacer de María Luisa, el terrible tesón con que se ejercitaba en el piano, los pocos instantes que tenía libres, que comprendí que no debía hacer aquella visita.

María Luisa me habló de México por no sé qué vaga insinuación de tristeza, y de París, con un entusiasmo nervioso y apasionado:

«En París querría ella vivir siempre...»

Estábamos de acuerdo: «En París querría yo también vivir siempre.»

Y nos despedimos, y aquel perfil israelita que yo había amado, un poco más pálido, un poco más severo, y aquellos ojos garzos, un poco más apagados, un poco más pensativos, se desvanecieron para siempre en la zona de mi vida.

Y he aquí que en esta mañana glacial del mes de los muertos, en que las rachas filosas y turbulentas del Guadarrama se ensañan en el marchito plumaje de los árboles que bordan la acera de mi calle, al salir a mi despacho, cojo *El Imparcial* y tropiezo de primas a primeras con el siguiente telegrama:

«EN PARÍS

SUICIDIO DE UNA ESPAÑOLA

París, 13 (8 mañana).

»Ayer tarde se suicidó, disparándose un tiro en el corazón, dentro de un coche, la joven madrileña María Luisa Ritter.

»La desgraciada joven debía haber marchado a Alemania, donde la ofrecieron una clase de piano en un colegio pensión de señoritas en Berlín, así como dar algunos conciertos.

»Diariamente esperaba el envío de dinero para efectuar el viaje, y como el giro prometido no llegaba, escribió sin obtener respuesta. Este silencio la indujo a creer que había perdido su empleo, y como además estaba neurasténica, se desesperó hasta al punto de quitarse la vida.»

. . . . . .

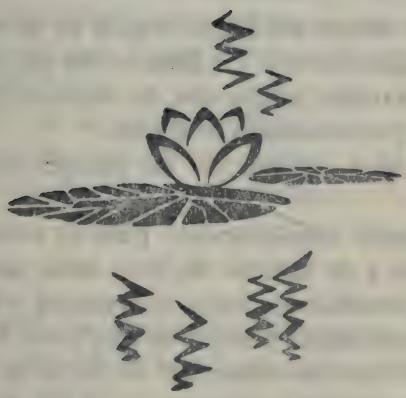
Quizás hallaréis natural, después de leídas estas líneas, que os haya hablado un poco de una cabeza israelita, de unos ojos garzos y de una noche enlunada, y me lo perdonaréis acaso.

«La vida, pensaréis, sin embargo, es tan pródiga de estas tragedias! ¡Estas tragedias son ya tan vulgares...!»

Cierto, pero aún falta un detalle que tal vez os hará encontrar este suicidio un poquito me-

nos vulgar, un poquito más triste que otros muchos. Aún no habéis leído todo el telegrama. Ese final del telegrama dice así:

«Un detalle, que acentúa el carácter trágico de este suceso, es que la carta tan esperada de Alemania llegó ayer tarde, poco después de sucumbir la desdichada artista española.—*C.*»



UN ALMA DESNUDA

Con motivo del 31 aniversario de la muerte de María Bashkirtseff, *La Renaissance* ha publicado el testamento, inédito aún, de «aquella alma magnífica y atormentada de gloria».

He aquí algunos de los pasajes característicos:

«Muero absolutamente pura de corazón, de espíritu y de cuerpo. No creo haber tenido jamás pensamientos bajos, interesados o depravados; esto, según parece, es muy raro. Así, pues, quiero que me vistan, en mi lecho de muerte, de lana blanca, muy fina, y que me envuelvan por completo en ella, como me gustaba estarlo en vida. La tela debe ser muy sencilla... Los cabellos sueltos.

»Ruego a los señores Bastien Lépage, Robert

Fleury y Dina que me arreglen los cabellos, para que esté yo muy bien.

»El cuello descubierto, así como los brazos, tanto cuanto sea posible. Los brazos podrán estar velados, pero de manera que se vea la forma. Poned flores entre las manos.

»La cama, antes de que sea yo depositada en ella, será cubierta de una gran tela de brocado blanco, la cual caerá holgadamente hasta el suelo. Que no pongan flores en la cama ni en el cuerpo.

»Habrá cirios.

»Quiero ser, después, incinerada, y mis cenizas serán depositadas en una urna de oro puro, de modelo antiguo. Ruego a Robert Fleury que determine la forma.

»Luego todo lo que he escrito a X... a condición de que no cambie una palabra y de que sea publicado después de mi muerte.»

✠

Esta mezcla de ingenuidad, de coquetería y de orgullo, que tan raro matiz da a las confidencias de la extraordinaria virgen rusa, es la que campea en todo su diario.

Hace muchos años que leí este diario. Era yo muy joven, y mi alma, que se hallaba en el período de asimilación, de conglutinación, de flo-

recimiento, dócil por eso, como es natural, a todo influjo de belleza, se sintió de tal suerte conmovida y cautivada, que resolví yo también escribir mi diario.

Para hacerlo tenía la condición esencial: la sinceridad, que reina, ha reinado y espero reinará en cuanto escribo.

Puse, pues, manos a la obra, y tracé bastantes páginas, inútilmente; porque un día, en un momento de sinceridad aún mayor, las rompí.

¿Para qué dejar aquella fotografía de mi yo (fotografía tomada «con mi máquina», naturalmente), si a nadie podía servirle ni interesarle?

Había yo nacido y vivía en un país en formación, donde no había siquiera unidad étnica; en una época sin relieve; me movía, salvo contadas excepciones, entre gente mediocre, entregada en alma y vida a los negocios y ajena por completo a las fiestas del espíritu. Yo mismo—aun cuando me doliese creerlo—no era acaso más que un hombre mediocre, un ser imaginador, sentimental, semifilósofo, sin preparación ninguna sólida para edificar algo durable en mi vida...

Si a lo menos hubiese tenido ocasión de tratar a hombres extraordinarios... Pero el único hombre, no extraordinario, sino excepcional (sigo creyendo que lo fué), que despertaba mi curiosidad juvenil, era el general Díaz, y en aquella época estaba de tal suerte rodeado, cer-

cado, adulado, por cuanto había de visible en la república (que lo deificaba como nunca fué deificado un gobernante), que yo, ignorado aprendiz de psicólogo y de retratista, no tenía oportunidad de acercarme a él y de intentar siquiera trazar su perfil espiritual, que él recataba, por lo demás, hasta de su almohada.

Se comprende un diario cuyo autor, si no tiene que contar gran cosa de sí, se codee por lo menos con gente interesante. Mas para hacer un dietario soso de vida provinciana—como es la vida provinciana—como es la vida de casi todas las capitales de nuestra América—no valía la pena de garrapatear cuadernos.

Benvenuto Cellini, en sus Memorias, dice que «todos los hombres, de cualquiera condición, que han hecho alguna cosa meritoria, o con tanta verdad que se asemeja al mérito, debieran escribir de su propia mano su vida, siendo verídicos y rectos; pero que tan laudable empresa no debería comenzarse antes de haber transcurrido la edad de cuarenta años».

Cellini empezó sus Memorias a los cincuenta y ocho... ¡Pero tenía mucho que contar! Era un temperamento magnífico que se desenvolvió en el ambiente más admirable que hayan visto los siglos, al lado de hombres maravillosos, como Miguel Angel, Leonardo, Rafael, Julio Romano...

Desde niño ocurriéronle cosas excepcionales.

«A la edad de cinco años—refiere—estando mi padre en una habitación en la cual habíase guisado de comer, quedó un buen fuego de encina. Juan (su padre), con una viola en el brazo, tocaba y cantaba solo alrededor de aquella fogata. Hacía mucho frío. Al mirar el fuego vió por casualidad, en medio de las más ardientes brasas, un animal como una lagartija, el cual se refocilaba en las llamas vigorosas. Al ver en seguida de qué se trataba, hízonos llamar a mi hermana y a mí, y al mostrárnoslo dióme un gran cachete, por lo cual, muy compungido, me eché a llorar. Me aquietó entonces, dulcemente, y me habló así:

—Hijito mío querido, no te pego por ninguna cosa que hubieses hecho; mas tan sólo para que te acuerdes de que aquella lagartija que en el fuego viste es una salamandra, la cual no ha sido jamás vista por nadie de quien haya verdadera noticia segura.»

«Al decirme eso, me besó y me dió algunos cuartos.»

Esta página debió influir por cierto en el amor de Gabriel D'Annunzio por la famosa salamandra, que pasaba libremente sobre su mesa y se quedaba extática a menudo encima de los papeles y los libros del poeta, semejando un bibelot japonés, sin dar más signo de vida que un leve movimiento espasmódico de su frágil cuerpo cristalino...

Cuando la salamandra murió, D'Annunzio hízole construir un «monumento», una artística urna votiva, con esta inscripción:

«*Beate salamandrae sacrum...*»

Oh amigo Benvenuto, amigo D'Annunzio, yo también he visto la salamandra... He jugado con ella en mi tierra, allá en mi distante infancia. Y he poseído cámaleones misteriosos, que yacen entre las ropas de los armarios, sumidos en su nirvana... y que ostentan coronas de marqués.

Pero no han sido augurio ni de grandes glorias ni de singulares hechos que ameriten las páginas de un diario.

Al de María Bashkirtseff, para volver a nuestro tema inicial, llamóle Gladstone «libro sin paralelo», y lo es verdaderamente por el perfume de sinceridad salvaje (tal palabra le conviene) de aquella alma selecta, refinada e ingenua al propio tiempo, en la que al lado de un formidable instinto de belleza antigua había tantas de esas hurañas y obscuras complejidades rusas, medio místicas, medio realistas.

¡Cuántas veces envidié a mi homónimo el barón de Nervo, historiador, literato, jefe del partido católico francés en un momento dado, que tuvo el privilegio de tratar a aquella mujer incomparable!

El encanto supremo del diario de María Bashkirtseff dimana de que a cada página asoma un alma desnuda, una temblorosa alma desnuda, y os aseguro, amigos míos, que no hay en el universo espectáculo semejante a este prodigioso y enternecedor espectáculo.

¡Un alma desnuda! En ella se copia todo lo creado; pero se copia de una manera especial. Es un espejo; pero un espejo de estructura única y, por tanto, una imagen sin semejanza del cosmos.

Hay tantos universos como almas existen.

Para comprender la creación tal como es, necesitaríamos asomarnos a todas las almas... Así como cada uno de nosotros es tal cual lo ven los ojos de los demás, siendo distinto para cada mirada, por lo que el nombre del ser humano es «legión», así el universo es uno y distinto en cada alma. En cada alma la estrella se enciende de distinto modo, y las nebulosas dilatan con distinta fosforescencia sus gases impalpables...

Todos sabéis de los miles de ojos que tiene una mosca. En cada uno de ellos se reproduce un objeto que la mosca mira, pero se reproduce de distinto modo: las imágenes no son idénticas aun cuando su diversidad sea casi imposible de señalar para nuestros instrumentos.

Si os imagináis un cristal de innumerables facetas, éste es el universo y Dios mirará en esta

multiplicidad su unidad divina. Lo «no manifestado», al manifestarse en la creación, tiene a gala pluralizarse, verse reproducido en incontables imágenes.

Cada ojo, cada alma de los mil seiscientos millones de habitantes que componen la totalidad actual de los humanos, es una faceta. Quizá existan genios superiores, invisibles, que puedan mirar a la vez estos millones de facetas, estos millones de almas, y tener de todas ellas una maravillosa imagen sintética. La visión del universo, reproducida por tantos seres, debe ser para esos genios un juguete portentoso, como lo es para un niño el cristal prismático que se ha desprendido de una araña...

Mas para nosotros los mortales la visión de las almas es muy restringida, especialmente porque las almas son princesas que casi siempre viajan de incógnito...

Empero, algunas veces el Amor, la Amistad, la Simpatía, que son verdaderos agentes sobrenaturales, divinos, hacen que algunas de esas almas, en determinados y solemnes momentos se nos muestren «tales como son...» Entonces nuestra alegría es mayor que si encontráramos un estupendo tesoro, porque en verdad os digo que no hay tesoro en el mundo como el de un alma desnuda.

Imaginaos a Venus surgiendo de la espuma

de un mar azul y rosa al apuntar la aurora de un día primaveral. Figuraos sus carnes sagradas, casi traslúcidas; sus rizos húmedos cayendo sobre el Paros de sus hombros, en que la curva canta su himno lleno de eternos sortilegios; pues tal espectáculo es infinitamente inferior al de un alma desnuda.

Hay que acechar por eso con un temor sagrado, con una expectación temblorosa, el momento en que la mujer que amamos, en que el amigo del cual somos Cástor o Pílades, va a dejarnos ver toda su alma, por humilde, por imperfecta que esta alma sea.

Tal momento es de los que cuentan en la eternidad.

✠

¡Ay! Desgraciadamente, en un libro, así se trate de las *Confesiones de San Agustín*, de la *Vida de Benvenuto* o del *Diario de María Bashkirtseff*, la desnudez de un alma no se nos muestra sino a medias. Le impiden mostrarse del todo las palabras, y si hay *(¡horresco referens!)* «literatura», esa empañadora, esa adulteradora, esa mancilladora literatura, el impedimento es aún mayor. Mas, a pesar de ello, si un alma es verdaderamente sincera, como la de la virgen rusa, su semidesnudez es mil veces más atractiva y

encantadora que la semidesnudez de la ninfa sorprendida a la orilla de la fuente.

✠

Alma desnuda, y ésta sí del todo para quienes sean capaces de comprender su vertiginosa grandeza, fué el alma santa de Pascal, que se traspora en cada párrafo de sus *Pensamientos;* a pesar de no hablar en ellos de sí mismo, y que no se oculta con los aliños literarios, no obstante que su lenguaje es de los más puros y elegantes, ya que Pascal contribuyó a fijar el idioma aún ondulante e indeciso de principios del siglo XVII.

«Había un hombre—dice Chateaubriand en el *Genio del cristianismo*—que a los dos años creó las matemáticas; que a los diez y seis hizo el más sabio tratado de las secciones cónicas que se haya hecho desde la antigüedad; que a los diez y nueve redujo a máquina una ciencia que existe toda entera en el entendimiento; que a los veintitrés demostró los fenómenos de la pesadez del aire y destruyó uno de los más grandes errores de la antigua física; que a esa edad en que los otros hombres comienzan apenas a nacer, habiendo acabado de recorrer el círculo de los conocimientos humanos, se dió cuenta de su nada y volvió sus pensamientos a la religión;

que desde este momento hasta su muerte, acaecida cuando cumplía apenas treinta y nueve años, siempre enfermo y doliente, fijó la lengua que hablaron Bossuet y Racine, dió el modelo de la más perfecta ironía, así como del razonamiento más sólido; que, en fin, en los cortos intervalos de sus males, resolvió por abstracción uno de los más altos problemas de geometría y vertió sobre el papel pensamientos que participan tanto de Dios como del hombre; este genio que asusta se llamaba Pascal...» Y este genio que asusta—añadiría yo—fué tan sincero, tan genialmente sincero, que siempre mostró su alma.

Otra alma desnuda es la de Tolstoi; su sinceridad poderosa, casi brutal, nos domina, se enseñorea desde el primer instante de nuestra emoción. Sus inquietudes son nuestras inquietudes, sus interrogaciones nuestras interrogaciones.

... Pero no es fuerza ser tan grande como un Agustino, un Tolstoi, para dar valor a nuestras confesiones. Basta ser como ellos incapaz de mentirse a sí mismo.

Yo diría, pues, a todos los hombres escogidos de nuestra América: escribid vuestro diario. Pero lo diría aún con más insinuante ruego a las mujeres nuestras, cuyo matiz espiritual suele ser de una delicadeza incomparable. Y añadiría: No temáis mostraros tal cual sois. No temáis

que las imperfecciones os achiquen. Acordaos de que los lunares son la firma de Dios...

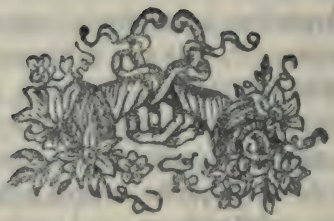
He tenido frecuentemente ocasión de recibir cartas de mujeres.

Como no incurro en la cursilería de creerme superhombre ni me he metido nunca en torres de marfil; como respondo, a semejanza de Gladstone (única cosa en que me parezco al gran anciano, me apresuraré a decirlo), todas las cartas que recibo, tropiezo a menudo con encantadoras almas femeninas.

Algunas de mis «interlocutoras» lejanas no firman, y quizás las cartas de éstas son las más deliciosas.

De la Argentina he recibido varias. Hay una mujer desconocida que con bellísimas palabras me ha enviado tréboles agoreros, tréboles de cuatro hojas. Hay una dama estanciera que me ha dicho cosas discretísimas y donosísimas a propósito de mi pequeño ensayo sobre *El hombre maduro*, publicado en *La Nación*. Hay una señorita ingeniosísima que junta en un mismo haz epigramas de oro y elogios de rosa... Hay otras... A todas les respondo amorosamente en estas líneas y les digo: Desnudad sin temor vuestras almas alguna vez en la vida, como esa

incomparable María Bashkirtseff. Desnudadlas, en un libro íntimo o no. Desnudadlas, si receláis del libro, ante el amigo cuidadosamente elegido... y si ni aun eso queréis, desnudadlas todos los días un momento, en el silencio y en la soledad, delante de Dios. Dadle el espectáculo maravilloso de vuestra alma desnuda. ¡En verdad os digo que siendo El quien es, añade un rayo de amor a su bienaventuranza cuando se le muestra humildemente, fervorosamente, la desnudez de un alma!



UNA SOMBRA

Todos los días pasaba frente a mis balcones, en uno de los automóviles—amarillo y azul—de la casa de Alba.

Como el calor tempranero entibiaba el aire y hacía lozanear las acacias, el coche iba abierto y la anciana parecía entregarse por entero a la caricia del calor, que es la alegría por excelencia de los viejos.

Más bien alta que mediana, blanca toda como una hostia, dentro de la negrura de su traje lleno de elegantes severidades; delgada, fina, aristocrática, hacía pensar aún, pasando por sobre los montones de nieve de los años, en aquella ideal figura de Winterhalter que todos conocéis...

Sí, era ella, era la emperatriz Eugenia, que ha

estado en Madrid mucho tiempo, calentando su espíritu con los recuerdos...

Para los que no crean que la verdad es a veces inverosímil, allí está esa mujer, allí está esa reina... allí está esa sombra que se sobrevive, ese capítulo maravilloso de las *Mil y una noches*, que pasaba todos los días bajo mis balcones, sonriendo, sonriendo siempre, reclinada suavemente en el automóvil amarillo y azul.

Diz que una gitana en una montaña le dijo como en los cuentos:

—«Reina serás...»

Y fué emperatriz del más bello imperio, y en las Tullerías de ensueño, adonde ahora suele venir pensativa, durante los crepúsculos, mostró a la admiración del mundo su cuello de cisne y su cabeza rubia, portentosa de hermosura...

Cuando yo nací, ese imperio, el más brillante de la tierra, se desquebrajaba en Sedán. En mi casa había una estampa en que Napoleón y Eugenia atravesaban de la mano el suntuoso salón de las Tullerías.

Yo confundía esa estampa con las de los cuentos de hadas.

Y ahora, como casi al lado de la emperatriz...

Nada más que el niño está ya muy lejos y la

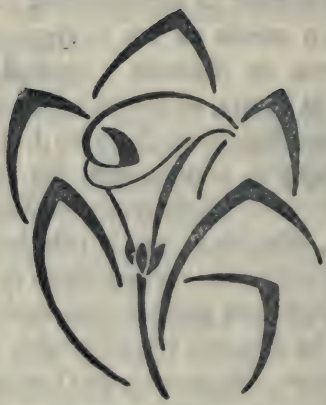
ideal figura que sola o rodeada de su corte pintó Winterhalter, la emperatriz de mi infancia, es una anciana enigmática, vestida de negro, sonriente, siempre sonriente, y silenciosa como el recuerdo...

Y mientras la contemplo a hurtadillas, un desfile de visiones atraviesa mi espíritu. El archiduque rubio, vencido, acribillado después por las balas republicanas; la archiduquesa Carlota, cabalgando en medio de los relámpagos por los despeñaderos de Maltrata y cayendo a poco, herida por la locura, en las doradas antecámaras del Vaticano; Napoleón, Eugenio Luis, el pobre príncipe imperial, abandonado por sus compañeros y muriendo trágicamente en Zululandia; el emperador, abrumado por la más tremenda catástrofe del siglo XIX, sucumbiendo en el extranjero, y después esta sombra, esta sombra que tiene algo de las Electras y las Ifigenias, esta sombra «alcéstica», esta sombra de Orestiada, errando por el mundo, sobreviviendo a la historia misma de la época...

¿No es verdad, amigos míos, que la realidad tiene páginas más prestigiosas que los cuentos? Ante ella, ¡qué podemos inventar los pobres poetas!...

La vara de ébano de los destinos humanos raya el aire y el milagro se realiza.

En todas las almas hay gérmenes de maravillas. ¡Ay de aquellas en las cuales estos gérmenes fructifican!



EL PROBLEMA Y EL MILAGRO DE SHAKESPEARE

No todo ha de ser literatura de la guerra. Justamente ahora, que parece zozobrar cuanta conquista intelectual y moral había alcanzado la humanidad, conviene acariciar, palpar y poner al sol las joyas del arca que en siglos y siglos fué acumulando el genio humano.

En Inglaterra, a pesar de la fiebre de organización guerrera, quedan como remansos de serenidad rinconcitos de paz donde se estudian amorosamente cosas pretéritas y se dilucidan problemas de alta literatura o filosofía, lejos de los gases asfixiantes.

Y uno de estos problemas, cuya prerrogativa por excelencia es apasionar siempre los ánimos, se refiere a Shakespeare.

Parecía que después de años y años de discusión, los que contienden acerca del autor de tantas obras maravillosas, habíanse constituído en dos bandos irreductibles: los que pregonaban que debían atribuirse a Shakespeare mismo, y los que pretendían que al barón Verulam, o sea Bacon.

Pero resulta que ninguno de los dos bandos puede enarbolar un convencimiento definitivo; resulta asimismo que los tímidos intentos de atribuir al Earl de Essex (benefactor de Bacon) o a otros caballeros del reinado de Isabel las obras gloriosas, hanse desvanecido por falta de argumentos serios, y la esfinge queda en pie más imponente que nunca.

Desde luego se reputa imposible que el llamado William Shakespeare haya podido escribir las obras a él atribuídas. ¿Qué se sabe concretamente de él? Sábese que era hijo de un modesto comerciante que vivía en una ciudad de tercer orden, y que llegó al pináculo de su carrera cuando, en 1568, fué nombrado alguaci o segundo de alguacil. En esta época su hijo mayor, Guillermo, tenía apenas cuatro años. A partir de esta época, la magra suerte de John «Shakpere» (el nombre de Shakespeare está escrito en diversos documentos de la época de varia manera, lo que obscurece más el problema) pareció eclipsarse: aumentaba su familia

mientras disminuía su fortuna. Parece haber estado en constantes embarazos financieros y metido en pleitos enredosos. Probablemente—se afirma—era un hombre de parva educación, y se duda hasta de que haya sabido firmar... Ciertamente, en estas condiciones, no era factible que pudiese dar a su hijo una educación liberal aun cuando lo hubiese deseado, lo que era poco probable, vistas su ocupación y su posición social. Los hijos, sin embargo, pudieron muy bien obtener, y probablemente obtuvieron, al decir de los autores, una no mala aunque mediocre educación en la *Grammar School* gratuita de Strafford, y aunque nada positivo sabemos de los cursos de entonces, es probable que tenían mucho más carácter literario y clásico que lo tendrían ahora los planteles correspondientes. No se sabe tampoco el tiempo que el hijo mayor de John estuvo en la escuela (si es que estuvo alguna vez en ella); pero podemos suponer cómodamente que tuvo ahí oportunidad de aprender una buena ración de latín. Acaso también se enseñaban en la Escuela Gramática, Lógica y Retórica, pero es poquísimo probable que Guillermo hubiese aprendido en ella alguna lengua moderna, y si tuvo otros medios de alcanzar alguna cultura, es raro que no quede de ello tradición ninguna. En efecto, las tradiciones que existen acerca de la juventud de Sha-

kespeare, tal cual corrían después de su muerte, se refieren a otros puntos. Se nos cuenta, por ejemplo, que fué un cazador furtivo *(a poacher)* o mancebo de carnicero, o bien un escribiente de procurador, pero no hay información mejor acerca de su vida.

Lo que sabemos de él, además, es su repentino matrimonio, cuando tenía apenas diez y ocho años; el nacimiento de tres de sus hijos, y su huída a Londres, no antes de 1585, y, probablemente, algunos años después.

Es obvio de presumir que debió encontrarse en circunstancias difíciles. La tradición, a este respecto, cuenta que se ganaba muy penosamente la vida. Por entonces unióse a una compañía de cómicos, profesión entonces, como ahora, muy mala; sin embargo de lo cual, pudo, en 1597, comprar una propiedad; lo cual, dice H. B. Simpson, que nos ayuda en estas notas *(Shakespeare, Bacon and a Third)*, acusa un trabajo firme y una buena capacidad para los negocios.

Ahora bien—se preguntan los críticos y eruditos, los de ayer y los de hoy—, ¿es posible que un hombre, con antecedentes tales, haya podido producir los poemas y obras teatrales que desde 1593 empiezan a aparecer con el nombre de Shakespeare?

Hay que advertir que cuando Shakespeare

toca una profesión o un oficio, en sus obras, usa con una prodigalidad pasmosa de los términos adecuados y de las denominaciones técnicas.

Ningún veterinario podría competir con él en su conocimiento de los alimentos apropiados a una pobre jaquita; ningún marino le vencería en el uso de palabras náuticas, que obligaría a pensar que el autor de *Hamlet* trabajó en algún barco. En cuestiones forenses, pasma a cualquier abogado con su conocimiento profundo... Pero qué más; el arte venatoria y los deportes, que es de suponer eran inaccesibles para un pobre cómico de tablado, denuncian en él a un caballero que frecuentaba los mejores círculos de la Corte de Isabel...

¿Quién era, pues, ese hombre misterioso que tal cúmulo de conocimientos almacenaba? ¿Cuándo, a qué horas pudo documentarse para tratar asuntos tan diversos, para situar escenas en los países más disímbolos, y dando a todas ellas un hálito de vida prodigioso?

De aquí las perennes controversias entre los stratffortistas y los baconianos.

Años de años ha que unos y otros discuten. Mas ahora, el citado H. B. Simpson sugiere una hipótesis que conciliaría a unos y otros.

Esta hipótesis es curiosa y sugestiva.

Imaginemos, dice, un segundón de noble fa-

milia y de alta posición social, caballista, deportista resuelto, aficionadísimo a los libros, pero sobre todo apasionado observador de las gentes de su clase. Con amplio vagar para sus observaciones y estudios, es conocido de sus amigos por su ágil y vivo ingenio, su natural amistoso, la agudeza de sus percepciones, y, sobre todo, por su curiosidad siempre alerta para toda observación psicológica o sentimental de la vida ambiente. La profundidad de su mente, el poder imaginativo con que le ha dotado la naturaleza, son desconocidos en su real valor por los demás, y probablemente insospechados por él mismo. El se cree simplemente un buen ejemplar de la bien cultivada y bien educada juventud de la Inglaterra isabelina. Tal vez hasta se considera como un tonto—como un hombre de gentiles y liberales disposiciones, pero sin objetivo fijo; fuera de la adquisición de conocimientos que no está dispuesto a aprovechar en algún propósito práctico. Llevado en su mocedad por la afición al estudio de las leyes, sintió cierto deleite en conocer todas las triquiñuelas y todos los intrincados caminos de la abogacía; aprendió toda la artificial jerga forense, pero no se sintió con inclinación decidida para seguir por ese camino. Es, por esencia, un observador de vida, pero siente una gran simpatía por todos los luchadores. Aun cuando ama el campo y la

vida campestre, encuentra en Londres los más diversos manjares para su apetito intelectual. En la metrópoli, así en las tabernas como entre los estudiantes del Temple, en los *docks* lo propio que en las moradas señoriales, encuentra pasto para su ávida curiosidad mental. Le atrae sobre todo la farándula... Hay algo en la alegría de los cómicos, en su irresponsabilidad, en su desdén por las convenciones sociales, en su vida tan diferente de la suya, que halaga su fantasía.

Entre estos cómicos (y aquí entra lo gordo) encuentra a un muchacho de Stratford, necesitado y despreocupado; actor pasable, dotado de ciertas facultades literarias, que utiliza en el arreglo de viejas piezas para su compañía. Llevado solamente de su bondad, quizás al principio, le ayuda en sus esfuerzos literarios, y así, con la colaboración, va adquiriendo cierta aptitud, gracias a la cual suple a su amigo con una serie completa de obras teatrales, en las que el coadjutor profesional va quedándose más y más en segundo término, y las verdaderas pinceladas shakespearianas gradualmente predominan.

Este admirable muchacho, apresurémonos a decirlo, como tenía genio, un pasmoso genio, carecía de vanidad literaria. Aquella labor le interesaba, divertía sus ocios, pero no le importaba que la firmase otro, sobre todo si el otro era un excelente amigo suyo.

Y ahí tienen ustedes aclarado, según Simpson, el turbador enigma de Shakespeare.

Como ustedes ven, los eruditos discutidores todo lo aceptan menos el milagro.

Como, tomado así en bruto, William Shakespeare resulta un monstruo de la naturaleza, un prodigio sin igual, y prodigios tales *no deben existir* dentro de ese pacato y miope razonar materialista, para explicar hechos innegables se recurre a un artificio más inadmisible que el milagro, y se crea, pieza a pieza, un hombre dotado de todos los talentos, de todas las cualidades de alta alcurnia, observador y analista formidable... que sopla a Shakespeare sus *plays*, que se los escribe... por pura distracción; si queréis, por un capricho de rico, quedándose él en la sombra... Ni siquiera, este cuervo nácar, cree que tiene talento... Su inmenso genio es miope, sin la menor intuición. Regala, sin saberlo, el más maravilloso estuche de obras inmortales a un farandulero obscuro, y se va, arropado en sombra, a la eternidad!

¿Qué opináis de un hombre así? ¿No es más irreal que William Shakespeare asimilándose con sus excepcionalísimas facultades todos los conocimientos necesarios para escribir sus obras

en poco tiempo, y produciéndolas sin esfuerzo?

El genio, por más que se quiera sujetarle a las míseras pautas de nuestra experiencia diaria, se sale de ellas.

El genio es siempre un milagro, el milagro humano por excelencia.

Mientras el talento sigue su curso normal etapa por etapa, el genio salva cual chicuelo vivaz e impaciente los escalones, de tres en tres, de cuatro en cuatro...

Los nazarenos se preguntaban dónde Jesús había aprendido tantas cosas que iba predicando por esos caminos. ¿Pues no era hijo de José y de María? ¿Pues no vivían sus hermanos en Nazaret? ¿Pues no se trataba de un pobre carpintero?

Preguntas análogas se hacen no ya cuando un dios, sino cuando un genio pasa por la tierra.

¿Cuándo, dónde, cómo aprendió todo lo que revela saber?

Viene entonces esa vieja présbita, nimia, que se llama erudición, y empieza a escarbar con su nariz entre las páginas de los viejos libros y manuscritos:

«De tal año a tal, no pudo aprender filosofía e idiomas, porque no había materialmente tiempo, o bien porque no se enseñaban en la escuela de su pueblo... De tal fecha a tal otra, fué imposible que escribiese tal cantidad de obras: no

tenía ni las horas materiales para ello...» «Cómo, además, pudo observar la corte, si no era duque ni conde? ¿Cómo pudo entender las artes venatorias, si no era gentilhombre?», etc., etc.

Y el genio se ríe de estas reglas marcadas por la imbecilidad humana (vejada en el fondo de que otros vuelen adonde ni siquiera sueñan en llegar sus alas de volátil), y sigue pasmosamente floreciendo, dándonos su fruto de milagro y arrojando al mundo su obra colosal para que la humanidad caliente e ilumine con ella sus almas, sin perjuicio de que la profanen los comentaristas nulos y pueriles con sus indigestas e inútiles notas.

CRÓNICAS
VARIAS

EN AVILA

CUANDO supe que venía a España, uno de mis primeros pensamientos fué éste:—«Iré a Avila.»

Llevo ya tres años en la Península, y apenas ayer me ha sido dado contemplar esta ciudad sacerdotal, que rezuma por sus murallas y torres bermejas no sé qué melancolía austera y viril.

Ello nada tiene de extraño. La mejor manera de no conocer un país es vivir en él.

—Como estoy aquí—pensamos—ya iré más tarde...

Y no vamos nunca.

Yo tengo un amigo que vive más de quince años en París, y que todavía no conoce el Museo del Louvre.

—¿Qué quiere usted?—exclama—. Como aquí

residido definitivamente, siempre me digo que un día de éstos he de ir.

—Y hace quince años que no llega el famoso día de éstos, ¿verdad?

—Eso es.

Para mí sí ha llegado, aunque después de tres, el día de éstos, y con el espíritu lleno todo de Santa Teresa, me he entrado en lo que pudiéramos llamar su feudo místico; en este burgo que, dentro de sus murallas, no ha cambiado aún, que está como cuando allá la dejó para siempre, al dirigirse, por última vez a Alba, donde murió y se halla sepultada.

Acaso, si la Santa volviese, encontraría los muros más viejos. Algunas torres, pocas, empiezan a desmoronarse. Acaso la sorprendería un bello paseo que se extiende abajo, en la Vega, cerca de la estación, y, sobre todo, oir el silbato de las locomotoras, que resuena en la amplia noche por las anchas torres mudas... Si ella, la celeste andariega, hubiera conocido estas máquinas potentes, habría conquistado para su Carmelo, no a España, sino al mundo entero...

Mas, fuera de tales cosas, todo está igual. La paz de los prados es la misma bajo la tibia caricia de un sol que aquí nunca se desmanda hasta calentar demasiado.

Su convento, el convento de la Encarnación, donde puede decirse que moró treinta años,

yérguese, allá en el valle, manso y solitario, sin mostrar signo alguno de decrepitud. Más allá álzase asimismo Santo Tomás, adonde iría tantas veces, fundado por los Reyes Católicos, y en cuya iglesia duerme, en admirable monumento de un mármol que parece marfil y que labraron las manos geniales del florentino Domenico Francelli, el Príncipe don Juan, hijo único de Isabel y Fernando, cuya estatua yacente es una maravilla.

Allí están, por fin, tal como ella los dejó, la Catedral, San Segundo, San Pedro, y en restauración, pero conservando toda su fisonomía de entonces, la bellísima iglesia romana de San Vicente...

Nada distrae, pues, al pensamiento, de la evocación piadosa de la Santa, y yo, la noche primera de mi llegada, me pierdo en el laberinto de callejuelas, camino a lo largo de las murallas, entro y salgo por esas enormes puertas, que antes se cerraban al toque de cubrefuego, repitiéndose las pabras que Fray Luis de León dirigió a la Superiora Ana de Jesús y a sus carmelitas descalzas:

«No conocí ni vi a la madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra: mas ahora que vive en el cielo, la conozco y veo.»

Y me recito asimismo, a la sombra de esos muros seculares, y bajo un cielo tan copiosamen-

te inundado de estrellas, que jamás lo he visto así ni en las noches de mis trópicos:

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

GLOSA

Vivo ya fuera de mí
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor
que me quiso para sí:
Cuando el corazón le dí
puso en mí este letrero:
Que muero porque no muero.
Aquesta divina unión,
y el amor con que yo vivo,
hace a Dios ser mi captivo
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.
Ay ¡qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que está el alma metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero!

Hace ya más de tres siglos, oh Santa Madre Teresa, que tu vivo deseo de morir cristalizó por fin!...

De no morir morías:

Ruega por nosotros los que ni siquiera podemos anhelar la muerte, porque nos da miedo aquello que hay detrás de la sombra!

Avila, como Toledo, está asentada sobre un trono de rocas, que escarpado y hostil se levanta de una gran planicie, apacible y triste, por donde resbala cantando y rizando sus cristales el río Adaja.

Desde esta planicie, especialmente desde algunos sitios (como en dirección a la Huerta del puente), es indecible el aspecto de la ciudad, con sus murallas bermejas, sus nueve grandes puertas y sus ochenta y seis torres.

La Catedral es una verdadera fortaleza, cuya ábsida, doblemente almenada, forma cuerpo con la muralla misma. No es raro, por tanto, que haya servido de amparo inexpugnable al rey niño Alfonso XI, a quien, en esta ábsida, encerró el Obispo don Sancho, para burlar las persecuciones de los infantes, que apoderarse de él intentaban.

En Avila, asimismo, fué destronado en efigie el Rey Enrique IV (el Impotente), y allí reinó tres años, reconocido por su hermana Isabel (más tarde la Católica), el que fué, en realidad,

Alfonso XII, a pesar de que algunos historiadores no lo mencionan en sus cronologías.

Dentro de los muros, el aspecto de Avila es de una castellana severidad. Las casas de granito se apiñan y aprietan esquivas, en algunos puntos, dejando en otros vagos solares y callejas bordadas apenas por muros semiderruídos.

Fuera de las murallas, el espectáculo es más sonriente. La ancha planicie ondulada, suave, salpicada aquí y allí de enormes bloques erráticos, traídos por no sé qué cataclismo milenario, hasta hincharse a lo lejos con las primeras derivaciones de la Sierra de Malagón y de la Sierra de Avila, mostrando a cada paso los trigales rubios, salpicados de amapolas rojas.

Dentro de las murallas, que no tienen pátina alguna, sino que muestran su piedra embermejecida a la luz cruda de este cielo, están, además de la Catedral, de la admirable casa de Polentinos, los templos y conventos de San Juan, Santo Domingo, San Esteban y Santa Teresa. Esta última clausura, relativamente moderna, con una iglesia de estilo de Herrera, se levanta en el mismo lugar en que estaba la casa de la Santa.

Una capilla con bellos azulejos y un gran altar, ocupa el sitio de la alcoba donde el año 1515 nació, de don Alonso de Zepeda y de doña Beatriz de Ahumada, la que debía llamarse Teresa de Jesús.

Confieso que en mi alma se removieron muchas viejas emociones, al ver la estrella que en el pavimento señala al lugar preciso en que la gran mujer vió por primera vez la luz del sol.

Una vieja devota me servía de cicerone. Caía sobre la iglesia todo el arcano prestigio de la tarde.

Yo escuchaba con recogimiento, más que lo que me decían, lo que expresaba la maravillosa elocuencia del crepúsculo en la paz absoluta de la capilla...

—La desgracia de Avila—exclamaba más tarde la buena vieja enlutada, a tiempo que salíamos a la quieta plazuela que se extiende entre el templo y la Puerta de Santa Teresa—; la desgracia de Avila es que la Santa no haya muerto aquí. Los de Alba de Tormes no tienen el derecho de poseer su cuerpo. Aquí nació ella y debía reposar aquí.

Razón de sobra tiene la abuela; pero Alba no cederá jamás su tesoro. Recuerdo que en cierta ocasión, conversando de la Santa con el duque de Alba y de Berwick, que como señor de la villa posee una de las llaves del sepulcro, me manifestó con gran energía que «jamás» el cuerpo precioso saldría de donde estaba, ni para reposar bajo las bóvedas de la gran Catedral que la aristocracia española, con la Infanta doña Paz a

la cabecera, erige a Santa Teresa en el lugar de su tránsito.

No volverá, pues, a la vetusta y pensativa ciudad feudal la que en aquella alcoba, convertida hoy en capilla, abrió los ojos a este mundo que, con tanta avidez del otro, quería a poco dejar.

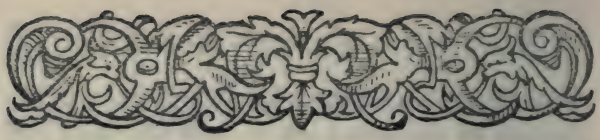
No volverá... pero ¡qué importa!, si su alma impregna aún este ambiente, estas torres, estos muros, de santidad y de amor! Si el prestigio de su recuerdo es tal que, señuelo de ojos contemplativos, la hace aparecer por dondequiera, en todos estos recodos de misticismo y de sombra.

Sí, Alba posee el cuerpo, pero Avila posee el alma de Santa Teresa de Jesús, aquella alma ansiosa, que de sí decía:

Alma, buscarte has en mí,
y a mí buscarme has en ti.
De tal suerte pudo amor,
alma en mí retratar,
que ningún sabio pintor
supiera con tal primor
tal imagen estampar.
Fuiste por amor criada
hermosa, bella, y así,
en mis entrañas pintada,
si te perdieras, mi amada,
alma buscarte has en mí.

Esa alma es la que he venido yo también a buscar en Avila; ésa es la que he encontrado, en

la almenada ciudad ascética bajo la luz engendradora de misterios de la rosa del vitral por siempre abierta, que cantó el gran poeta Heredia, en uno de sus espléndidos sonetos!



LA CONDESA, EL EMPERADOR Y EL PERRO

HISTORIA BREVE, PERO INTERESANTE

HABRÉIS oído decir muchas veces que los árabes son maestros en cortesía. Esta verdad casi axiomática, que no se refiere exclusivamente a los modales, sino a la manera cortés de conducirse, a su concepto de la hospitalidad, etc., hase visto confirmada de nuevo con un «gesto» de nuestro huésped Muley Abd el Hafid, el hijo del valiente y discreto Muley Hassan, último sultán de hecho y de derecho del Imperio del Mogreb.

«La condesa, el Emperador y el perro.» ¿Verdad que parece ese epígrafe el título de una película cómica o las frases que un snobista puede colocar en el «atrio» de un libro-reclamo, en el que se haga el relato de una vida novelesco-escandalosa?

Pues no hay nada de eso. Como dice el subtítulo, se trata nada más que de una historia breve, interesante... y honesta...

Hela aquí:

El lugar de acción en que se desarrolla es la capital guipuzcoana; la época, muy reciente; hace pocos días.

Una bella y distinguida dama americana, la condesa de Artal, paseaba una noche delante de la terraza del hotel en que se hospeda: uno de los más elegantes de la Concha.

Había andado unos cuantos pasos, cuando llamó su atención un perro hermosísimo, verdadero tipo de raza inglesa, de blancas y finas lanas. El animal miraba a la dama con esa mirada llena de expresión con que los perros parecen interrogar a los transeuntes sobre el paradero de sus amos. El afilado hocico, la nariz sonrosada, los ojos llenos de dulzura, denotaban que el animalito pertenecía a una raza aristocrática... entre las razas caninas.

Pero el pobrecito estaba sucio... Debía llevar algunos días vagando por las calles y las afueras de la ciudad en busca de su dueño, o esperando tal vez que el azar le pusiera ante una persona compasiva y noble que le comprendiera...

La condesa se acercó al perro, le acarició con esa delicadeza, ese *savoir faire* que sólo posee

una dama aristocrática, y el animalito intensificó la ternura de su mirada y se estremeció de contento y de gratitud hacia aquella distinguida señora que compadecía su vida errante y mísera y le comprendía...

Pero la bondadosa condesa no sabía qué hacer... El perro no la abandonaba..., con ella entró en el hotel y con ella subió al cuarto... Como no podía echarle otra vez a la calle, porque esto era una crueldad, pidió un cordón, ató con él al aparecido y esperó al día siguiente.

Y al día siguiente, el perro parecía tranquilo... Pero desde la terraza del hotel miraba inquieto uno a uno a cuantos transeuntes pasaban para ver si en alguno de ellos reconocía a su dueño.

La condesa telefoneó a todas partes, a los periódicos, a la Policía... advirtió a todo el mundo que era la depositaria de aquel animalito y que se lo entregaría, si no con gusto, por lo menos resignada, a quien justificase ser su verdadero poseedor.

Pasaron dos días y no pareció el dueño de *la alhaja,* que había ya inspirado cariño y atenciones a la condesa de Artal. El perro estaba desconocido: limpio, bañado todos los días, peinadas, lisas y brillantes las blancas lanas, que despedían un perfume de tocador de persona elegante y habituada a estos refinamientos de la higiene...

Al fin, al tercer día, se presentó en el hotel un moro de la servidumbre del ex sultán Muley Hafid, diciendo que el perro pertenecía a *Sidna*, su señor, y que venía a recogerlo.

El conde no se opuso a entregarle, pero pidió que el secretario del ex Emperador u otra persona más autorizada que la enviada se presentase en el hotel a confirmar cuanto decía el moro.

Con efecto, pocas horas después llegaba el secretario, que hizo iguales manifestaciones... y se llevó el perrito.

La condesa de Artal quedóse contrariada, triste... Habíale inspirado afecto aquel animal tan hermoso y tan inteligente...

No habían transcurrido tres horas, cuando se presentaron de nuevo en el hotel las mismas personas que se habían llevado el perro, con éste atado a un cordón de seda.

El más autorizado entre los que llegaron se presentó a la condesa y le dió una tarjeta de su señor. En ella había escrito la imperial mano de Hafid unas líneas en árabe. El enviado las tradujo: El ex sultán del Mogreb rogaba a la condesa de Artal que aceptase el perro «que con tanto esmero había cuidado», y pedía a la dama que le excusase de no hacerle personalmente el ruego, porque aquella misma tarde salía para Madrid. Además, agradecía a la condesa sus cui-

dados con el animalito, reveladores de que ya había nacido en ella un gran afecto hacia el perro, y la expresaba que no se perdonaría nunca haber sido la causa de la pena que en ella podía producir tal separación.

La condesa quedó encantada del obsequio y de la cortesía mora; el perro, satisfecho de haber encontrado dueña tan bondadosa, y Hafid, camino de esta corte.

Y colorín colorado...

INDICE

	Páginas.
Sobre Gutiérrez Nájera	9
Un monumento a Gutiérrez Nájera	19
Jesús F. Contreras	25
Don Joaquín D. Casasús	32
El sepulcro de Ruelas	36
El padre Mora	42
«Musas de Francia»	48
Antonio Zaragoza	56
«Sin nombre»	61
Morelos	66
Don José Canalejas	71
Querol	78
Salvador Rueda	84
Los grandes de España	88
Una visita	98

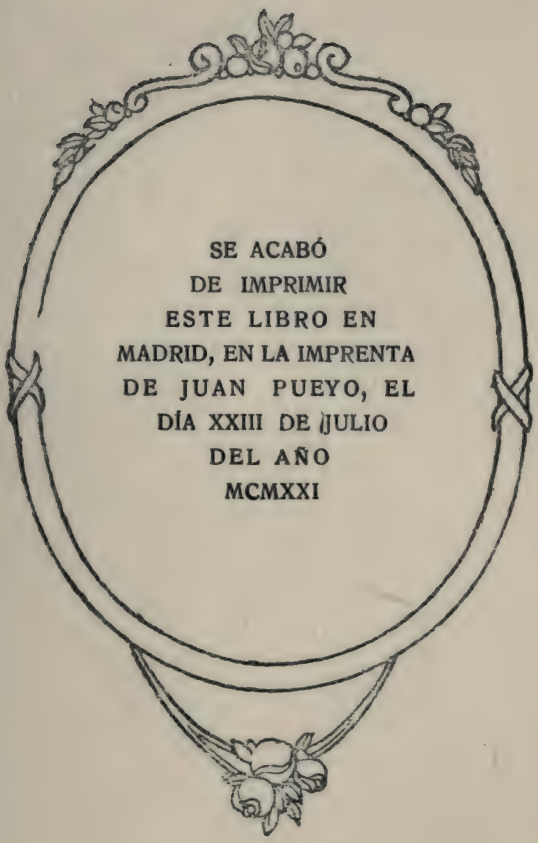
I n d i c e

Páginas·

Una velada en honor de Navarro Ledesma.—Un poeta americano..... 103
El doctor Wilde..... 107
«El excelso jorobado»..... 124
Gabriel d'Annunzio..... 143
En Pisa..... 148
María Luisa Ritter..... 153
Un alma desnuda..... 158
Una sombra..... 171
El problema y el milagro de Shakespeare..... 175

CRÓNICAS VARIAS

En Avila..... 187
La condesa, el emperador y el perro..... 196



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID, EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO, EL
DÍA XXIII DE JULIO
DEL AÑO
MCMXXI

203

0

BINDING LIST JAN 1 1939

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ Nervo, Amado
7297 Obras completas de Amado
N5A1325 Nervo
1920
v.21